BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 121

P. OVIDIO NASÓN

FASTOS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS
POR
BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por ANTONIO RUIZ DE ELVIRA.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1988.

Depósito Legal: M. 41382-1988.

ISBN 84-249-1366-3.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1988. — 6222.

INTRODUCCIÓN

Publio Ovidio Nasón (nacido en Sulmona, en 43 a. C., muerto en Tomos, junto al Mar Negro, en 17 d. C.), el «preceptor del amor» de la poesía romana, escribió los *Fastos* o Calendario romano en pleno clímax de su capacidad literaria, en torno a los años inmediatamente anteriores y posteriores al nacimiento de Jesucristo. Simultáneamente trabajaba en la gran obra mitológica de las *Metamorfosis.*

Los *Fastos,* en su estado actual, constan de seis libros dedicados cada uno a uno de los seis primeros meses del año (enero-junio). Sin embargo, era intención del autor completar el año con otros seis libros, aserto al que hace referencia en más de una ocasión a lo largo de los libros existentes (véase III 119; V 147), y para el que existe un dato concluyente expreso en su obra *Tristia* II 549, ss. —que es del año 10 d. C. (por lo menos), no del 9, según afirma el Dr. A. Ruiz de Elvira, v. *Emerita* 37 (1969), 420-422—, donde dice: «He escrito doce libros de *Fastos,* y cada libro encierra un mes, pero mi suerte ha arruinado esta obra que escribí para dedicártela y consagrártela a ti, César». La expresión «he escrito» (*scripsi,* en latín) parece que hay que interpretarla como «he diseñado o planeado»,

porque de los seis libros que habían de seguir a los actuales no existe la más leve noticia.

En efecto, la obra, que sin duda había sido planeada para 12 libros, uno para cada mes del año, debió verse fatalmente interrumpida con motivo del doloroso destierro que hubo de sufrir el poeta en 9 d. C., cuando, por razones aún no aclaradas, tuvo que abandonar Roma y marchar a Tomos, pequeña ciudad junto al Mar Negro, en el áspero país de los getas.

Sin embargo, Ovidio debió de llevar consigo los seis libros escritos sobre los que volvió de tarde en tarde y de manera parcial durante los ocho años que aún vivió en el exilio. Los *Fastos* habían sido dedicados al emperador Augusto; mas, a la muerte de éste en 14 d. C., el libro primero lo dedicó a Germánico, en el que el autor había puesto sus esperanzas de volver algún día a Roma; no obstante, excepto este cambio de dedicatoria del libro primero, así como la inclusión en ese mismo libro de algún hecho que presupone un retoque posterior, a veces de muchos años, a la redacción originaria (por ejemplo, en I 384 hay una referencia a su destierro; en I 285 se alude a la celebración del triunfo por Germánico, prevista para el año 17, ¡el año mismo de la muerte del poeta!, etc.), lo que implica la existencia unos al lado de otros de versos correspondientes a épocas muy lejanas entre sí, es imposible rastrear nada nuevo en los cinco libros restantes, hecho que significa que esos libros quedan intactos, por lo que no se puede hablar de una edición del destierro como pretenden algunos.

En Tomos, Ovidio no tuvo ganas de revisar su obra, cuanto menos de continuarla. A su estado melancólico, del que sólo cabía esperar endechas doloridas como son los *Tristia* y los *Pontica,* se sumaba la carencia de útiles de trabajo, como él mismo señala en alguna ocasión. Por consiguiente, los *Fastos* fueron editados póstumamente en el estado en que los dejó su autor.

Los *Fastos* están escritos en dísticos elegíacos (un pareado constituido por hexámetro y pentámetro), que es la forma como los poetas alejandrinos líricos escribían su poesía, fundamentalmente amorosa, igual que el propio Ovidio lo había hecho. Sin embargo, el tema ahora era esencialmente distinto, puesto que en esta obra se propone el poeta contar los festivales o costumbres religiosas del pueblo romano, las causas u orígenes de los mismos y los datos astronómicos correspondientes. El antecedente principal para tal empresa viene representado por el poeta helenístico Calímaco, que escribió unos *Aetia* («Causas»), que Ovidio asimismo pone en la base de los *Fastos.*

De las fuentes de que se sirvió Ovidio sabemos por una parte lo que él mismo cuenta: habría utilizado los Viejos Anales, sin duda los *Annales Maximi,* aquellos registros anuales de los sucesos de la historia de Roma cuya redacción correspondía a los pontífices, así como la investigación oral mediante encuestas personales realizadas por el mismo autor; por otra parte, sólo restan conjeturas más o menos plausibles acerca de fuentes de las que no se puede precisar el grado de utilización.

En primer lugar, Ovidio debió disponer de la obra *Antiquitates rerum diuinarum* del polígrafo M. Terencio Varrón; para algunos pasajes de los *Fastos* se echa de ver como fuente directa la *Historia romana* de Tito Livio, cuyos primeros 16 libros habían visto la luz pública antes de la elaboración de los *Fastos*; además: los *Orígenes* de Catón el Censor, los *Annales* de Ennio, *Del significado de las palabras* del filólogo M. Verrio Flaco, siquiera fuese por acceso personal del poeta a esa obra, que vería la luz pública después del destierro de Ovidio; las obras eruditas

de Gayo Julio Higino, director de la Biblioteca del Palatino; en fin, la *Eneida* de Virgilio.

Porque, efectivamente, la obra de Ovidio versa fundamentalmente sobre religión, historia de Roma y astronomía, esta última en grado mucho menor, y aun así se muestra Ovidio ignorante e inexperto en grado sumo respecto al tema.

Por orden estrictamente cronológico, mes tras mes y día tras día, Ovidio describe las diversas ceremonias, festivales y cultos que practica el pueblo romano y cuyo origen se pierde muchas veces en la noche de los tiempos. Por ello, al dar las causas, infinidad de veces aporta varias de ellas, inclinándose todo lo más en algunos casos por una; las más de las veces no muestra preferencia de ningún tipo.

La valoración del material que acerca de la religión encontramos en los *Fastos* ha oscilado, a lo largo del tiempo, entre la entusiástica de Cyril Bailey (*P. Ouidi Nasonis, Fastorum liber III,* Oxford, 1961 (1.ª ed., 1921) y la más circunspecta de L. P. Wilkinson (*Ovid surveyed,* Cambridge, 1962, págs. 112-133).

Ovidio pasa revista a esas ceremonias y cultos que atañen a Jano, Venus, Juno, Marte, Júpiter, Vesta, etc., a héroes como Hércules e infinidad de divinidades menores que van apareciendo por doquier. Explica, en la medida de lo posible, como hemos insinuado más arriba, las razones y origen del culto, de determinados atributos de los dioses, de las costumbres y de los sacrificios. Destaca el tratamiento del culto de los muertos en febrero *(Parentalia)* y en mayo *(Lemuria)*.

Entreverándose con este material religioso aparecen retazos de la historia y la leyenda del pueblo romano: llegada de Evandro y Eneas al Tíber; Rómulo y Remo; Numa, Servio, Lucrecia; alude a la secesión de los plebeyos (año

494 a. C.), gesta de los Fabios (477), ocupación de Roma por los galos (390), Leyes de las XII Tablas por los decénviros (450), Pirro, rey del Epiro, Apio Claudio el Ciego, derrota de Trasimeno, muerte de Asdrúbal, hermano de Aníbal, en la batalla del Metauro (año 207). Asimismo, aunque en menor medida, evoca hechos relativamente recientes, como la victoria de Augusto en Accio (año 31); menciona la erección del templo de Julio César (año 29), la devolución de las banderas perdidas por Craso (año 20); todavía, alude a la restauración del templo de la Madre de los dioses (año 3 d. C.) y del templo de la Concordia (año 10) por Augusto, «el fundador y restaurador de templos», como lo denomina Tito Livio. Ciertamente, esta parte de los *Fastos* entronca con los últimos libros de las *Metamorfosis* en que Ovidio aborda la historia romana.

El calendario, que da nombre a la obra *(Fastos),* constituye la horma en la que Ovidio va encajando esos materiales heterogéneos. Como es notorio, el calendario romano fue corregido por Julio César, el dictador, en el año 46 a. C., corrección que suponía aumentar en un día cada cuatro años los 365 días asignados al año. Es el calendario juliano que con pequeñas variantes, particularmente las introducidas por el papa Gregorio XIII en el siglo XVI, subsiste actualmente. El calendario romano existente con anterioridad, aunque no es absolutamente conocido, se sabe que oscilaba en cuanto a su duración, hecho que acarreó numerosas confusiones que fueron las que indujeron a César a su reorganización.

Actualmente disponemos, siquiera sea fragmentariamente, hasta de 30 calendarios latinos, alguno de ellos prejuliano (cuyo descubrimiento data de 1921, detalle que pasó inadvertido a Frazer; véase más abajo), de los cuales los de Preneste, Venusa y Ceres son los más completos e importantes.

En dichos calendarios hallamos diversos signos, siempre aproximadamente los mismos, de los cuales son los principales:

1.°) Los días de la semana romana, denominada en latín *nundinae* (es decir, «nueve días», según el cómputo inclusivo romano, que, como hemos dicho, son ocho para nosotros), vienen señalados con letras, de la A a la H, cuya secuencia vuelve a empezar cuando termina la anterior.

2.°) Los tres días de base para las fechas del mes aparecen señalados del modo siguiente: K. (=calendas, día 1 de todos los meses); NON. (=Nonas, día 5 de todos los meses, excepto para los de marzo, mayo, julio y octubre, en los que caen el 7); EID. (=Idus, día 13 de todos los meses, excepto para los mismos meses excluidos antes, en los que caen el 15). Los días anteriores y posteriores a esos días de base se indican con los términos *pridie* y *postridie*; los restantes, con referencia al día de base siguiente, sin que olvidemos el cómputo inclusivo romano. Así, el día 7 de enero se diría en latín «el séptimo de las idus» (Idus = 13; entre 7 y 13 median seis días; sin embargo, como el 7 *también* entra en la cuenta, se dice «séptimo» y no «sexto»).

3.°) Otros símbolos constantes son: F. (=*Fastus,* día hábil a todos los efectos), N. (=*Nefastus,* inhábil) y C. (=*Comitialis*), día propicio para las actuaciones judiciales, asambleas, etc. Al margen de éstas hay todavía algunas indicaciones circunstanciales menos constantes y sistemáticas.

El complejo calendario romano era fijado cada año por los pontífices que señalaban el carácter de cada día. Y desde luego, 40 días al año eran «negros» (*atri,* en latín): durante esos días no cabía actividad de ninguna clase. Los pontífices asimismo señalaban las fiestas, que eran de tres

clases primordialmente: *feriae statituae* (festividades fijas), *feriae conceptiuae* (festividades móviles) y *feriae imperatiuae* o festividades extraordinarias.

Ovidio explica el origen del nombre de los meses; en ocasiones da varias explicaciones. De enero a junio los nombres procederían: 1. Enero *(Ianuarius),* del nombre de un dios, Ianus; 2. Febrero *(Februarius),* de *februa,* nombre de unas ceremonias expiatorias; 3. Marzo *(Martius),* de *Mars,* nombre del dios de la guerra; 4. Abril *(Aprilis),* de *aperire* («abrir»), entre otros orígenes; 5. Mayo *(Maius),* de *maiores* («ancianos»); 6. Junio *(Iunius),* de *iuniores* («jóvenes») o de Juno, el nombre de la diosa.

Ya dijimos cómo los conocimientos astronómicos de Ovidio son escasos, a pesar de que expresa su admiración por los astrónomos, a los que adula (véase I 295, ss.). Incide en múltiples errores, confundiendo a veces la puesta de un astro con su salida, y al revés. El trabajo más exhaustivo, completo y detallado sobre el aspecto astronómico de los *Fastos* sigue siendo una vieja obra, a saber: L. Ideler, *Über den astronomischen Theil der «Fasti» des Ovid,* Abh. Akad. Berlin, Phil.-hist. Klasse aus den Jahren 1822/1823, Berlín, 1825.

Desde el punto de vista literario se nos ofrece en primer lugar como hecho chocante la utilización del dístico elegíaco, cuyo empleo más común en otros temas vimos más arriba. Ciertamente, el poeta elegíaco Propercio lo había utilizado igualmente para tratar temas similares (*sacra diesque,* «ceremonias y días», IV 1, 69). A este hecho alude el propio Ovidio. Se hubiera esperado más bien el hexámetro como verso único.

Ovidio es ante todo un poeta alejandrino y, junto con Heródoto, el más grande fabulador de la Antigüedad. Ambas características sobresalen en su obra por encima de cua-

lesquiera otras, incluso más visibles aparentemente, como la devoción a los cultos o el patriotismo y propaganda de la política augústea, o la exaltación del emperador (véase a este respecto Katharine Allen, «The *Fasti* of Ovid and the augustan propaganda», *Am. Journal of Philology* 43 (1922), 250-266).

La obra es una suma de episodios sucesivos en los que alternan los temas de asunto religioso o cultual con las leyendas y pasajes de la historia romana, no sin ironía y humor en tantas ocasiones, alternancia que busca la variedad para evitar la monotonía. El arte de la narrativa helenística aflora por doquier. De la misma manera se manifiesta la tendencia erotizante del poeta en el tratamiento de muchas fábulas, entre las que sobresale la historia de Lucrecia, tan imitada en épocas posteriores.

En general puede decirse que los *Fastos* responden bien a la encrucijada del Tiempo y del Espacio en la que el poeta se debate afanosamente. Por la primera línea asciende o desciende buceando en el misterio de la historia, de los símbolos con que los hombres se han ido enmascarando a lo largo de ella sin advertir, o haciendo como que no advierten, que lo suyo es únicamente cumplir con el deber para con el Tiempo. En la otra coordenada el poeta contrae o dilata las distancias entre el origen de los cultos y su implantación en nuevas tierras; insiste minuciosamente en la localización de templos, santuarios, etc.; aparece trillando los caminos de la colina al río, del puente a la plaza, del Foro caminando por la Via Sacra, lugares muchos de ellos eternos, y por los mismo fundidos asimismo en el Tiempo, por los que todavía hoy puedes, visitante, caminar confuso con recuerdos milenarios.

No debió de dar, efectivamente, la última mano a su obra el poeta, excesivamente acongojado en el destierro, y

de ello adolece en muchos puntos, con repeticiones abundantes en las que llega a contar la misma historia de dos maneras distintas (pero recuérdese a Virgilio, que describe la última noche de Troya de dos formas divergentes en los libros II y VI de su *Eneida*), y hasta puros dobletes (I 149-160 y III 235-242).

Por otra parte, todo hay que decirlo, el tema venía demasiado grande (esto es, inapropiado) al «preceptor del amor» y consumado fabulador de las *Metamorfosis,* por lo que la tónica narrativa decae en muchos momentos, víctima de la apatía y la falta de inspiración, quedando bien por debajo de aquellas sus *Metamorfosis.* Se comprende fácilmente que los *Fastos* sean menos conocidos y leídos que otras obras del mismo autor.

Con todo, no deja de ser amena su lectura en muchas de sus partes, que en ocasiones alcanzan una profunda belleza y dramatismo, al margen del valor de primer orden que, a mi juicio, sigue teniendo como fuente para la historia civil y religiosa del pueblo romano.

Los *Fastos* de Ovidio nos han llegado a través de la historia en una transmisión separada de las restantes obras del autor, y de ellos existen alrededor de cien manuscritos (la mitad de los cuales, aproximadamente, se hallan en el Museo Británico) que van del siglo x al xiii. No hay, al parecer, un manuscrito predominante, aunque editores antiguos tomaron como base a alguno de ellos, en especial el simbolizado con la letra A (siglo x) por Merkel. Asimismo han resultado vanos los intentos de reconstrucción del arquetipo, si bien, aparte de A, que va solo, se establecen algunas familias o grupos de manuscritos principales: GMI (G, del siglo xii; presenta muchas rasuras; Frazer lo denomina X; M, así llamado por haber pertenecido al cardenal Mazarino; es del siglo x; I, o *Fragmentum Ilfeldense,* del

siglo XI); UD (U, del siglo XI, corregido por una segunda y tercera mano; se halla en Monte Casino; D, del siglo XII); BC (ambos del siglo XII o XIII). Éstos son los manuscritos en que se basan las ediciones de los *Fastos*, al menos desde 1841 (edición de Merkel); sin embargo, Landi (1928) utilizó algunos *deteriores*, o manuscritos considerados inferiores. Además de esta tradición directa, sólidamente asentada, cabe todavía acudir a la llamada tradición indirecta: las citas de los *Fastos* que hallamos en autores latinos tardíos, especialmente gramáticos, como Capro, Servio, Diomedes, Prisciano.

Específicamente, los principales manuscritos aludidos son los siguientes:

A = *Codex Reginensis siue Petauianus*, número 1709, de la Biblioteca Vaticana, en letra carolingia, Siglo X. Contiene los cuatro primeros libros de los *Fastos* y veinticuatro versos del quinto. Fue considerado básico por Merkel (1841) y Krüger, pero no por Bömer (1957).

U = *Codex Ursinianus siue Vaticanus*, número 3262, de Monte Casino. Siglo XI. Contiene los seis libros de los *Fastos*.

D = *Codex Mallersdorfianus siue Monacensis Latinus*, número 8122, de la Biblioteca Real de Munich. Siglo XII.

G = *Codex Bruxellensis siue Gemblacensis*, número 5369, de la Biblioteca Real de Bruselas. Siglo XII. Frazer (1929) lo denomina X.

M = *Codex Mazarinianus siue Bodleianus*, número 7992 de la Biblioteca Nacional de París. Siglo XV.

I = *Fragmentum Ilfeldense*. Siglo XI o XII.

B = *Codex Leidensis Vossianus*, de la Biblioteca de Leyden. Siglo XII o XIII.

C = *Codex Vossianus siue Bodleianus*, *auct.* 4, 29. Siglo XII o XIII.

F = *Codex Cantabrigiensis Pembrocianus*, número 280 de la Biblioteca de Pembroke College, de Cambridge. Siglo XII.

H = *Codex Hamburgensis siue Hauniensis G. K. S.* 2010. Siglo XIII.

P = *Codices Parisini*, número 8239 (Pa), 7991 (Pb), 8245 (Pc), 7993 (Pd). Siglo XIII.

La primera edición impresa de los *Fastos* es la romana de 1471, fecha desde la cual no dejaron de imprimirse en todo lugar y época:

1474, Venecia	1701, Amsterdam, por Pieter Brumann
1477, Parma	1773, Leipzig, por Fischer-Ernesti
1480, Bolonia	1812, Leipzig, por G. E. Gierig
1501, París	1824, París, por Lemaire
1503, Lyón	1839, Londres, por T. Keightley
1505, París	1841, Berlín, por R. Merkel
1513, Viena	1873, Leipzig, por H. Peter
1523, Basilea	1874, Leipzig, por A. Riese
1527, Amberes	1881, Londres, por Hallam
1583, Londres	1897, Turín, por Cornali
1601, Francfort	1921, Oxford, por C. Bailey (l. III)
1604, Heidelberg	1924, Leipzig, Ehwald-Lenz
1607, Leipzig	1928, edición paraviana de Landi.

La edición fundamental de los *Fastos*, que nos brinda ya prácticamente el texto actual, es la anteriormente citada de Merkel, en 1841. Importantes posteriormente fueron: 1924, Ehwald-Lenz (alias Levy); 1928, Landi.

Las traducciones empezaron más tarde: 1551, traducción italiana de Cartari, Venecia; 1640, traducción inglesa de J. Gower, Cambridge; 1660, traducción francesa de Michel Marvilles, París; 1661, monumental edición, traducción y comentario por Nicolás Heinsius.

En España hubo varias ediciones de los *Fastos* ovidianos durante el siglo XVIII, todas ellas en Madrid: años 1735,

1741, 1758, 1785, 1792. Ese mismo siglo vio la luz una edición y traducción española anotada de todo Ovidio: P. Ovidio Nasón, *Obras comentadas e ilustradas* por el Dr. Don Diego Suárez de Figueroa, Imprenta Herederos de Francisco de el Hierro, Madrid, 1728-1738. Los *Fastos* se contienen en los tomos XI y XII (t. XI: texto y traducción, págs. 2-131; notas, págs. 132-328; t. XII: texto y traducción, págs. 2-132; notas, págs. 134-302). Más recientemente: *Obras de Ovidio, traducidas y anotadas* por D. Germán Salinas, Biblioteca Clásica, sucesores de Hernando, Madrid, 1917-1925, 3 tomos. Los *Fastos* se contienen en el último volumen. Últimamente ha visto la luz una nueva traducción al español de M. A. Marcos Casquero, Publio Ovidio Nasón, *Fastos,* Madrid, Editora Nacional, 1984.

La presente traducción de los *Fastos* de Ovidio ha tomado como base fundamental el texto de la edición, con traducción y comentario, de Sir J. G. Frazer, *Publius Ouidius Naso. Fastorum libri sex, edited with a translation and commentary,* Londres, 1929, 5 vols. (vol. I: texto y traducción; vols. II-IV: comentario; vol. V: índices), de cuya excelente y bella traducción inglesa se ha beneficiado. Al mismo tiempo hemos tenido parcialmente en cuenta el texto de Franz Bömer, *Publius Ouidius Naso, Die Fasten,* Heidelberg, 1957-1958, 2 vols. (I: texto y traducción; II: comentario e índices), así como para los pasajes discutibles, su traducción alemana. Todavía, en algunos casos, hemos recurrido a las conjeturas de otros estudiosos de la obra de Ovidio. Todo lo cual especificamos a continuación:

VARIANTES TEXTUALES

	Texto de Frazer	Texto adoptado (salvo indicación en contra, se entiende el texto de Bömer)
	Libro I	
V. 192	*putes*	*putas*
265	*contigerant*	*contigerat*
393	*celebrabas*	*celebrabat*
471	*hic*	*hinc*
636	*uenturum*	*uersurum*
650	*hanc*	*haec*
661	*sacro*	*sacri*
	Libro II	
282	*adhuc...obit*	*ab hoc...eat*: Danielle Porte, *Latomus* XXXV, 1976, pág. 835 (v. infra, Bibliografía)
	Libro III	
229	*meas*	*mea est*
430	*Vediouis*	*Veiouis*
659	*Atlantida*	*Azanida*
	Libro IV	
451	*cumulatis...canistris*	*cumulatae...ministrae*
452	*clamant*	*clamat*
480	*trina*	*prima*

709	*nam dicere certa*	*inde urere captam*: Danielle Porte, *Latomus* XXXV, 1976, pág. 838

LIBRO V

490	*malum*	*malas*

BIBLIOGRAFÍA

A continuación reseñamos, por orden cronológico, los trabajos sobre los *Fastos* que han visto la luz con posterioridad a la edición de Franz Bömer citada (a partir de 1960 *grosso modo*):

1960

W. VON GERLACH, *Fasti,* Tusculum-Bücherei, München Heimeran

H. LE BONNIEC, «Notes critiques sur les Fastes d'Ovide», *RPh* 34, págs. 194-215.

1961

H. LE BONNIEC, *Les Fastes, livre I* (col. Erasme: 3), París, Presses Universitaires.

1962

L. P. WILKINSON, *Ovid surveyed,* Cambridge (los *Fastos* en las págs. 112-133).

1965

I. FLORESCU y T. COSTA, *Fastele* (trad. de Florescu; estudio y notas de Costa), Bucarest.

1966

R. SCHILLING, «Ovide, poète des Fastes», en *Mélanges d'archéologie, d'épigraphie et d'histoire offerts à J. Carcopino,* París, Hachette, págs. 863-875.

I. BUREŜ, R. MERLÍK, *Fasti. Tristia. Epistulae ex Ponto,* Praga, Odeón (trad. al checo).

1969

H. FRÄNKEL, *Ovid, a poet between two worlds,* University of California Press, Berkeley and Los Ángeles (los *Fastos* en las págs. 142-151).

H. LE BONNIEC, *Fastorum liber secundus* (col. Erasme), París, Presses Universitaires.

1970-1971

G. B. PIGHI, «Le dee invitte del tempio di Marte Ultore», *Rendiconti Accad. Scienze. Istit. Bologna* 59, págs. 39-46.

1971

H. LE BONNIEC, *Les Fastes,* II, Bolonia, Riccardo Pàtron.

1973

G. B. PIGHI, *Fastorum libri* (Corpus Scriptorum Latinorum Parauianum), Turín (I: Liber primus ad Germanicum Caesarem, Libri sex ad Caesarem Augustum; II: Annotationes).

E. H. ALTON, D. E. W. WORMELL, E. COURTNEY, «Problems in Ovid's Fasti», *Class. Quart.* 23, págs. 144-151.

A. W. J. HOLLEMAN, «Ovid and the Lupercalia», *Historia* 22, págs. 260-268.

—, «An enigmatic function of the flamen Dialis (Ovid *Fast.* II 282) and the Augustan reform», *Numen* 20, págs. 222-228.

G. PFLIGERSDORFFER, «Ouidius Empedocleus. Zu Ovids Ianus-Deutung», *Grazer Beiträge* 1, 177-209.

E. S. RUTLEDGE, *The style and composition of Ovid's «Fasti»,* tesis doctoral de la Universidad de North Carolina, 215 págs. (microfilm).

K. SANSONE, *The «Fasti» of Ovid,* tesis doctoral de la Universidad de Wisconsin Madison, 129 págs. (microfilm).

1974-1975

T. GESZTELYI, «Arion bei Ovid. *Fasti* II 79-118», *Act. class. Univ. Scient. Debreceniensis* 10-11, págs. 65-73.

1975

R. J. LITTLEWOOD, «Ovid's Lupercalia (*Fasti* 2.267-452). A study in the artistry of the *Fasti*», *Latomus* 34, págs. 1060-1072.

C. SANTINI, «Motivi astronomici e moduli didattici nei *Fasti* di Ovidio», *Giorn. ital. Filol.* 27, págs. 1-26.

1976

C. SANTINI, «Lettura strutturale ed etimologia in un catasterismo dei *Fasti*», *Mater. contrib. Stor. narrat. gr.-lat.* 1, págs. 49-56. (Sobre *Fastos* V 379-414, donde se habla del catasterismo de Quirón, en el que el término *manus* tiene suma importancia).

E. S. RUTLEDGE, «*Fasti* III, 459-516. Ariadne revisited», *Maia* 28, págs. 125-126.

F. Corsaro, «Alcune ipotesi sulla rielaborazione ovidiana dei *Fasti*», *Siculorum Gymnasium* 29, págs. 93-121.

E. Lefèvre, «Die Lehre von der Entstehung der Tieropfer in Ovids *Fasten* 1», 335-546, *Rheinisches Museum* 119, págs. 39-64.

D. Porte, «Trois vers problématiques dans les *Fastes* d'Ovide», *Latomus* 35, págs. 834-850.

N. Barbu, E. Dobroiu, M. Nasta, (edits.), *Ouidianum. Acta conuentus omnium gentium studiis fouendis,* Bucarest, Typis Univers., 635 págs. Sobre los *Fastos*: H. Le Bonniec, «État présent des études sur les *Fastes* d'Ovide», págs. 407-420 (recoge los principales trabajos desde 1950); A. Manzo, «Quid in Italia de Ouidii Metamorphoseon Fastorumque libris per annos X nuper exactos scriptum iudicatumque sit», págs. 429-435; I. R. Danka, «De Ferialium et Lemuriorum consimili natura», *Eos* 64, págs. 257-268. (Según Danka, los *Feralia* y *Lemuria,* junto a los *Caristia,* pertenecen a una misma serie de fiestas consagradas a los Manes, y no son de origen distinto, como han sostenido otros.)

1977

E. H. Alton, D. E. W. Wormell, E. Courtney, «A catalogue of the manuscripts of Ovid's *Fasti*», *Bull. Inst. class. Stud.* 24, págs. 37-63.

C. J. Simpson, *The date of dedication of the temple of Mars Ultor, Journ. Rom. Stud.* 67, págs. 91-94. (Relaciona las *Res Gestae* con *Fastos* V 545-598.)

1978

R. Syme, *History in Ovid,* Oxford (los *Fastos* en págs. 21-36).

D. Porte, «Les *Fastes* d'Ovide et le sourcil latin», *Latomus* 37, págs. 851-873.

L. Holleman, *Leggendo i Fasti,* trad. de I. S. Trojan, *Ouidiana* V, Sulmona.

W. R. Johnson, «The desolation of the *Fasti*», *Class. Journ.* 74, págs. 7-18. (Según Johnson, Ovidio no pudo terminar los *Fastos* porque, aparte del destierro, la contraposición que en ellos se daba entre la historia y la sociedad era demasiado compleja, y no consiguió casar ambos satisfactoriamente.)

E. H. Alton, *Fastorum libri sex,* Leipzig, Teubner.

W. Fauth, «Römische Religion im Spiegel der *Fasti* des Ovid», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II 16, 1, págs. 104-186.

C. Gatto Trocchi y C. Santini, «Conferimento di potere nei *Fasti* di Ovidio. Un'interpretazione», *Mater. contrib. Stor. narrat. gr.-lat.* 2, págs. 1-36.

1979

R. J. Littlewood, «Ovid in the Ides of March (*Fasti* 3, 523-710); a further study in the artistry of the *Fasti*», *Studies in Latin Literature and Roman History,* ed. por C. Deroux, Bruselas, págs. 301-321.

D. E. W. Wormell, «Ovid and the *Fasti*», *Hermathena* 127, págs. 39-50.

J. F. Miller, *Roman elegiac Aitia. Propertius IV and Ovid's Fasti in light of the poetry of Callimachus,* tesis doctoral de North Carolina Chapel Hill, 240 págs. (microfilm).

1980

C. Grassi, «Su Ovidio, *Fast.* II 14», *Atene e Roma* 25, págs. 33-35.

E. Lefèvre, «Die Schlacht am Cremera in Ovids *Fasten* 2, 195-242», *Rhein. Mus.* 123, págs. 152-162.

J. F. Miller, «Ritual directions in Ovid's *Fasti.* Dramatic Hymns and didactic poetry», *Class. Journ.* 75, págs. 204-214.

T. Gesztelyi, *Ianus* bei Ovid. Bemerkungen zur Komposition der *Fasti, Act. class. Univ. Scient. Debreceniensis* 16, págs. 53-59.

H. LE BONNIEC, «*Ouidiana* II», *Rév. Et. Lat.* 58, págs. 100-106. (A propósito de la edición de los *Fastos* por E. M. Alton, v. *supra*.)

1981

L. BRAUN, «Kompositionskunst in Ovids *Fasti*», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II 31, 4, págs. 2344-2383.

A. DEL CASTILLO, «La participación femenina en los banquetes y espectáculos romanos como muestra de su actividad social en la obra de Ovidio», *Acta Malacitana* 4, págs. 401-405.

R. J. LITTLEWOOD, «Poetic artistry and dynastic politics. Ovid at the *Ludi Megalenses. Fasti* IV 179-372», *Class. Quart.* 31, págs. 381-395. (Sugerencias de que Ovidio trabajaba en el libro IV de los *Fastos* en el año 3 ó 4 de nuestra era y de que a propósito del establecimiento de la diosa Cíbele aprovechó la oportunidad para celebrar dicho establecimiento, pues sabía que una madeja intrincada unía la *Magna Mater* con las Familias Julia y Claudia.)

FASTOS

LIBRO I

ENERO

SINOPSIS: Proemio (1-26). Rómulo y el año (27-44). Los días (45-62). — Día 1: Jano (63-144). El Año Nuevo en enero (145-182). Regalos de buen agüero (183-226). Jano y el barco (227-254). Tarpeya (255-276). Jano Gémino (277-288). Esculapio y Véyovis (289-294). — Día 3: Las estrellas (295-310). Cáncer (311-314). — Día 5: La Lira (315-316). — Día 9: *Agonalia* (317-334). Clases de víctimas (335-456). El Delfín (457-458). — Día 10 (459-460). — Día 11 (461-464). Carmentis (465-542). Hércules y Caco (543-586). — Día 13: Augusto (587-616). — Día 15: Fiesta de Carmentis (617-636). — Día 16: Concordia (637-650). — Día 17: Acuario (651-652). — Día 23: La Lira (653-654). — Día 24: La Fiesta de la Siembra (655-704). — Día 27 (705-708). — Día 30: El Altar de la Paz (709-724).

Proemio

Voy a cantar [1] el calendario ordenado a lo largo del año latino junto con sus causas [2], y los astros que se ponen y salen bajo la tierra. Recibe con rostro sereno, César Germánico [3], esta obra, y guía el camino de la nave temerosa, y sin volver la espalda a

---

[1] Expresión habitual en los himnos y la épica antigua, y que Ovidio repite en otros muchos pasajes de la presente obra.

[2] Tres son los temas propuestos por el autor para ser tratados en el poema: el calendario, las estrellas y las causas, siendo estas últimas

un honor humilde, ¡ea!, asiste propicio con tu numen al trabajo que te he dedicado. Reconocerás las ceremonias extraídas de los viejos Anales, y la razón por la que cada día ha sido señalado. Allí encontrarás también las fiestas que os pertenecen a vosotros [4]. Muchas veces leerás el nombre de tu padre, muchas veces, el de tu abuelo [5]. Los premios que ellos han logrado, que adornan el calendario pintado [6], también los obtendrás tú junto con tu hermano Druso [7]. Que otros canten las armas de César: nosotros trataremos los altares [8] de César y cualesquiera días que él añadió a las fiestas sacras. Da tu bendición al que pretende avanzar entre las loas de los tuyos, y sacude de mi pecho los temores espantosos. Ofrécete a mí agradablemente, y habrás dado fuerzas a mi poema: mi arte se sustenta o se viene abajo conforme sea tu mirada. Mi página se conmueve porque ha de sufrir el juicio de un príncipe doc-

las más importantes. El origen de los *Fastos* parece hallarse en los *Aitia* («Causas») de Calímaco, sabio poeta alejandrino.

[3] A este personaje dedica Ovidio el primer Libro de los *Fastos*. Era hijo de Druso Claudio Nerón, muerto en el año 9 a. C.; sobrino del emperador Tiberio (ascendido al trono a la muerte de Augusto el año 14 de nuestra era); hermano del emperador Claudio y padre de Calígula. Murió en Antioquía de Siria, el año 19.

[4] Las familias linajudas poseían fiestas gentilicias particulares. En ocasiones los emperadores manipularon políticamente semejantes fiestas.

[5] Augusto, aunque por consanguinidad; sólo era nieto de Livia, esposa de Augusto.

[6] Con letras rojas o *rubrica* se adornaban los manuscritos antiguos.

[7] «Hermano» significa aquí 'primo hermano', por cuanto Druso era hijo de Tiberio: véase Ruiz de Elvira, *Ovidio. «Metamorfosis»* I (Col. hisp. aut. grs. y lats.), Madrid, 1982, pág. 198, n. 22.

[8] Augusto («el César») levantó durante su vida muchos altares, como se registran en la famosa inscripción conocida tradicionalmente como *Monumentum Ancyranum*, por el lugar (Ankara) en que se conserva la mayor parte.

to, como enviada a que la lea el dios de Claros [9]. Pues cuál es la facundia de una boca cultivada lo advertimos cuando ella empuñó las armas ciudadanas en favor de reos temblorosos. Y cuando tu pasión se entrega a nuestras artes sabemos qué gran manantial fluye de tu talento. Si dioses y hombres lo permiten, dirige, poeta como eres, las riendas del poeta, para que bajo tus auspicios transcurra feliz el año entero.

Rómulo y el año

Cuando el fundador de la ciudad ordenó los tiempos, dispuso que hubiese diez meses en el año [10]. Está claro, Rómulo, que conocías las armas más que las estrellas, y que tu interés por vencer a los vecinos era mayor. Sin embargo, César, existe una razón que le movió, y tiene con qué defender su error. Estableció que era suficiente tiempo para el año el que es suficiente para que el niño [11] salga del vientre de su madre. Ese mismo número de meses a partir de la muerte de su esposo lleva señales de luto la esposa [12] en la casa vacía. Así pues, estos hechos tuvo en cuenta la atención de Quirino [13], el

[9] Apolo, que tenía un famoso santuario en Claros (Asia Menor).

[10] Según la tradición romana, Rómulo instituyó un año de diez meses con 304 dias, que comenzaba en marzo, faltando, por tanto, los meses de enero y febrero. Algunos han dudado de la existencia de semejante año; otros han pensado que existió efectivamente, pero con un número de días mayor que el normal, de forma que los diez meses sumaban 365 días.

[11] Los romanos en general hablan de diez meses de gestación en cómputo inclusivo; véase A. Ruiz de Elvira, *op. cit.* II, pág. 214.

[12] Las leyes romanas permitían diez meses de luto como máximo a la mujer que perdía un pariente cercano.

[13] Quirino era el dios de la guerra sabino; después de la deificación de Rómulo se le confirió a éste dicho nombre. La trábea era una toga con franja de púrpura.

de la trábea, al dar leyes sobre el año a pueblos ignorantes. El primer mes era de Marte [14], y el segundo, de Venus: ésta era cabeza del linaje, y aquél su propio padre. El tercero tomó el nombre de los viejos, y el cuarto, el de los jóvenes; el grupo siguiente se indicó con su número. Ahora bien, Numa no se olvidó ni de Jano [15] ni de las sombras de nuestros antepasados y antepuso dos meses a los primitivos.

Los días

Pero (para que no desconozcamos las leyes de los diferentes días) no tiene cada día la misma misión. Es inhábil el día durante el cual no se pueden pronunciar las tres palabras [16]; es hábil el día durante el cual se permite que actúe la justicia. Y no creas que el día conserva su pauta a lo largo de todo él: el que era inhábil por la mañana se convierte luego en hábil, porque tan pronto se han ofrendado las entrañas a la divinidad, se puede decir todo legalmente, y el honorable pretor tiene libertad de palabra. Hay también días en que se puede encerrar legalmente a la gente en los cercados [17]; hay tam-

[14] El mes de Marte es marzo; el de Venus es abril, suponiendo que este nombre proceda de Afrodita, el nombre griego de la Venus romana. El mes de los viejos es mayo (de *maiores*: «ancianos»); el de los jóvenes es junio (de *iuniores*). Julio se llamaba *Quintilis* (de quinto), agosto, *Sextilis* (de sexto), por ser esos los lugares que ocupaban en la serie; de la misma forma septiembre y los restantes siguen esa serie numérica.

[15] De Jano tenemos el nombre del primer mes: enero, y de la palabra que indica las sombras de los antepasados, *februa*, procede el nombre del mes siguiente: febrero.

[16] Estas palabras son: *do dico addico* «entrego, asigno, atribuyo», que pronunciaba el pretor al administrar justicia.

[17] Alusión a las casetas o cercados en que penetraba el pueblo para emitir el voto en el Campo de Marte los días electorales.

bién días que reaparecen cada período de nueve [18]. El culto de Juno reclama las Calendas ausonias; en las Idus se sacrifica a Júpiter una cordera blanca ya crecida; las Nonas carecen de divinidad tutelar. El día siguiente a todos estos (¡no se te olvide, por favor!) es negro [19]. El mal agüero de esos días se debe a un acontecimiento, y es que en tales fechas Roma sufrió reveses amargos por mor de Marte, que le volvió la espalda. Queden dichas por mí una vez por todas estas advertencias que afectan a todo el calendario, y así no me veré obligado a interrumpir el orden de su contenido.

Día 1: Jano

He aquí, Germánico, a Jano, que anuncia un año feliz para ti, y aparece el primero en mi poema. ¡Jano bicéfalo, origen callado del año que se desliza, único de los de arriba que ves tus propias espaldas, preséntate por la derecha a los conductores [20] por cuyo empeño la tierra feraz obtiene una paz sin cuitas, el ponto obtiene la paz! Preséntate por la derecha a tus padres y al pueblo de Quirino, y abre con tu consentimiento los templos relucientes. Una luz próspera se origina: ¡pureza en la lengua y en el corazón! Ahora hay que decir buenas palabras en el buen día. Que los oídos estén libres de litigio y al instante se alejen las disputas no cuerdas; ¡aplaza tu obra, lengua envidiosa! ¿Ves cómo reluce el cielo con los fuegos perfumados y crepita la espiga cilicia [21] al

[18] Se refiere a las ferias o *nundinae*, que eran, para nuestro cómputo, cada ocho días.

[19] Tres días negros al mes y treinta y seis al año, durante los cuales no se podían emprender actividades nuevas.

[20] Es decir, el emperador Tiberio, su hijo Druso y Germánico.

[21] Es el azafrán, cuya mejor especie se criaba en Cilicia; se utilizaba también como perfume.

encender las hogueras? La llama reverbera con su brillo en el oro de los templos y esparce el resplandor tembloroso en lo alto del santuario. Van con las ropas intactas al alcázar de Tarpeya [22] y el pueblo lleva el mismo color que el color de su fiesta; ya marchan delante los nuevos mandos, nueva púrpura refulge y el marfil llamativo [23] siente pesos nuevos. Novillos exentos del trabajo, que la hierba falisca alimentó en sus campiñas ofrecen su cuello para que los hieran. Júpiter, cuando mira a todo el orbe desde su alcázar, no encuentra nada que ver que no sea romano. ¡Salud, día bienhechor!: vuelve cada vez mejor, merecedor de que te honre el pueblo dueño del mundo. Mas con todo, ¿qué dios diré que eres tú, Jano biforme? Pues Grecia no tiene numen ninguno parejo a ti. Y a la vez revela el motivo por el que eres el único entre los celestiales que ves lo que está a la espalda y lo que está delante.

Cuando yo daba vueltas a estas cuestiones al echar mano de las tablillas, me pareció más luciente la casa de lo que era antes. Entonces el sagrado Jano, admirable por su imagen bicéfala, puso de repente delante de mis ojos su doble faz. Me llené de temor y sentí que se me erizaban los pelos de miedo, y mi pecho estaba yerto por el súbito frío. Él, con el báculo en la derecha y la llave en la izquierda, me reveló estas palabras con la primera de sus dos bocas: «Aprende, poeta que trabajas en los días, lo que buscas, abandonando tu miedo, y recoge en tu mente mi discurso. Los antiguos, pues yo soy un ente primitivo, me llamaban Caos: mira de qué lejano tiempo voy a reci-

[22] El primero de enero los cónsules elegidos marchaban en procesión al Capitolio, una de cuyas partes era la Roca Tarpeya.

[23] Se trata de la *sella curulis* o silla de marfil, a que tenían derecho los magistrados superiores.

tar los hechos. Este aire transparente y los tres elementos [24] que restan, fuego, agua y tierra, eran una masa uniforme. Tan pronto como esta masa se desligó por discordia de sus componentes, y una vez dispersa, fue a buscar insólitas moradas: la llama buscó la altura, el espacio más cercano admitió el aire, en medio del suelo se asentaron la tierra y el mar. Entonces yo, que había sido ovillo y mole sin figura, me convertí en imagen y cuerpo dignos de un dios. Todavía ahora, como pequeña señal de mi en otro tiempo confusa apariencia, el mismo aspecto tiene lo que en mí está delante y lo que está detrás. Escucha cuál es la segunda razón de la forma por que me preguntas, para que conozcas a un tiempo ésta y mi propia misión. Todo lo que ves por doquier, cielo, mar, nubes, tierras, todo lo abre y lo cierra mi mano. Solamente de mí depende la custodia del vasto universo y la regulación del giro del mundo me pertenece por completo. Cuando me viene en gana dejar salir de su plácida mansión a la Paz, ésta pasea libre y sin interrupción por los caminos: todo el orbe se verá inundado de sangre mortal si los rígidos cerrojos no mantienen encerrada a la guerra. Guardo las puertas del cielo con las misericordes Horas; en virtud de mi cometido entra y sale el propio Júpiter. De ahí que me llamen Jano; cuando el sacerdote me ofrenda la tarta cereal y harina revuelta con sal, te reirás de los nombres, pues ora me llama con su boca sacrificial Patulcio, ora Clusio [25]. Está claro que aquella antigüedad inculta quiso significar cometidos diferentes con uno u otro nombre. Queda relatado mi poder. Conoce ahora la razón de mi figura, aunque

[24] Teoría de los cuatro elementos del filósofo jónico Anaximandro.

[25] Patulcio, de *patere*, significa «el abridor»; Clusio, de *claudere*, significa «el que cierra».

ya la ves tú también en alguna medida. Toda puerta tiene dos frentes gemelas, a un lado y a otra, de las cuales, la una mira a la gente y la otra, en cambio, al dios-lar. Y de la misma manera que vuestro portero, sentado junto al umbral de la entrada principal, ve las salidas y las entradas, así yo, portero de la corte celestial, alcanzo a ver a un tiempo la parte de Levante y la parte de Poniente. Ves las caras de Hécate, orientadas en tres direcciones para guardar las encrucijadas que dan a tres caminos; yo, para no perder el tiempo torciendo el cuello, tengo licencia para mirar a dos de ellos a la vez, sin mover el cuerpo.»

El Año Nuevo en enero

Dijo, y con la cara expresó que no sería inasequible si yo quería preguntarle más. Tomé ánimo y di las gracias al dios sin asustarme, y mirando al suelo le hablé unas pocas palabras: «Dime, por favor, ¿por qué comienza el Año Nuevo con los fríos, cuando más bien debería comenzar en primavera? Todo florece entonces; entonces hay una fase nueva de tiempo y se hincha la yema nueva en la vid preñada; el árbol se cubre de hojas recién formadas y el tallo de la semilla asoma en la superficie del suelo; los pájaros endulzan el aire tibio con sus cantos orquestados y los rebaños juegan y retozan en los prados. Entonces los rayos del sol son suaves y sale la golondrina exótica y fija en la viga alta su nido de barro; entonces permite el campo su cultivo y se renueva con el arado. Con justicia había que llamarlo el Año Nuevo». Le había preguntado por extenso; él, sin detenerse mucho, redujo sus palabras a dos versos de la siguiente manera: «El invierno es lo primero del Año Nuevo y lo último del viejo; Febo y el año toman el mismo comienzo». Después de lo cual seguía preguntando por qué el primer día no estaba libre de litigios. «Escucha el motivo —dijo Jano—:

'asigné el nacimiento del año a los quehaceres para que no fuese inhábil el año entero por causa de los auspicios. Por lo mismo, cada uno prueba sus aptitudes en la acción y no testimonia sino su obra acostumbrada'». A continuación le pregunté: «¿Por qué, Jano, aunque debo aplacar los númenes de los demás, te traigo a ti antes que a nadie el incienso y el vino puro?». Me dijo: «Para que puedas a través de mí, que guardo sus umbrales, tener acceso a cualesquiera dioses». «Pero, ¿por qué se dicen palabras de felicitación los días de tus calendas, y hacemos y recibimos votos recíprocamente?». Entonces el dios, apoyándose en el báculo que llevaba en la diestra, dijo: «Los augurios suelen hallarse en los principios. A la palabra primera dirigís vuestros oídos temerosos [26], y el ave que primero vio es la que toma en cuenta el áugur; están abiertos los templos y los oídos de los dioses, ninguna lengua profiere votos perecederos y tienen peso las palabras».

Regalos de buen agüero

Había terminado Jano, pero yo no guardé largo silencio, sino que con mis palabras empalmé sus últimas palabras: «¿Qué significado tienen los dátiles y los higos arrugados? —dije— ¿y la miel resplandeciente que se ofrece en un vaso blanco como la nieve?». «El motivo —dijo— es el augurio: que semejante sabor persevere en las cosas y que el dulce año termine su camino emprendido.» «Ya veo por qué se regalan cosas dulces. Añade la razón de la moneda, para que ninguna

[26] Los romanos se preocupaban seriamente de que el primer nombre que se pronunciaba en las ocasiones solemnes, o el nombre de la persona que actuaba en primer lugar, fuesen de buen agüero. Así, cuando el cónsul hacía reclutamientos, el nombre del primer soldado debía ser feliz; los que conducían las víctimas al altar igualmente debían tener nombres afortunados, etc.

parte de su fiesta me quede sin confirmar.» Se rió, y dijo: «¡Oh, qué poco entiendes a tu siglo, si piensas que la miel es más dulce que coger una moneda! Apenas vi yo a nadie cuando reinaba Saturno [27], a cuyo corazón no fuese dulce el lucro. Con el tiempo creció el deseo de tener, que ahora es sumo: apenas si tienen dónde avanzar más. Las riquezas pueden ahora más que en los años del tiempo originario, cuando el pueblo era pobre y Roma era nueva, cuando una pequeña cabaña acogía al hijo de Marte, Quirino [28], y la enea del río ofrecía un lecho precario. Con dificultad se erguía por entero Júpiter en su estrecha ermita [29] y en la diestra de Júpiter había un rayo de barro. El Capitolio que ahora lo adornan con perlas, lo adornaban con hojas, y el senador en persona apacentaba sus ovejas; no era vergonzoso tomar un descanso gustoso en la paja y poner la cabeza sobre el heno. El pretor hacía justicia al pueblo tan pronto dejaba el arado y una ligera barrita de plata era un crimen. Pero una vez que la fortuna de este lugar levantó la cabeza y Roma tocó con la coronilla a los dioses supremos, crecieron las riquezas y el loco deseo de riqueza y, por muchas que posean, más apetecen. Compiten por ganar para consumir y por reponer lo consumido, y las mismas virtudes sirven de pasto a sus vicios. Igual que aquellos cuyo vientre se hinchó de hidropesía, cuanta más agua beben más sed tienen. Ahora se valora el dinero: la fortuna da los honores, la hacienda, las amistades; al pobre se le abate por doquier. ¿Y tú me preguntas si es útil el augurio de la moneda y por qué las viejas monedas de

[27] El reinado de Saturno era tenido como la Edad de Oro.

[28] Es decir, Rómulo.

[29] El pequeño templo de Júpiter Feretrio, que Rómulo había fundado en el Capitolio.

bronce agradan a vuestras manos? Antaño daban monedas de bronce, ahora mejor augurio hay en el oro, y el metal primitivo, vencido, cedió ante el nuevo. También a nosotros nos agradan los templos de oro, si bien aprobamos los antiguos: esa excelencia conviene a la divinidad. Alabamos los años del pasado, pero vivimos en los nuestros: sin embargo, ambas costumbres son dignas de ser atendidas por igual».

Jano y el barco

Había terminado sus advertencias; de nuevo, con plácidas palabras, igual que antes, interpelo por mi parte al dios que lleva la llave: «Mucho he aprendido, desde luego; pero, ¿por qué en una cara de la moneda de bronce hay estampada la figura de una nave y en la otra una figura con dos cabezas?». «Me habrías podido reconocer —dijo— en la doble imagen si el propio tiempo no hubiera gastado la vieja estampa. El motivo de la nave es palmario: en una nave llegó al río etrusco el dios portador de la Hoz, una vez recorrido previamente el orbe. Recuerdo que en esta tierra fue acogido Saturno, al que Júpiter había expulsado de los reinos celestes. Por ello este pueblo conservó mucho tiempo el nombre de «pueblo saturnio»; también a su tierra se le llamó Lacio, por haberse ocultado el dios. Pero la buena posteridad estampó una nave en la moneda de bronce para dar testimonio de la llegada del dios, su huésped. Yo mismo habité el suelo [30] cuyo lado izquierdo lame la más que mansa onda del Tíber arenoso. Aquí, donde está Roma ahora, verdeaba una selva nunca cortada, y un espacio tan grande eran los pastizales de unos pocos bueyes. Mi alcázar era la co-

[30] La colina del Janículo, a la derecha del Tíber, de la que se trata más abajo.

lina que la gente nombra por mi nombre y que la época actual llama Janículo. Entonces reinaba yo, cuando la tierra era soporte de los dioses y los númenes andaban mezclados con los espacios humanos. Las fechorías de los hombres no habían ahuyentado todavía a la Justicia (fue la última de los dioses de arriba en abandonar la tierra), y en lugar del miedo gobernaba al pueblo la dignidad misma sin violencia; ningún trabajo costaba hacer justicia a los justos. Yo no tenía nada que ver con la guerra: tutelaba la paz y las jambas de las puertas y —dijo mostrando la llave— esto es lo que llevo por armas».

Tarpeya

Cerró la boca el dios. Entonces abrí yo la mía del modo siguiente, con mis palabras provocando las palabras del dios: «Habiendo tantos porches, ¿por qué estás consagrado en uno solo, aquí donde tienes un templo unido a dos foros?» [31]. Acariciando con la mano la barba prolongada hasta el pecho, contó al punto lo de las armas del ebalio Tacio [32], y cómo la frívola guardiana [33], cautivada por las pulseras, condujo a los sabinos silenciosos hasta la senda del alto alcázar. «Desde él —dijo— había una cuesta pronunciada hasta el valle y los foros, como hay ahora, y que es por donde bajáis. Y ya había alcanzado la puerta, cuyos cerrojos echados des-

[31] Jano era el patrón de los porches *(iani)*; el templete a que aquí alude Ovidio debía ser el situado entre el Foro Romano y el Foro Julio.

[32] Tito Tacio, rey de los sabinos, que se creían descendientes de los espartanos, uno de cuyos reyes fue Ébalo. Tacio fue, primero, enemigo, y, más tarde, amigo de los romanos.

[33] Tarpeya, hija de Tarpeyo, general del Capitolio. A cambio de joyas y brazaletes de oro guió por el sendero a los sabinos cuando éstos atacaron el alcázar.

corriera la envidiosa hija de Saturno [34]. Temiendo entablar combate con numen tan poderoso, yo mismo, experto en la que es mi arte, promoví una estratagema: abrí las bocas de la fuente, en cuyo cometido tengo soberanía, y súbitamente eché fuera sus aguas. Pero antes infecté con azufre los veneros empapados para que el agua hirviente cerrase el camino a Tacio. Cuando se comprendió su utilidad, tras ser expulsados los sabinos, se devolvió el aspecto que había tenido a este lugar ya seguro. Me han levantado un altar unido a un pequeño santuario, que con sus llamas despide el olor a harina y pastel quemados».

Jano Gémino

«Pero, ¿por qué te escondes durante la paz y sales de tu encierro cuando los hombres empuñan las armas?». No hubo dilación y me dio la razón que buscaba. «Mi puerta entera se abre de par en par con el cerrojo descorrido para que las gentes tengan patente sin ningún género de duda su marcha a la guerra. Durante la paz echo las contrapuertas para que no pueda escapar por ningún sitio; bajo el numen de César permaneceré encerrado largo tiempo». Dijo y, levantando la vista que veía en dos direcciones distintas, echó una mirada a cada cosa por el orbe entero. Reinaba la paz, y el Rin ya te había entregado sus aguas a tu servicio, Germánico, motivo de vuestro triunfo [35]. ¡Jano, haz eterna la paz y a los ministros de la paz, y no permitas que su autor abandone su obra!

[34] Juno, que odiaba a los romanos por rivalidad con Venus.

[35] El triunfo de Germánico y Tiberio sobre los germanos se celebró en mayo del año 17.

Esculapio y Véyovis

Ahora bien, por lo que a mí me fue dado conocer de los Fastos mismos, los padres consagraron en este día dos templos [36]. La isla que rodea el río con sus dos brazos de agua acogió al que nació de Febo y de la ninfa Corónida [37]. Júpiter tiene su parte; el mismo lugar albergó a ambos, y el templo del nieto está unido a su gran abuelo.

Día 3: Las estrellas

¿Quién nos impide hablar también de las estrellas, cómo sale y se pone cada una? Esto es parte de mi promesa. ¡Felices las almas que fueron las primeras en ocuparse de conocer estas cosas y ascender a las mansiones de arriba! Se puede creer que aquellos sacaron la cabeza por encima tanto de los vicios como de los lugares humanos. Ni Venus ni el vino, el deber del foro o las fatigas de las campañas, quebraron sus pechos sublimes. No les tentaron ni la ambición ligera ni la gloria revestida de oropel ni el ansia de grandes riquezas. Acercaron a nuestros ojos las lejanas estrellas y sometieron el firmamento a su genio. Así es como se alcanza el cielo, sin necesidad de que el Olimpo se lleve al Osa y la cima del Pelio [38] toque las más altas estrellas. Nosotros también, bajo la guía de ellos, mediremos el cielo y asignaremos sus días a cada astro errante [39].

[36] Ovidio comienza la relación cronológica de la fundación de templos.

[37] Esculapio.

[38] Alusión a la empresa legendaria de los gigantes Oto y Efialtes de amontonar las montañas tesalias. Virgilio (*Geórgicas* I, 278-282) habla de otros gigantes y de otro orden en el amontonamiento de las montañas.

[39] Son los signos del Zodíaco, que cambian su posición en el cielo a lo largo del año. Con relación a ellos se refieren los comienzos de los festivales.

Cáncer

De manera que cuando sea la tercera noche antes de la llegada de las Nonas y la tierra salpicada por el rocío celeste esté húmeda, en vano buscaremos las pinzas del Cangrejo de ocho patas: se habrá zambullido de cabeza en las aguas de Occidente [40].

Día 5: La Lira

Las lluvias enviadas de las negras nubes te darán la señal, a la salida de la Lira [41], de que han llegado las Nonas.

Día 9: «Agonalia»

Añade cuatro días a las Nonas contados en orden y habrá que expiar a Jano en el amanecer Agonal [42]. La causa del nombre puede ser el oficiante con la túnica arremangada, por cuya herida a la víctima cae ésta en honor de los dioses: cuando va a teñir de sangre caliente el cuchillo que tiene agarrado, pregunta siempre: «¿Actúo?» [43], y no actúa sino cuando le dan la orden. Unos piensan que el día tiene el nombre de *agonal* por la acción de «acarrear» [44], ya que los ganados no «vienen» sino que son «acarreados». Otros creen que a esta fiesta la llamaban los antiguos *Agnalia* [45], de forma que se le habría quitado una letra en el lugar correspondiente. ¿O bien, porque la víctima siente miedo de los cuchillos que ve antes en el agua, se trasladó al día el apelativo de la agonía del animal? También cabe que el día tomase un nombre griego de los juegos que se celebraban en etapas

[40] Idéntica versión en Columela (*De re rustica* XI 2, 97).

[41] Falso. La Lira sale varios meses antes.

[42] El nombre aparece en otros calendarios del suelo itálico. Su origen es oscuro.

[43] En latín: *agone?* La explicación procede de Varrón.

[44] *Agere* en latín.

[45] De *agna*, «cordera»; de donde: «Fiesta de las corderas».

anteriores. Y es que la lengua antigua llamaba a la res *agonia*. Esta última razón es a mi juicio la verdadera. Y aunque no es segura, igualmente el Rey del sacrificio debe aplacar a las númenes con la pareja de una oveja lanuda.

Clases de víctimas

Se llama víctima al ser que ha caído a causa de la diestra victoriosa [46]. Tiene el nombre de «enemiga» *(hostia)* por los enemigos vencidos. Antes tenía poder para conciliar a los dioses con el hombre la harina [47] y un grano brillante de sal pura. Todavía no había traído una nave extranjera, surcando las aguas del mar, la mirra, lágrimas destiladas de una corteza, ni el Eufrates había enviado el incienso [48] ni el bálsamo la India, ni eran conocidos los hilos del rojizo azafrán. Un altar, contento con las hierbas sabinas [49], y el laurel, quemado con no chico crepitar, exhalaban el humo. Si había alguno que pudiera añadir a las coronas hechas con flores del prado las violetas, era rico. Este cuchillo que ahora abre las entrañas del toro abatido no tenía en las ceremonias oficio alguno. La primera en alegrarse con la sangre de una cerda [50] tragona fue Ceres, que vengaba a sus mieses con la muerte merecida de la culpable. Pues se enteró de que sus sembrados, lechosos en primavera, los había revolcado en sus tiernos surcos el hocico de una peluda cerda.

[46] Juego etimológico entre *uictima* y *uictoria*.

[47] La harina de la espelta, que, según los testimonios antiguos, fue el alimento originario de los romanos.

[48] El incienso, en realidad, procedía de Arabia.

[49] La sabina era una planta aromática que sustituía muchas veces al incienso.

[50] En otros lugares repite Ovidio la idea de que el cerdo fue el primer animal sacrificado, opinión que asigna a Pitágoras.

La cerda había sufrido su castigo; asustado con su ejemplo deberías haberte abstenido de tocar la viña, macho cabrío. Alguien, al verlo apretar los dientes en la viña, dijo con no callada indignación las siguientes palabras: «¡Roe la vid, macho cabrío! A pesar de ello, de ella saldrá lo que pueda salpicar tus cuernos cuando estés junto al altar». Sus palabras se hicieron realidad: tu enemigo, Baco, se te entrega a ti para su castigo y se le salpican los cuernos con vino derramado. La culpa castigó a la cerda, la culpa castigó también a la cabrilla; vosotros, buey y ovejas apacibles, ¿qué culpa contrajisteis? Lloraba Aristeo [51] al ver que sus abejas exterminadas hasta la última habían abandonado los panales que comenzaran. Su madre verde marina le consoló a duras penas su dolor, agregando a sus razones estas últimas palabras: «¡Contén tus lágrimas, muchacho! Proteo aliviará tu pérdida y te dará el medio de reparar lo que perdiste. Pero para que no te burle con sus metamorfosis procura que atenacen sus dos manos unos lazos apretados». El joven llega hasta el profeta y ata los brazos que ha agarrado del viejo del mar, aflojados por el sueño. El de las metamorfosis transforma su figura en virtud de su arte: enseguida, reducida por las ataduras, vuelve a su aspecto, y levantando el rostro que chorrea rocío de la barba verdemarina, dijo: «¿Buscas la forma de recuperar las abejas? Entierra en el suelo el cadáver de un novillo sacrificado; enterrado te proporcionará lo que buscas de mí». El pastor ejecuta la orden; el buey podrido es un hervidero de enjambres [52]: una vida fenecida

[51] La historia de Aristeo, hijo de Apolo y de la ninfa Cirena, según Diodoro Sículo, la cuenta más por extenso Virgilio en las *Geórgicas* IV 315-558.

[52] No son abejas sino moscardas las que nacen en la carne putrefacta de los huevos que otras moscardas tienden a poner en los cadáveres.

produjo mil vidas. El Hado exige una oveja: sin recato mordisqueó las verbenas que la vieja piadosa solía llevar a los dioses del campo. ¿Qué se encuentra a salvo, cuando el rebaño lanudo y los bueyes que viven en el campo dejan su vida en los altares? Persia aplaca a Hiperión [53] coronado por rayos con un caballo, para que no se ofrende a un dios rápido una víctima lenta. Como una vez se sacrificó a la triple Diana [54] una cierva en lugar de una doncella, también cae ahora una cierva, pero no por doncella alguna. Vi que los sapeos y quienquiera que habita en tus nieves, Hemo, ofrecían entrañas de perros a la Trivia [55]. También se sacrifica un asnillo para el envarado guardián del campo [56]; el motivo desde luego da pudor, pero con todo es apropiado al dios. Grecia celebraba las fiestas de Baco, el que lleva los pámpanos, que cada tres inviernos [57] vuelven en la época acostumbrada. A las mismas vinieron también los dioses que adornan a Lieo [58], y quienquiera que no fuese ajeno a las chanzas: los Panes y los jóvenes Sátiros, proclives a Venus, y las diosas que habitan los ríos y los campos solitarios. Llegó también el viejo Sileno en su asno de lomo hundido y aquel colorado que espanta con su miembro a los pájaros asustadizos. Todos ellos hallaron un bosque adecuado para el dulce festín y se acomodaron en asientos, vestidos de muelle hierba. Líber [59] re-

[53] El sol.

[54] Posible confusión de Diana con Hécate, de cuyas tres formas se habló más arriba.

[55] Trivia es Diana; los sapeos son una tribu de Tracia, donde se localiza también el monte Hemo.

[56] Priapo, dios de los jardines.

[57] Fiesta bienal, según nuestro cómputo.

[58] Epíteto del dios del vino, Baco o Dioniso.

[59] Dios indígena itálico de la fertilidad, identificado por griegos y romanos con Baco.

partía el vino, cada cual se había traído su corona, un arroyo suministraba abundante agua para mezclar. Presentes estaban las Náyades; unas, con el pelo suelto sin hacer uso del peine, otras, con el pelo arreglado por las manos y por el arte. Ésta sirve con la túnica recogida por encima de las pantorrillas, la otra con escote en el pecho por no haberse cosido los pliegues. Éste deja fuera el hombro, aquélla lleva su vestido rozagante por las hierbas; ningún lazo embaraza sus tiernos pies. De un lado, las unas provocan amables volcanes en los sátiros, las otras, en ti [60], el que llevas las sienes ceñidas de pino. A ti también, Sileno, de pasión inextinguible, te abrasan: tu lujuria es la que no te deja ser viejo. Por su parte el colorado Priapo, ornato y tutela de los jardines, de todas ellas, se había dejado cautivar por Lótida: ésta ansía, a ésta desea, por ella sola suspira y le hace señales con la cabeza y la requiebra con signos. Las guapas son desdeñosas y la arrogancia acompaña a la belleza: después de reírse de él le lanza miradas de desprecio. Era de noche, y como el vino provoca el sueño, todos estaban echados en distintos lugares, vencidos por la modorra. Lótida, cansada como estaba de brincar, se echó a descansar muy lejos en el suelo herboso, debajo de las ramas de un arce. Se levanta su enamorado y conteniendo el aliento dirige sus pasos furtivos y silenciosos, caminando de puntillas. Cuando llegó al lecho apartado de la nívea ninfa, se cuida de que no suene el aliento mismo de su propia respiración. Y ya se balanceaba sobre sus pies en la hierba limítrofe, pero ella era presa de un sueño profundo. Experimenta el goce y quitándole la saya de las piernas, se encaminaba a lograr sus deseos por camino bienaventurado. He aquí que el asnillo, porteador de

[60] El dios Pan.

Sileno, se puso a lanzar intempestivos rebuznos de su ronca boca. La ninfa se levanta asustada y aparta a Priapo con las manos, y al huir despierta a todo el bosque. Y el dios, excesivamente preparado también con sus partes obscenas, era la risa de todos a la luz de la luna. El causante del griterío pagó su castigo con la muerte, y ésta es la víctima grata para el dios del Helesponto [61]. Todavía no os habían tocado, aves, solaz del campo, especie inofensiva y habitual de las selvas, que construís nidos y empolláis los huevos con las plumas, y lanzáis dulces trinos con vuestro fácil pico. Pero nada de esto os sirve, porque lleváis el crimen en la lengua y los dioses piensan que vosotras reveláis sus pensamientos. Y, a pesar de todo, no es ello falso, pues, conforme estáis cada una más cerca de los dioses, expresáis señales verdaderas, bien con las alas, bien con el pico [62]. La prole de los pájaros, largo tiempo a salvo, fue sacrificada al cabo, y las entrañas de sus delatores pluguieron a los dioses. De esta manera, la paloma blanca, pareja que arrebatan a su marido, arde muchas veces en las hogueras idalias [63]. Ni el haber defendido el Capitolio le sirve al ganso para no entregar su hígado en tu bandeja, majestuosa Ináquide [64]. De noche se sacrifica el ave de la cresta [65] a la diosa Noche por anunciar el día tibio con su pico en guardia.

[61] Priapo.

[62] Los pájaros que daban el augurio con el vuelo se llamaban *praepetes*; los que lo daban con los trinos, *oscines*.

[63] La paloma era sacrificada a Venus, venerada en Chipre, donde se ubica la ciudad de Idalio.

[64] Cuando los galos atacaron Roma, los gansos del Capitolio despertaron con su cacareo a la guarnición romana. La Ináquide o hija de Ínaco es Io, identificada con la egipcia Isis, a la que se sacrificaba este animal.

[65] El gallo.

El Delfín

Entretanto la brillante constelación del Delfín [66] se levanta sobre las aguas y asoma la cara desde los abismos paternos.

Día 10

El día siguiente marca el invierno dividiéndolo en dos y la parte que resta es igual a la pasada.

Día 11

La Aurora que sigue, después de dejar a Titono [67], asistirá a la ceremonia pontifical de la diosa arcadia [68]. El mismo amanecer, hermana de Turno [69], te acogió a ti también en un santuario, en el lugar donde el agua virginal rodea al Campo.

Carmentis

¿Dónde voy a buscar las causas y costumbres de estas ceremonias? ¿Quién dirigirá mis velas en medio del océano? Inspírame tú misma [70], que tienes un nombre que viene del de poema, y favorece mi propósito para que tu honor no se extravíe. La tierra que nació antes que la luna (si podemos creer en sus propias palabras) tiene un nombre tomado del gran Arcas [71]. De aquí era Evandro, que, aunque ilustre por ambas partes, era más renombrado por la sangre de su sagrada madre [72]. La cual, así que había concebido en su interior los

[66] No es el nueve de enero, sino el 31 de diciembre cuando salía esta constelación.

[67] La Aurora, diosa de la mañana, raptó a Titono para casarse con él.

[68] Carmentis.

[69] La diosa Yuturna, que habitaba junto al río Numicio, en torno al Campo de Marte.

[70] Carmenta, que deriva su nombre de *carmen* («poema»).

[71] Es Arcadia, cuyos habitantes creían los antiguos que eran anteriores a la luna, de donde los llamaron *proselénoi*.

[72] Sin embargo, su madre era sólo una ninfa, mientras que su padre era el dios Mercurio.

fuegos del éter, daba a boca llena oráculos verdaderos de la divinidad. Había pronosticado que eran inminentes perturbaciones para sí y para su hijo, y otros muchos acontecimientos más, que con el tiempo se hicieron realidad. Pues el joven desterrado con su harto veraz madre abandonó la Arcadia y el dios de su hogar parrasio [73]. Como llorase, le dijo la madre: «Como un hombre (contén las lágrimas, por favor) has de llevar esta suerte. Así estaba escrito en el destino; no es una culpa tuya la que te ha desterrado, sino un dios: la ofensa de un dios te ha echado de la ciudad. No sufres un castigo merecido, sino la cólera del dios; algo es que en medio de grandes desgracias no exista crimen. Según como tiene cada uno la conciencia, así concibe la esperanza o el temor en su pecho por sus acciones. En cualquier caso, no te entristezcas de haber sufrido tales desgracias como si fueras el primero: esa tormenta ha descargado sobre grandes hombres. Eso mismo le pasó a Cadmo [74], quien fue expulsado en otro tiempo de las riberas de Tiro y se instaló desterrado en la tierra aonia. Lo mismo le pasó a Tideo [75] y lo mismo a Jasón Pagaseo [76], y a otros más que llevaría mucho tiempo referir. Cualquier suelo es la patria del valeroso, como de los peces el mar y del pájaro todo rincón que existe en el universo vacío. Mas, con todo, la fiera tempestad no se encrespa el año entero: también llegará para ti, créeme, la primavera». Evandro, con el ánimo fortalecido por las palabras de su madre, surca en nave las olas y arriba a Hesperia. Y ya

[73] Por *parrasio* se entiende «arcadio», por cuanto los parrasios eran una tribu de Arcadia.

[74] Cadmo, patriarca fenicio, fue a parar a Beocia («la tierra aonia»).

[75] Fue desterrado de Calidón, yendo a parar a Argos.

[76] Porque su nave Argo partió de Págasas, puerto de Tesalia.

había metido el navío en el río, según el consejo de la sabia Carmentis, y marchaba corriente arriba por las aguas etruscas. Ella miraba el costado del río que está bordeado por el vado de Tarento y las cabañas aisladas en los parajes solitarios. Y así como estaba, dejando flotar los cabellos, se plantó en la parte anterior de la nave y sujetó enloquecida la mano del que guiaba, y extendiendo los brazos a lo lejos hacia la orilla derecha, golpeó tres veces la cubierta de pino con el pie enfurecido. Y casi casi no pudo impedir la mano de Evandro que diese un salto, en sus prisas de echar pie a tierra, diciendo: «¡Salud, dioses de los lugares ansiados, y tú, tierra que has de dar nuevos dioses al cielo, y ríos y fuentes, de que disfruta la tierra hospitalaria, y ninfas de los bosques y coros de las Náyades! ¡Que mi hijo y yo os hayamos visto con buen agüero y hayamos tocado esta ribera con pie derecho! ¿Me engaño, o estas colinas se convertirán en grandes murallas y el resto de la tierra buscará sus leyes en esta tierra? A estos montes se les promete el mundo entero en el futuro; ¿quién iba a creer que este lugar tenga un destino tan grande? Pronto arribarán a estas costas los barcos dardanios [77]: una mujer [78] será aquí también la causa de una nueva guerra. Palante, querido nieto mío, ¿por qué te vistes armas de muerte? [79]. ¡Vístelas! No será humilde el que vengue tu muerte. A pesar de todo, Troya vencida, vencerás, y asolada, volverás a levantarte. Tu destrucción aplastará las casas de los enemigos. ¡Abrasad, llamas vencedoras, el Pérgamo de Neptuno! [80]. ¿Acaso no es este montón de ceniza

[77] Eneas y sus troyanos.

[78] Lavinia, hija de Latino, prometida a Turno, y que se casará con Eneas.

[79] Palante murió a manos de Turno.

[80] Troya, cuyas murallas construyó Neptuno.

más alto que el mundo entero? Pronto traerá el piadoso Eneas su liturgia, y a su padre, que es otra liturgia: ¡recibe, Vesta, a los dioses de Troya! Tiempo vendrá en que la misma persona os protegerá a vosotros y al mundo, y se harán ceremonias oficiales por la divinidad misma, y en las manos de Augusto quedará la tutela de la patria: la providencia recaba para esta casa los frenos del imperio. Después, el nieto e hijo de un dios [81], aunque él mismo lo niegue, llevará el peso de su padre con su espíritu celeste. Y lo mismo que a mí se me consagrará con el tiempo en altares eternos, de la misma manera Julia Augusta será una nueva divinidad». Así que hubo descendido con tales razones hasta nuestros años, su lengua presciente se detuvo en medio del oráculo. El desterrado saltó de la nave y se puso de pie en la hierba del Lacio: ¡afortunado, porque aquel sitio era su destierro! Y no pasó mucho tiempo y se levantaron nuevas casas, y no había otro entre los montes ausonios más alto que el arcadio.

Hércules y Caco

He aquí que el héroe portador de la clava [82], después de haber recorrido los caminos del ancho mundo, introduce allí las vacas eriteidas. Y el tiempo que duró su hospedaje en la casa tegeea, las vacas vagaban sin guardián por los anchurosos campos. Era por la mañana; al despertar de su sueño, el Tirintio, que condujo el ganado, notó que le faltaban de la cuenta dos toros. Al indagar, no vio rastro alguno del robo furtivo. El feroz Caco los había arrastrado por el rabo a una cueva; Caco, pavor e infamia de la selva aventina, desgracia no leve para los vecinos y huéspedes, hombre de aspecto siniestro, de fuerzas proporcionadas a su talla, y su talla

[81] Augusto y Tiberio.

[82] Hércules.

era enorme: Mulcíber era el padre de este fenómeno. Por casa tenía una cueva monumental escondida entre largos vericuetos, difícil de encontrar hasta para las alimañas. En los pilares de la puerta colgaban cabezas y brazos clavados y la tierra sucia estaba blanca de huesos humanos. El hijo de Júpiter se marchaba dando por perdida parte de sus bueyes; los animales robados mugieron con ronco bramido. «He oído el reclamo», dijo, y siguiendo el bramido llegó el vengador a la impía caverna a través de las selvas. Aquél había construido la entrada con un peñasco arrancado del monte: difícilmente hubieran removido aquel artefacto diez yuntas. El héroe apoya los hombros (incluso el cielo había reposado en ellos [83]) y con el movimiento hace vacilar el enorme peso. Nada más se vino abajo, el fragor espantó al propio firmamento, y la tierra se hundió, aplastada por el peso de la mole. Caco emprendió el primer ataque a brazo partido, dirimiendo la cuestión salvajemente con piedras y estacas. Al no conseguir nada por estos medios, el muy cobarde acudió a las mañas de su padre, vomitando llamas por la boca que retumbaba. Cada vez que soplaba, creería uno que respiraba Tifoeo [84] y que el fuego del Etna arrojaba su llama voraz. Consigue echarle mano el Alcida, y sujetando la maza de tres nudos se la estampa al bandido tres o cuatro veces en plena cara. Éste cae, vomitando humo mezclado con sangre, y al morir golpea la tierra con su ancho pecho. El vencedor te sacrificó uno de aquellos toros, Júpiter, e invitó a Evandro y a los campesinos; y se levanta un altar, que llaman Máximo, en la parte de

[83] Cuando marchó hércules en busca de las manzanas del jardín de las Hespérides, pidió a Atlas que se las cogiera, y él, mientras tanto, sostendría la bóveda celeste.

[84] Gigante sepultado por Júpiter bajo el Etna, por lo que se creía que el fuego del volcán procedía de él.

la ciudad que lleva el nombre de buey [85]. La madre de Evandro no ocultó que estaba cercano el tiempo en que la tierra había de despedirse de su Hércules [86]. Y la feliz profetisa, así como vivió gratísima para los dioses, tiene, diosa ella misma, dedicado este día del mes de Jano.

Día 13: *Augusto*

El día de las Idus, el casto sacerdote ofrece en las llamas las entrañas de un morueco castrado, en el templo del gran Júpiter: todas las provincias fueron devueltas a nuestro pueblo y tu abuelo recibió el nombre de Augusto [87]. Lee todas las tablillas [88] colocadas en los atrios linajudos: ninguna persona poseyó tantos nombres ilustres. África llama a éste su vencedor [89]; otro [90] testimonia el varapalo que dio al poder de los isauros o de los cretenses; a éste [91] lo enorgullecen los númidas, a aquél [92], Mesina; el otro [93] recibió su apodo de la ciudad de Numancia; Germania dio la muerte y el nombre a Druso [94] (pobre de mí, ¡qué breve fue la gallardía de éste!). Si César buscase sus nombres en los vencidos, recibiría tan-

[85] El Foro Boario, o de los bueyes.

[86] Referencia a su apoteosis.

[87] Alusión al ficticio gesto de Augusto de devolver el poder de las provincias al Senado, por lo que fue agasajado por éste con el título de Augusto. Según el Monumento Ancirano, debió ser hacia el año 27 a. C.

[88] Sobre los bustos de cera que adornaban los vestíbulos de las casas nobles.

[89] Publio Cornelio Escipión, llamado también el Africano.

[90] Publio Servilio Vata, cónsul en el 79 a. C.

[91] Quinto Cecilio Metelo, vencedor de los númidas en la guerra contra Yugurta (109-107 a. C.).

[92] Apio Claudio, el Ciego, vencedor de los cartagineses en la batalla naval junto a Mesina (264 a. C.).

[93] Publio Cornelio Escipión, el Joven, destructor de Numancia (133 a. C.)

[94] El padre de Germánico.

tos cuantos cuenta y contiene el orbe inmenso. Algunos tienen los títulos famosos por un solo enemigo, bien por haberle arrebatado un *torques* [95], bien por un cuervo [96] que se les unió. ¡Magno! [97], tu nombre es la medida de tus hechos, pero el que te venció tenía un nombre mayor. Ningún grado de apelativo existe por encima de los Fabios, pues a esta casa la llamaron Máxima, por merecimientos propios. Pero, a pesar de todo, a todos se les tributan honores humanos; sólo Augusto tiene un nombre asociado a Júpiter supremo. Los patricios llaman augustas a las cosas sagradas; los templos que dedica la mano de los sacerdotes a tono con el ritual se llaman augustos. También «augurio» tiene el origen en esta palabra, así como todo lo que Júpiter engrandece con su poder. ¡Que acreciente el imperio de nuestro conductor, que acreciente sus años y proteja vuestros portales con la corona de encina [98] y que el heredero de tan gran sobrenombre por el auspicio de los dioses tome sobre sus hombros el peso del mundo con el buen agüero de su padre!

Día 15: *Fiesta de Carmentis*

Cuando el sol que vea tras de sí a las Idus sea el tercero, se oficiarán las ceremonias relacionadas con la diosa Parrasia [99]. Pues antes transportaban a las madres ausonias carruajes *(carpenta)* (que también creo que se llaman así por la madre de Evandro.

[95] Tito Manlio, llamado Torcuato por el *torques* ('collar') que arrebató a un galo en el 361 a. C.

[96] Marco Valerio tomó el nombre de Corvino en el 349 a. C. por un cuervo que se posó en su estandarte y le ayudó a ganar la batalla.

[97] Pompeyo, vencido en Farsalia por Julio César.

[98] Según se lee en el Monumento Ancirano, fue por un decreto del Senado por lo que la casa de Augusto podía ser adornada de esa manera.

[99] Carmentis. Se la llama «parrasia» porque había llegado de Arcadia, de la que Parrasia era un distrito.

Más tarde se les arrebató este honor, por lo que ninguna señora aceptaba renovar la descendencia de sus ingratos esposos con alumbramiento alguno, y, para evitar el parto, se golpeaban a ciegas temerariamente y expulsaban de sus entrañas el peso que iba creciendo. Dicen que los senadores llamaron al orden a las esposas que se atrevieron a tal inhumanidad, pero que pese a ello les devolvieron sus derechos. Y ahora mandan que se celebren dos ceremonias igualmente en honor de la madre tegeea, porque nazcan niños y niñas. La ley no permite llevar pieles a su santuario para que esas pieles muertas no corrompan el fuego puro. Quienquiera que guste de ritos antiguos, que se ponga junto al oficiante: escuchará palabras que antes desconocía. Se realizan expiaciones a Pórrima y a Postverta, hermanas tuyas, diosa menalia, o compañeras de tu huida. Se piensa que la una había vaticinado lo que había ocurrido mucho tiempo atrás *(porro)*, y la otra, lo que había de sobrevenir en el futuro *(uersurum postmodo)*.

Día 16: *Concordia*

Diosa refulgente [100], el día siguiente te instaló en un templo blanco como la nieve, donde la alta Moneta pasea sus pasos sublimes. ¡Ahora verás bien a la muchedumbre del Lacio, Concordia; ahora te han colocado manos sagradas! Furio, vencedor del pueblo etrusco, te había prometido en exvoto en la antigüedad y había cumplido su promesa. Fue la razón que la plebe con las armas empuñadas hizo la secesión de los patricios, y la misma Roma temía a su propia fuerza. La causa reciente fue mejor: la Germania ofreció sus cabellos sueltos

[100] Concordia, cuyo templo estaba al oeste del Foro, en dirección al Capitolio, donde Juno Moneta tenía a su vez el suyo.

a tus auspicios, capitán venerable [101]. Entonces ofrendaste el regalo del pueblo vencido y levantaste el templo a la diosa que tú mismo veneras. Tu madre [102], la única que se ha hallado digna de compartir el lecho del gran Júpiter, adornó este templo con un altar y demás accesorios.

Día 17: *Acuario*

Cuando transcurran estas fechas, Febo, dejarás a Capricornio y te pondrás a correr a través del signo del joven que lleva agua [103].

Día 23: *La Lira*

Cuando el séptimo sol, a partir de éste, se zambulla en el agua, la Lira no brillará ya en parte alguna del cielo [104].

Día 24: *La Fiesta de la Siembra*

A continuación de su puesta, el fuego que brilla en medio del pecho del León se sumergirá al llegar la noche. Repasé tres o cuatro veces las hojas de los Fastos que señalan el tiempo y no encontré día alguno dedicado a la siembra. Entonces me dijo la Musa (pues se había dado cuenta): «Ese día es de los que se señalan, ¿por qué buscas en los Fastos fiestas que no son fijas? Si bien no está señalado el día de la fiesta, la época es segura, porque en ella el campo se fecunda con las semillas que en él se arrojan». Estaos con las guirnaldas junto al pesebre, novillos: vuestra labor volverá con la primavera templada. Cuelgue el campesino el arado veterano en su poste: la tierra reacciona con miedo a cada herida. Granje-

[101] Tiberio, que con los despojos de su conquista de Germania levantó el templo.

[102] Livia, madre de Tiberio y esposa de Augusto, con quien casó en segundas nupcias y llevó una vida feliz. El casamiento con el emperador lo compara el poeta al casamiento con Júpiter.

[103] Acuario.

[104] No es el 23 de enero sino el 9 de febrero cuando se ponía la constelación de la Lira.

ro, da descanso a la tierra después de hacer la siembra; da descanso a los hombres que cultivaron la tierra. Que la aldea festeje la fiesta; recorred la aldea, colonos, ofreciendo las libaciones anuales a los fuegos aldeanos. Que se aplaque a las madres de las mieses, Tierra y Ceres, preñadas con el grano de trigo en sus entrañas. La Tierra y Ceres cumplen un mismo cometido: ésta confiere la razón de ser a las mieses, aquélla, el lugar. «Consortes en la obra, por cuya gracia corrigióse la Antigüedad y la bellota de encina fue vencida por un alimento más útil, saciad a los ávidos colonos de mieses infinitas, para que los cultivos reciban el premio que se merecen. Vosotras, propiciad alimento continuo a las tiernas semillas, y que las nieves frías no quemen la planta nueva. Mientras sembramos, despejad el cielo con vientos serenos; cuando la semilla está oculta, rociadla de agua del cielo. Evitad que los pájaros, perjudiciales para los cultivos, arrasen los campos cereales en bandadas dañinas. Vosotras también, hormigas, absteneos de los granos enterrados; después de la recolección será mayor la abundancia de botín. Mientras tanto, que el trigal crezca sin que le toque el sucio tizón, ni se ponga enfermo y pajizo por falta de agua, y que no deje de granar de debilidad ni se asfixie por su propia exuberancia, más lozano de lo que conviene. Los campos deben estar libres de la cizaña que hace mal a la vista [105] y no debe aparecer la avena estéril en el suelo cultivado. ¡Que el campo pague a enorme interés: los granos de trigo, de cebada y la espelta, que pasará dos veces [106] por el fuego!».

Por vosotros he rogado yo esto, colonos; rogadlo vosotros también, y que ambas diosas colmen nuestros de-

[105] Para ahuyentar el mal de ojo.

[106] Primero se tostaba, y luego se cocía.

seos. Las guerras ocuparon largo tiempo a los hombres: la espada se adaptaba mejor que la reja; el toro labrador dejaba su puesto al caballo. Los almocafres estaban ociosos y los legones se transformaron en dardos, y con la fundición del rastrillo se fabricaban cascos. Gracias a los dioses y a tu casa, hace tiempo que las guerras están aherrojadas a tus pies. Entre el buey en el yugo y las semillas en las tierras labradas: la paz alimenta a Ceres; Ceres es hija de la paz.

Día 27

Ahora, el sexto día que precede a las venideras calendas se dedicó un templo a los divinos hijos de Leda [107]: hermanos de la raza de los dioses les levantaron el templo a los dioses hermanos en los alrededores del lago de Yuturna.

Día 30: El Altar de la Paz

El propio poema nos ha conducido al altar de la Paz [108]. Éste será el penúltimo día del mes. Preséntate, oh Paz, con tu pelo peinado rodeado de ramas de Accio [109], y quédate comprensiva en el mundo entero. En tanto faltan los enemigos, falta también la razón del triunfo: tú serás una gloria mayor que la guerra para los generales. Que el soldado lleve sólo las armas con las que combatir a las armas y que la trompeta fiera no suene en otra ocasión que en los desfiles militares. Que el mundo cercano y remoto tenga miedo a los hijos de

[107] Cástor y Pólux.

[108] Levantado en honor de Augusto en el año 13 a. C., tras su vuelta pacificadora de España y Galia.

[109] Cuando Augusto venció a Marco Antonio en Accio (31 a. C.) se impuso la paz tras la guerra civil. «Ramas de Accio» significa «con el luarel de la paz ganada en Accio».

Eneas; si alguna tierra temía poco a Roma, que la ame ahora. Echad, sacerdotes, incienso en las llamas de la paz y que caiga una víctima blanca de un golpe en la frente, y rogad a los dioses que son asequibles a los deseos piadosos que la casa que propicia la paz viva por siempre en paz.

LIBRO II

FEBRERO

Sinopsis: Proemio (1-18). Origen del mes (19-54). — Día 1: Juno Salvadora (55-72). — Día 2: La Lira y el León (73-78). — Día 3: El Delfín (79-118). — Día 5: Augusto (119-144). Acuario (145-148). — Día 9 (149-152). — Día 11: La Osa Mayor. Calisto (153-192). — Día 13: Los Fabios (193-242). — Día 14: El Cuervo y la Serpiente (243-266). — Día 15: La Fiesta de los Lupercos (267-456). Acuario (457-474). — Días 16, 17: La Fiesta de Quirino (475-512). La Fiesta de los Tontos (513-532). — Día 21: El culto a los muertos (533-570). La diosa Tácita (571-616). — Día 22: Caristia (617-638). — Día 23: El dios Término (639-684). — Día 24: La huida del Rey (685-714). Bruto (715-720). Lucrecia (721-852). La golondrina (853-856). — Día 27: Equirria (857-862). — Día 28 (863-864).

Proemio

Enero ha terminado. Al mismo tiempo que el poema, crece también el año: igual que este segundo mes, avance también el segundo libro. Ahora por primera vez, versos elegíacos, marcháis con velas más desplegadas: hace poco (lo recuerdo) erais una obra minúscula. Yo mismo os tuve de instrumentos fáciles para el amor, cuando la primera juventud jugueteaba a su compás. Ahora también canto las ceremonias y el tiempo que señalan los Fastos. ¿Hay quien pudiese pensar que un ca-

mino llevaba del amor a los ritos? Ésta es mi milicia: llevo las armas que puedo y mi diestra no está vacía sin oficio ninguno. Si no disparo jabalinas con brazo esforzado ni fatigo los lomos de un caballo guerrero, si no me cubro con el casco ni ciño la espada afilada (cualquiera puede ser adecuado para estas armas), en cambio persigo con pecho afanoso, César [110], tus nombres y me adentro en medio de tus títulos. Por ello, asísteme, y vuelve un poco tu rostro agraciado a mi empeño, si tienes algún tiempo libre de pacificar al enemigo.

Origen del mes

Los padres romanos llamaron *februa* a los instrumentos de purificación. Aún ahora muchos indicios lo prueban así para esta palabra. Los pontífices piden al rey y al flamen unas lanas que en la lengua de los antiguos tenían el nombre de *februa,* y las tartas tostadas y la sal que coge el lictor para purificar las casas cuando se las barre [111] se llaman igual. El mismo nombre tiene la rama que, cortada del árbol, cubre con hojas puras las castas sienes de los sacerdotes. Yo mismo vi a la mujer de un flamen solicitando los *februa,* y al solicitar los *februa* le dieron una vara de pino. En fin, todo aquello con que purificamos nuestros cuerpos tenía este nombre entre nuestros intonsos abuelos. El mes recibe de los *februa* este nombre, bien porque los Lupercos cortan una piel y purifican todo el suelo utilizándola como instrumento de purificación, o bien porque la ocasión es

[110] Augusto, a quien en principio estaban dedicados los Fastos enteros. A la muerte de Augusto, Ovidio dedicó el primer libro a César Germánico, como hemos visto más arriba (cf. nota 3).

[111] Cuando un muerto era sacado de casa para ser enterrado, ésta era barrida por el heredero u otro pariente *(everriator),* que Ovidio llama aquí «el lictor».

pura, una vez que se han hecho las ofrendas de paz a los sepulcros y los días dedicados a los muertos han pasado. Nuestros viejos creían que las purificaciones podían eliminar todo sacrilegio y toda causa del mal. Grecia dio origen a esta costumbre, pensando que los pecadores al purificarse lavan sus hechos sacrílegos. Peleo absolvió al hijo de Áctor [112]; Acasto absolvió a su vez al propio Peleo de la muerte de Foco en las aguas hemonias. Egeo ayudó ingenuamente a la bruja Fáside [113], con inmerecido auxilio, cuando viajaba por el espacio llevada por dragones con riendas. El hijo de Anfiarao [114] dijo a Aqueloo de Naupacto: «Absuélveme del crimen», y él lo absolvió del crimen. ¡Ah, demasiado cómodos los que creéis que los tristes crímenes de homicidio pueden lavarse en el agua de un río! Mas sin embargo (para que no te extravíes si no conoces el orden antiguo) el mes de Jano era antes, como lo es ahora, el primero. El que sigue a Jano era el último del año antiguo. Tú también, Término, eras el final de los ritos.

Así que el mes de Jano *(Ianus)* es el primero porque la puerta *(ianua)* es lo primero: el que está consagrado a los manes de abajo estaba abajo. Se cree que los decénviros hicieron contiguos unos períodos [115] que estaban separados por largo intervalo.

[112] Patroclo, que había dado muerte a un muchacho en su juventud.

[113] Medea de Cólquide. Cuando su marido Jasón la abandonó para casarse con otra, ella partió en unos dragones alados en busca de Egeo, rey de Atenas, con quien se desposó.

[114] Alcmeón, que había matado a su madre. Fue absuelto por el dios-río Aqueloo.

[115] Ovidio creía que en tiempos anteriores febrero era el último mes del año, por lo que era seguido inmediatamente por enero, como primer mes.

Día 1: Juno Salvadora

A principio de mes se dice que la Salvadora [116], homóloga de la Madre frigia, fue engrandecida con nuevos santuarios. ¿Me preguntas dónde están ahora los templos consagrados en aquellas calendas? Se vinieron al suelo a lo largo del tiempo. De que no se resquebrajasen y cayeran los demás templos con similar ruina se encargó el cuidado providencial de nuestro sagrado caudillo, bajo cuyo mandato no sienten envejecimiento alguno los santuarios. No contento con favorecer a los hombres, favorece también a los dioses. ¡Fundador de templos, santo reparador de templos [117], que los dioses tengan de ti recíproco cuidado es lo que deseo! ¡Que los dioses celestiales te den los años que tú das a los dioses, y que monten guardia delante de tu casa! Ese día también se celebre una fiesta en el bosque del vecino Helerno [118], en el lugar donde el Tíber advenedizo emboca las aguas del mar. Junto a la ermita de Numa [119], junto al Tonante Capitolino y en la ciudadela elevada de Júpiter se sacrifica una res de dos años. El Austro, cubierto de nubes, concita con frecuencia lluvias pesadas, o la tierra desaparece sepultada por la nieve.

Día 2: La Lira y el León

Cuando el sol del día siguiente esté a punto de partir hacia las aguas de Occidente y desunza de sus yugos de perlas a los caballos purpúreos, alguien dirá esa noche, levantando la cara a las estrellas: «¿Dónde está hoy la constelación de la Lira que brillaba

[116] Juno, llamada *Sospita*, «la Salvadora». La madre frigia es Cibeles; Ovidio probablemente se confunde aquí con la madre Matuta.

[117] Es Augusto, como se lee en el Monumento Ancirano, y como le denomina Livio, IV 20, 7.

[118] Posiblemente una antigua divinidad, de la que se sabe poco.

[119] El templo de Vesta.

ayer?». Y mientras busca a la Lira advertirá que también la espalda del León, por allí en medio, se ha zambullido de golpe en las aguas transparentes.

Día 3: El Delfín

El Delfín, que veía instantes antes repujado de estrellas, escapará a tu visión a la noche siguiente. ¿Fue mensajero [120] afortunado de amores ocultos, o había traído la lira lesbia y a su amo [121]? ¿Qué mar no conoce, qué tierra desconoce a Arión? Con su canción detenía éste el agua corriente. Muchas veces, al perseguir a una cordera, quedóse paralizado el lobo por su voz. Muchas veces, la cordera, huyendo del ávido lobo, quedóse parada. Muchas veces, perros y liebres se recostaron en la misma sombra y la cierva se detuvo en una roca cercana a la leona, y la parlanchina corneja se acomodó sin pelea con el ave de Palas [122], y la paloma formó pareja con el gavilán. Se dice que Cintia [123], ¡Arión, de voz bien timbrada!, se embelesó muchas veces con tu música, como si de su hermano se tratase. El nombre de Arión había llenado las ciudades de Sicilia, y la costa ausonia se había dejado cautivar por las notas de su lira. Desde allí embarcó Arión para regresar a casa y de esa manera se llevaba la riqueza ganada con su arte. Tal vez, desgraciado, temías los vientos y las olas, pero en realidad el mar era más seguro para ti que tu barco. Pues el capitán se plantó empuñando la espada y el resto de la tripulación era su cómplice y sus manos estaban armadas. ¿Qué tienes tú que ver con la espada? Guía tú la nave, timonel, que

[120] Entre Posidón, dios del mar, y Anfitrite, diosa marina.

[121] Arión, el cantor lesbio.

[122] La lechuza.

[123] Diana, así llamada por el monte Cinto en Delos.

puede zozobrar. Esas armas no deben agarrarlas tus dedos. Él, pávido de terror, dijo: «No os pido que no me matéis; pero permitidme que coja la lira y toque un poco». Le dan permiso y se ríen mientras esperan. Toma él una corona que podía sentar bien a tu propio pelo, Febo. Se había vestido una capa, teñida dos veces con púrpura tiria; la cuerda, rasgada con el pulgar, dejó oír sus notas, como canta el cisne su melodía lastimera cuando la dura flecha ha atravesado su frente blanqueante. Acto seguido saltó con todos sus adornos en medio de las aguas. El agua removida salpicó la nave verdemarina. Cuentan que luego (y eso supera todo crédito) un delfín brindó su lomo curvilíneo a la extraña carga. Él conserva la cítara sentado sobre el delfín y paga el precio del viaje cantando y arrullando las aguas del mar con sus canciones. Los dioses ven las acciones piadosas. Júpiter acogió al delfín entre las constelaciones, encargándole que contase con nueve estrellas.

Día 5: Augusto

Ahora quisiera yo, Meónida [124], tener mil lenguas y el pecho con el que celebraste a Aquiles, para cantar a las sagradas Nonas en dísticos: con ellas acaparan los Fastos el máximo honor. Me falla el ingenio y lo que me urge es superior a mis fuerzas: este día he de cantarlo con boca excepcional. ¿Cómo pretendí, pobre de mí, echar un peso tan grande en los versos elegíacos? Esto era cuestión del metro heroico. ¡Oh santo padre de la patria! [125]: este nombre te ha conferido la plebe, el senado, y nosotros también, los caballeros, pero ya te lo ha-

[124] Homero, cantor de la cólera de Aquiles. Una teoría le hacía originario de Lidia, antiguamente Meonia.

[125] Este título se le confirió a Augusto el año 2 a. C., como reza en el Monumento Ancirano.

bían dado los hechos. Tarde además recibiste el nombre verdadero, pues ya antes eras tú padre del mundo. Tú tienes en la tierra el nombre que tiene Júpiter en el alto cielo; tú eres el padre de los hombres, él lo es de los dioses. ¡Rómulo!, debes ceder. Éste engrandece tus murallas vigilándolas: las que tú construiste pudo traspasarlas Remo [126]. Tu poder lo sintió Tacio [127], la pequeña Cures y Cenina: bajo la guía de éste, son romanos ambos hemisferios que el sol alumbra. Tú poseías una pequeña porción, sea cual sea ésta, de la tierra conquistada: todo lo que existe debajo de Júpiter supremo lo posee César. Tú raptas las esposas [128]; él las invita a ser pudorosas bajo su tutela. Tú admites lo prohibido en tu bosque [129]; él lo ha eliminado. A ti te gustaba la fuerza; bajo el César florecen las leyes. Tú tenías título de Señor; él lo tiene de Príncipe. A ti te acusa Remo: él ha perdonado a sus enemigos. A ti te hizo celeste tu padre; a su padre lo hizo él César.

Acuario

Ya el muchacho del Ida [130] asoma hasta medio vientre y escancia aguas transparentes mezcladas con néctar. Además, mira: si alguien solía temer al Bóreas, que se alegre; la brisa que llega es la del Céfiro, que es más suave.

[126] Cf. Ovidio, *Fastos* IV 835, ss.

[127] Rey de los sabinos, cuya capital era Cures. Cenina fue una pequeña villa cercana a Roma, que Rómulo conquistó.

[128] Como faltos que estaban los romanos de mujeres, Rómulo invitó a los sabinos a una fiesta en Roma y les quitó las mujeres. Ovidio narra el suceso en III 195 y ss.

[129] Un asilo o refugio instituido por Rómulo para los que hubiesen cometido un crimen.

[130] Ganimedes, que la fantasía popular confundía con Acuario.

Día 9

Cuando, cinco días después, levante la Estrella de la Mañana su brillo deslumbrante de las aguas del mar, será el comienzo de la primavera. Sin embargo, no te engañes: todavía queda frío, queda, y el invierno al marcharse deja considerables señales.

Día 11: La Osa Mayor. Calisto

Espera que llegue la tercera noche y verás al instante que el guardián de la Osa [131] ha sacado los dos pies. Entre las Hamadríadas y la flechadora Diana tenía Calisto [132] una parte del coro sagrado. Tocó ella el arco de la diosa y dijo: «Que el arco que toco sea el testigo de mi virginidad». Cintia la felicitó y añadió: «Cumple el pacto que has hecho, y serás la primera de mi comitiva». Habría cumplido el pacto si no hubiera sido hermosa. Pudo mantener a raya a los hombres, pero la acusación le vino por Júpiter. Febe regresaba de cazar mil alimañas en las selvas cuando el sol estaba poco más o menos a mitad de su carrera. Cuando llegó al bosque (era un bosque oscuro de densas encinas y en el centro había una honda fuente de agua helada), dijo: «Vamos a bañarnos aquí, en la selva, virgen tegeea». La otra se sonrojó por el falso nombre de virgen. También se lo dijo a las ninfas. Las ninfas se quitaron la ropa, pero a ella le dio vergüenza y demostraba malos indicios de demorada tardanza. Se quitó por fin la túnica. Ella misma se traicionó cogida *in fraganti* con la hinchazón del vientre y la propia denuncia de su carga. La diosa le dijo: «Hija perjura de Licaón, abandona la reunión de las vírgenes y no manches las aguas pudorosas». La luna había llenado por diez veces con sus cuernos el disco nuevo: la que había pasado por virgen era madre. Juno, zaherida, se enfureció y cambió la figura de la muchacha. ¿Qué es lo que haces? En contra de su voluntad hubo de soportar a Júpiter. Y cuando vio en su rival la fea cara de un animal, dijo: «Que vaya Júpiter a abrazarla». Como osa desidiosa vagaba por los montes desolados la que poco antes había sido amada por Júpiter supremo. El niño concebido en pecado tenía ya quince años cuando la madre se topó con el hijo de sus entrañas. Ella ciertamente se paró a su lado enloquecida, como si lo conociera, y lanzó un gruñido; los gruñidos eran las palabras de la madre. El niño, que no lo sabía, la hubiera atravesado con la jabalina de aguda punta, si ambos no hubiesen sido arrebatados a las mansiones de arriba. Los dos astros brillan cerca. Delante va la que llamamos Osa, y el Artofílace da la impresión de ir a su espalda. La hija de Saturno guarda todavía el rencor y pide a la blanca Tetis que no deje tocar ni bañarse en el agua a la Osa menalia.

[131] Arctofílace, constelación que sigue en el cielo a la Osa Mayor.

[132] Una ninfa.

Día 13: Los Fabios

El día de las Idus humean los altares del agreste Fauno en el lugar donde la isla [133] rompe y separa las aguas. Fue el día que cayeron trescientos seis de los Fabios en la guerra de Veyos [134]. Una sola casa había asumido la fuerza y el peso de la ciudad. Los brazos de una familia enarbolaron las armas de que habían hecho profesión. Del mismo campamento salió la tropa linajuda, entre la cual cualquiera era adecuado para eri-

[133] El templo de Fauno estaba en la isla del Tíber y fue dedicado en 194 a. C.

[134] Pequeña ciudad etrusca. El suceso tuvo lugar a principios del siglo v a. C. Cf. T. Livio, II 49.

girse en jefe. El camino más próximo es por el arco derecho de la puerta Carmentis. Cualquiera que sea, no pases por él: trae mala suerte. Cuenta la fama que por ella salieron los Trescientos Fabios. La puerta está libre de culpa, pero, sin embargo, trae mala suerte. Cuando llegaron al voraz Crémera [135] (que corría turbio de las aguas del invierno), pusieron el campamento. Avanzaron con las espadas desenvainadas a través de la formación tirrena con ardor belicoso, no de otro modo a como los leones de raza líbica atacan a los rebaños desperdigados por los anchos campos. Los enemigos huyen en desbandada y reciben por la espalda heridas infamantes; la tierra enrojece de sangre etrusca. Una y otra vez y muchas veces van cayendo de la misma manera. Desde el momento que no podían vencer en campo abierto, se aprestan a armas secretas: la emboscada.

Había una llanura cuyo último confín cerraban unas colinas y una selva apropiada para ocultar a las alimañas del monte. En el centro dejaron a unos pocos y unas cuantas reses diseminadas, y el resto del batallón se ocultó escondiéndose entre las ramas. He aquí que, como el torrente que, acrecido con las aguas de la lluvia, o con la nieve que fluye derretida por el tibio Céfiro, corre por los sembrados y por los caminos y no recoge las aguas, como solía hacer antes, encerrándolas en el margen de la ribera, repasan el valle los Fabios con amplias descubiertas, aniquilando lo que ven, sin temer un segundo peligro. ¿Adónde os precipitáis, casa linajuda? Erróneamente os fiáis del enemigo: ¡nobleza sin doblez, ponte a salvo de disparos de traidores!

El valor sucumbe por obra del engaño. Los enemigos saltaron por todas partes a campo abierto, copando todos

[135] Un riachuelo.

los frentes. ¿Qué pueden hacer unos pocos valientes contra tantos miles? ¿Qué salida les queda en tal situación desgraciada? Igual que el jabalí perseguido largo tiempo por las selvas laurentinas se deshace fulminantemente de los galgos con el hocico, para más tarde morir él también, ellos no morían sin vengarse, hiriendo y recibiendo heridas alternativamente. Un solo día había enviado a la guerra a todos los Fabios; enviados a la guerra, un solo día los exterminó. Creíble es, empero, que los propios dioses velaron por que la simiente de la raza hercúlea [136] sobreviviese, pues quedó un muchacho, todavía adolescente y sin servicio de armas, uno solo de la raza fabia, claro está que para que tú pudieses nacer algún día, Máximo [137], por cuyo procedimiento de dilación pudo recuperarse el imperio.

Día 14: El Cuervo y la Serpiente

Hay tres constelaciones contiguas: el Cuervo, la Serpiente y, en medio de ambos, el Cráter [138]. Durante las Idus permanecen ocultos y salen a la noche siguiente. Voy a contarte por qué hay tres constelaciones tan agrupadas. Casualmente Febo preparaba la fiesta solemne de Júpiter (mi cuento no llevará mucho tiempo), y dijo: «Ve, ave mía, que nada demore la ceremonia piadosa, y trae un poco de agua de la fuente viva». El cuervo levanta el cráter incrustado en oro con las patas ganchudas y recorre el camino aéreo, volando en la altura. Había una higuera cubierta por completo de higos todavía verdes; los probó con el pico, pero no estaban

[136] Los Fabios creían descender de Hércules.

[137] Quinto Fabio Máximo, apodado «el Contemporizador», por su cautelosa estrategia frente a Aníbal durante la segunda guerra púnica (216-202 a. C.).

[138] El Cuervo y el Cráter son dos pequeñas constelaciones a espaldas de la larga constelación de la Serpiente.

en sazón para cogerlos. Cuentan que se posó en el árbol olvidándose del encargo hasta que los higos se pusiesen dulces con la lenta espera. Cuando se hartó, cogió una serpiente grande con las negras uñas y regresó ante su dueño, y le contó la siguiente mentira: «Este habitante de las aguas vivas ha sido la causa de mi tardanza; dominaba la fuente y me impidió cumplir con mi cometido». Febo replicó: «¿Añades la mentira a tu falta y te atreves a pretender engañar de palabra al dios que revela el destino? Pues bien, mientras cuelguen lechosos los higos del árbol, no beberás agua fresca de ninguna fuente». Dijo, y en recuerdo perenne del antiguo acontecimiento, brillan unidas las constelaciones de la Serpiente, el Cuervo y el Cráter.

Día 15: *La Fiesta de los Lupercos*

La tercera aurora después de las Idus contempla a los Lupercos [139] desnudos, y entonces vienen las ceremonias de Fauno, el de los dos cuernos. Decid, Piérides [140], cuál es el origen de estas ceremonias, dónde fueron buscadas y alcanzaron las casas del Lacio. Se dice que los antiguos arcadios veneraron a Pan, dios de los rebaños, que abundan muchísimo en los montes arcadios. Testigo será Fóloe [141], testigos las aguas del Estinfalo y el Ladón que desemboca en el mar con rápida corriente, y los alcores del bosque Nonacrino [142], coronados

[139] Se trata de las fiestas *Lupercalia,* unas de las más interesantes de Roma, y a la vez de las más oscuras. El dios que veneraban los Lupercos era Fauno, que los antiguos identificaban con el dios griego Pan.

[140] En general, se entiende con este nombre a las Musas, aunque originariamente eran nueve doncellas distintas a ellas. Su origen es Pieria, en Tracia.

[141] Montaña, lago y río del norte de Arcadia.

[142] Antigua ciudad del norte de Arcadia: Nónacris.

de pinares, y la alta Cilene [143] y las nieves parrasias. Pan era allí el dios de la torada, el dios de las yeguas; recibía regalos por salvar a las ovejas. Evandro se trajo consigo las deidades silvestres. Aquí, donde está ahora la ciudad, estaba entonces el suelo de la ciudad. Desde entonces veneramos al dios, y celebramos la ceremonia importada de los pelasgos [144]: el flamen dial debe marcharse de ella, según la costumbre originaria. ¿Me preguntas, pues, por qué corren, y por qué (pues es costumbre correr de ese modo) se quitan la ropa y llevan el cuerpo desnudo? La propia deidad se goza en correr velozmente por las altas montañas y emprende espontáneamente repentinas huidas. La propia deidad va desnuda y manda que sus ministros vayan desnudos, pues la ropa no era muy cómoda para la carrera. Se cuenta que los arcadios ocupaban la tierra antes del nacimiento de Júpiter, y esta raza era anterior a la luna [145]. Su vida era similar a la de las fieras, sin el ajetreo de ninguna función; la gente era todavía sin artificio e inculta. Por casa conocían las ramas, por mieses, las hierbas, y el néctar era el agua que sorbían con las manos. El toro no jadeaba por la reja corva y la tierra no estaba bajo el poder del agricultor. Todavía no se empleaba de ninguna manera el caballo, cada cual marchaba por su pie. La oveja caminaba con el cuerpo cubierto de lana. Aguantaban a cielo raso y llevaban el cuerpo desnudo, hecho a soportar las lluvias y los notos pesados. Desnudos ahora también evocan el recuerdo de la costumbre antigua y conmemoran los recuerdos de antaño. Mas para explicar por qué es Fau-

[143] La montaña más alta de Arcadia. Parrasio es un adjetivo aplicado a la región occidental de Arcadia.

[144] Es decir, Evandro y los arcadios, que se trajeron el rito al Lacio.

[145] Los antiguos creían que los arcadios eran anteriores a la luna; cf. la n. 71.

no quien principalmente rehúye cubrirse, se nos cuenta una fábula repleta de las chanzas antiguas. Casualmente iba el joven tirintio [146] de acompañante de su dueña; Fauno vio a ambos desde un elevado otero. Los vio y se llenó de fuego, diciendo: «Deidades del monte, nada tengo yo con vosotras; ésta será mi pasión». Iba la meónide [147] con el pelo perfumado echado sobre los hombros y digna de admirar por su áureo seno. Una sombrilla áurea alejaba los cálidos rayos del sol, si bien eran las manos de Hércules las que la llevaban. Ya se adentraba en el bosque de Baco y los viñedos del Tmolo [148], y la Estrella de la Tarde cabalgaba cubierta de rocío en un caballo tordo. Entra en una cueva artesonada de tobas y piedra pómez viva; a la puerta de entrada había un arroyo cantarín. Y mientras los sirvientes preparaban la comida y vino para beber, ella equipa al Alcida con su propio atuendo. Le da una túnica transparente teñida de múrice getulo [149]; le da un cinturón torneado con el que antes se sujetaba. El cinturón era pequeño para su vientre; aflojó los lazos de la túnica para poder sacar sus grandes manos. Había roto unos brazaletes que no estaban hechos para aquellas manos; sus grandes pies reventaban las pequeñas correas. Ella misma tomó la pesada clava y la piel del león y las armas menores guardadas en su aljaba. Así, terminada la comida, dan con su cuerpo en el sueño, acostándose separados, pero cerca, en los lechos extendidos. La causa era que preparaban la ceremonia del descubrimiento de la vid, la cual querían hacer

[146] Hércules, llamado tirintio porque Euristeo, que le impuso los doce trabajos, era rey de Tirinto. Su dueña era Ónfala, reina de Lidia.

[147] Por ser reina de Lidia, antiguamente Meonia.

[148] Montaña de Lidia.

[149] Púrpura de los getulos, pueblo africano de la zona que es hoy Marruecos.

con pureza cuando el día fuese venido. Era medianoche. ¿A qué no se atreve el amor desenfrenado? Fauno llegó en la oscuridad a la cueva rezumante y, al ver a los acompañantes sumidos en el sueño y en el vino, concibió la esperanza de que el mismo sopor embargase a los señores. Entra el atrevido donjuán y se pone a deambular de allá para acá, y extiende delante las manos precavidas, a las que sigue lentamente. Había llegado ya tanteando a la cámara donde estaba extendido el lecho y se las prometía felices a la primera oportunidad. Cuando tocó la piel hirsuta de las cerdas del pardo león, sintió temor y detuvo la mano y se volvió, atónito de miedo, como el caminante da marcha atrás muchas veces azorado al ver una culebra. A continuación tocó las tiernas mantas de la cama próxima y una característica falaz le engañó. Se subió y se recostó en la parte más cercana de la cama a él, y su miembro hinchado estaba más duro que un cuerno. Mientras tanto, arremangó la túnica, tirando de la parte más baja: unas piernas ásperas estaban erizadas de pelos espesos. Al ir a probar el resto, de repente, el héroe tirintio lo empujó para atrás. El otro cayó de lo alto de la cama. Se formó un griterío. La meónide llamó a sus acompañantes, pidiéndoles luz. Cuando trajeron la luz se descubrió lo que había pasado. El dios se lamentaba por haber caído pesadamente de lo alto de la cama, y a duras penas consiguió levantar el cuerpo de la dura tierra. El Alcida y los que lo vieron tirado se echaron a reír; la muchacha lidia se echó a reír de su amante. El dios burlado por la ropa no gusta de ropas que engañan la vista, y llama a los suyos desnudos a la ceremonia. Añade, Musa mía, razones latinas a las foráneas y que mi caballo corra en el polvo de su carrera [150]. Cuan-

[150] En latín «suo... puluere» quiere decir: «en su propio Circo».

do se sacrifica ritualmente una cabra a Fauno, el de los pies de cuerno, viene invitada la masa al exiguo festín. Mientras los sacerdotes preparaban las entrañas, ensartadas en pinchos de sauce, cuando el sol estaba a mitad de su carrera, Rómulo y su hermano y la juventud pastoril entregaban sus cuerpos desnudos al sol y a los prados; ponían a prueba sus brazos, por diversión, con el boxeo, la jabalina y el lanzamiento de piedras. Desde un alto gritó un pastor: «¡Rómulo, Remo, los cuatreros se llevan los novillos fuera del campo!». Tomar las armas llevaba tiempo; cada uno de los dos sale de una posición distinta. El botín fue recuperado por Remo, que alcanzó a los ladrones. Una vez que regresó, sacó las entrañas que chisporroteaban en los pinchos y dijo: «Éstas, por cierto, no se las comerá otro sino el vencedor». Dicho y hecho, y con él, los Fabios. Llegó allí Rómulo, fracasado, y vio las mesas y los huesos pelados. Se rio y se dolió de que Remo y los Fabios [151] hubiesen podido vencer y que sus Quintilios no hubiesen podido. Queda la fama del acontecimiento: corren sin vestidura, y lo que salió bien tiene su fama que lo recuerda. Tal vez preguntes también por qué es aquel lugar el Lupercal y cuál es la causa para señalar el día con tal nombre. La vestal Silvia dio a luz un fruto celeste, cuando su tío paterno administraba el reino. Éste ordenó llevar a los pequeños y ahogarlos en el río. ¿Qué es lo que estás haciendo? Uno de ellos será Rómulo. Los sirvientes cumplen a regañadientes la orden deplorable, pero llorando llevan a los gemelos al lugar ordenado. El Álbula, que se convirtió en el Tíber porque Tiberino se había zambullido en sus olas, iba crecido casualmente con las

[151] Ovidio supone que los Lupercos surgieron por la fusión de dos castas: los Fabios y los Quintilios.

aguas invernales. Aquí, donde ahora están los foros y yace tu valle, Circo Máximo, se podían ver las barcas dando vueltas. Cuando llegaron allí (pues no podían avanzar más), dijo uno u otro de ellos: «¡Pero qué parecidos son! ¡Qué hermosos son los dos! Sin embargo, éste es el que tiene más vigor de los dos. Si la casta se ve en la cara, y no engaña la apariencia, sospecho que en vosotros hay no sé qué divinidad... Ahora bien, si algún dios fuese el autor de vuestra existencia, os traería ayuda en una ocasión tan crítica. También vuestra madre os traería ayuda, si no estuviera necesitada de ella, que en un solo día ha sido madre y se queda sin hijos. ¡Seres nacidos a un tiempo y que a un tiempo vais a morir, id a las aguas a un tiempo!». Terminó y se los quitó del pecho. Los dos dieron un vagido a la vez, como si se hubiesen enterado. Los sirvientes volvieron a su casa con las mejillas humedecidas. La arqueta los sostuvo, como había quedado, en la superficie del agua. ¡Ay, qué gran destino llevaba la pequeña tablilla! La arqueta, impulsada entre selvas sombrías, se detuvo en el barro conforme disminuía la corriente de agua. Había un árbol, del que quedan vestigios; y la higuera que ahora se llama «Rúmina», era la higuera de Rómulo. Una loba recién parida llegó hasta los gemelos expuestos; ¡oh maravilla!: ¿quién puede creer que el animal no hizo daño a los niños? No hacer daño es poco, incluso les hace un beneficio: ¡a quienes la loba alimenta unas manos parientes fueron capaces de intentar perderlos! Se paró, y con el rabo acariciaba a las tiernas crías, y con la lengua lamía la figura de los dos cuerpos. Podría conocerse que eran hijos de Marte: no tuvieron temor. Ellos tiran de las ubres y se alimentan con ayuda de una leche que no era la prometida. Ella dio nombre al lugar, y el lugar, a su vez, a los Lupercos. Grande es el premio que tiene la nodriza por

la leche que les dio. ¿Qué impide que se llamasen Lupercos por el monte de Arcadia? El Fauno Liceo [152] tiene un templo en Arcadia. ¿A qué esperas, desposada? No serás tú madre por el poder de las hierbas ni por las plegarias ni por encantamientos mágicos. Recibe pacientemente los latigazos [153] de la diestra fecundadora y el suegro tendrá entonces el ansiado nombre del abuelo. Pues hubo un día en que las esposas echaban con parsimonia [154] las prendas de su vientre por mor de una dura suerte.

«¿De qué me sirve —gritaba Rómulo, y mientras decía esto tenía cogido el cetro— haber raptado a las sabinas, si mi agresión no me reportó sino una guerra? Más me hubiera valido no tener nueras». Al pie del monte Esquilino había un bosque con el nombre de la gran Juno [155], que durante muchos años no había sido talado. Cuando llegaron allí, tanto los maridos como las desposadas hincaron suplicantemente sus rodillas en el suelo, y de repente empezaron a temblar las copas de los árboles estremecidos y la diosa pronunció palabras asombrosas a través de su bosque: «Que un macho cabrío sagrado —dijo— penetre a las madres itálicas [156]». La multitud se quedó estupefacta, aterrorizada con la ambigua voz. Había un áugur (cuyo nombre se ha perdido a lo largo de los años y que recientemente había llegado desterrado de la tierra etrusca); sacrificó un macho cabrío, y las muchachas, como se les había mandado, ofrecían su espalda para que se la flagelasen con las tiras de la piel. La luna volvía a tomar los cuernos nuevos a la décima revolución y de repente los maridos se convirtieron en padres y las desposadas en madres. ¡Gracias a ti, Lucina! El bosque *(lucus)* te dio este nombre, o bien se debe a que tú posees el principio de la luz. Vela, por favor, compasiva Lucina, por las muchachas embarazadas, y saca suavemente el peso maduro de su vientre.

Acuario

Cuando amanezca ese día [157] deja de confiar en los vientos. La brisa de la estación no es de fiar. Los vientos no son seguros y la ancha puerta de la cárcel de Éolo [158] permanece abierta sin cerrojos durante seis días. Ahora se pone el ligero Acuario con su urna inclinada. Recibe a continuación los caballos etéreos, ¡oh Piscis! Cuentan que tú y tu hermano (pues sois estrellas que brilláis juntas) llevasteis a lomos a dos dioses. Huyendo una vez Dione [159] del terrible Tifón [160], por los tiempos en que Júpiter empuñó las armas en defensa del cielo, llegó hasta el Eufrates acompañado del pequeño Cupido y se sentó a la orilla del agua palestina. El chopo y los cañaverales dominaban las elevaciones de las riberas, y los sauces prometían la esperanza de que podrían ocultarse ellos también. Mientras estaba escondida, resonó el bosque con el viento; pálida de miedo, creyó que había llegado algún

[152] Después de sugerir el poeta que el nombre de Lupercos procede de la loba que amamantó a los dos gemelos (en latín: *lupa*), trata de engarzar ahora también con el origen arcaico del rito, pues Liceo quiere decir «lobuno», con lo que hallamos el mismo origen, sólo que ahora de la palabra griega para lobo.

[153] Los que propinaban los Lupercos, en virtud de los cuales las embarazadas tenían un buen alumbramiento.

[154] Es decir, que parían muy de tarde en tarde.

[155] El antiguo templo de Juno, llamada Lucina, por ayudar a los alumbramientos. La parte a que se refiere es el monte Cispio, al norte de la colina del Esquilino; la parte sur y más grande se llamaba el monte Opio.

[156] El sentido es explicado a continuación. Sin embargo, en Egipto se practicaban contactos físicos entre las mujeres y las cabras para asegurar la fertilidad.

[157] El de los *Lupercalia,* 15 de febrero.

[158] El rey de los vientos.

[159] Venus.

[160] Gigante vencido por Júpiter y enterrado en el Etna.

tropel de enemigos, y conforme tenía al hijo en el pecho, dijo: «Socorredme, ninfas, traed auxilio a dos dioses». Y sin dilación dio un salto adelante. Dos peces gemelos los recogieron sobre sus lomos; por ello ahora poseen las estrellas, un digno regalo. De ahí que los reverentes sirios consideren un sacrilegio servir a la mesa esta especie y no profanen sus bocas con peces.

Días 16, 17: *La Fiesta de Quirino*

El día siguiente no está ocupado, pero el tercero es dedicado a Quirino. El que lleva este nombre era antes Rómulo, ya porque los antiguos sabinos llamaban *curis* a la lanza (el dios belicoso se encaramó en las estrellas por dicha arma), ya porque los Quirites pusieron su nombre al Rey, o bien porque éste había reunificado cures y romanos. Pues el padre de armas poderosas [161], cuando vio las murallas nuevas y las muchas guerras llevadas a término por el brazo de Rómulo, dijo: «Oh Júpiter, el poderío romano tiene vigor; no necesita ya de los servicios de mi vástago. Devuelve el hijo al padre. Aunque ya ha muerto uno, el que me queda valdrá por él y por Remo. Uno será el que tú levantes a los espacios azulados del cielo, me dijiste; que se cumplan las palabras de Júpiter». Júpiter hizo señal del asentimiento. Con la señal temblaron los dos polos, y Atlas movió la masa del cielo. Existe un lugar que los antiguos llamaron la Laguna de la Cabra. Casualmente, Rómulo, administrabas justicia a los tuyos. El sol se quitó, y las nubes subsiguientes ocultaban el cielo, y una lluvia pesada caía a cántaros. Por un lado tronaba, por el otro se abría el cielo con los rayos que caían. Se produjo la desbandada, y el Rey ascendía a las estrellas en los caballos de su padre. Había duelo, y los padres se encontraban con la acusación de un falso

[161] Marte, padre de Rómulo.

crimen, y quizá se hubiera metido aquella creencia en los espíritus. Pero Julio Próculo llegaba de Alba Longa, y la luna brillaba, y no había necesidad de antorchas, cuando las zarzas de su izquierda se agitaron con un movimiento repentino. Echó un paso atrás, y se le erizaron los pelos. Rómulo, hermoso y de tamaño mayor que el natural, adornado con la trábea, se le apareció en visión en medio del camino, al tiempo que le decía: «Prohíbe a los Quirites llorar y mancillar con sus lágrimas nuestros númenes. Que el pueblo piadoso traiga incienso y aplaque al nuevo Quirino y cultive las artes patrias y las artes guerreras». Dio el mandato, y se desvaneció de la vista en la brisa sutil. Próculo reunió a los pueblos y les narró las palabras, como se le había mandado. Se construyeron templos al dios; una colina recibió también su nombre, y determinados días renuevan las ceremonias del padre.

La Fiesta de los Tontos

Escucha también por qué se llama a ese día la Fiesta de los Tontos. La razón desde luego es liviana, pero oportuna. La tierra antigua no contaba con colonos experimentados; las guerras brutales agotaban la actividad de los hombres. En la espada había más honra que en el arado curvo; el campo producía poco, descuidado por su amo. Sin embargo, los antiguos sembraban espelta y recogían espelta, y daban las primicias de la espelta segada a Ceres [162]. Guiados de la experiencia, pusieron a tostar la espelta en las llamas y obtuvieron muchos perjuicios con su ignorancia. Pues, o bien barrían en lugar de la espelta la ceniza negra, o bien el fuego prendía en las propias chabolas. Hicieron diosa al Horno; los colonos contentos con el Horno le suplicaban que no se propasase

[162] Como diosa de los cereales.

con los cereales. Ahora el decurión máximo [163] señala los *Fornacalia* con las palabras rituales sin convertirlas en ceremonia fija, y en el foro, mediante numerosos letreros que cuelgan a su alrededor, se señala cada curia con una marca determinada. Y los tontos del pueblo no saben cuál es su curia, por lo que celebran la ceremonia postergándola al último día.

Día 21: *El culto a los muertos*

También las tumbas tienen su honor. Aplacad las almas de los padres y llevad pequeños regalos a las piras extintas. Los manes reclaman cosas pequeñas; agradecen el amor de los hijos en lugar de regalos ricos. La profunda Estige [164] no tiene dioses codiciosos. Basta con una teja adornada con coronas colgantes, unas avenas esparcidas, una pequeña cantidad de sal, y trigo ablandado en vino y violetas sueltas. Pon estas cosas en un tiesto y déjalas en medio del camino. No es que prohíba cosas más importantes, sino que las sombras se dejan aplacar con éstas; añade plegarias y las palabras oportunas en los fuegos que se ponen. Eneas, promotor idóneo de la piedad, trajo estas costumbres a tus tierras, justo Latino. Llevaba regalos rituales al Genio de su padre; de él los pueblos aprendieron los ritos piadosos. Mas hubo una época, mientras libraban largas guerras con las armas batalladoras, en la cual hicieron omisión de los días de los muertos. No quedó esto impune, pues dicen que, desde aquel mal agüero, Roma se calentó con las piras de sus suburbios. Apenas puedo creerlo; dicen que nuestros abuelos salieron de sus tumbas, quejándose en el transcurso de la noche

[163] Rómulo dividió al pueblo en treinta curias, al frente de cada una de las cuales había un decurión, y uno de ellos, el de máxima autoridad, era llamado máximo.

[164] La laguna de los muertos, en el mundo subterráneo.

silenciosa. Dicen que una masa vacía de almas desfiguradas recorrió aullando las calles de la ciudad y los campos extensos. Después de ese suceso, se reanudaron los honores olvidados de las tumbas, y hubo coto para los prodigios y los funerales. Mientras tienen lugar estas ceremonias, tened paciencia, jóvenes sin marido; que la tea de pino [165] aguarde días puros y que la horquilla ganchuda no arregle tu pelo de doncella que parecerá madura a su madre ansiosa. Guarda tus antorchas, Himeneo [166], y retíralas de los negros fuegos. Los llorados sepulcros disponen de otras antorchas. Que los dioses también se oculten tras las puertas cerradas de los templos, que los altares pasen sin incienso y las fogatas permanezcan sin fuego. Ahora andan vagando las almas sutiles y los cuerpos enterrados en los sepulcros; ahora se nutren las sombras del alimento servido. Pero esto no dura más que los días que quedan del mes que son los pies que tienen mis versos [167]. A este día lo llamaron *Feralia* [168] porque trae las exequias [169]. Es el último día para propiciar a los Manes.

La diosa Tácita

He ahí que una vieja cargada de años se sienta entre las muchachas y cumple con el rito de Tácita [170] aunque ella misma no se está callada *(taceo)*, y coloca en la parte del umbral tres granos de incienso con tres dedos, en el punto donde un minúsculo ratón se ha abierto un camino oculto. A continuación ata

[165] La antorcha nupcial, el casamiento.

[166] Dios del matrimonio.

[167] Quiere decir el dístico elegíaco, que para Ovidio consta de once pies. El día aludido sería el dieciocho de febrero.

[168] Normalmente, significa «fúnebre».

[169] *Feralia* procede de *fero*, que significa «traer».

[170] «Diosa silenciosa», que más abajo llama «Muta».

un trompo encantado [171] a un trozo de plomo oscuro, y remueve en la boca siete habas negras [172], y quema al fuego la cabeza de un pececillo que ha untado de alquitrán y cosido atravesándolo con una aguja de cobre. También vierte vino; el vino que queda se lo bebe o ella misma o las acompañantes, aunque ella más. «Hemos amordazado las lenguas de los enemigos y las bocas hostiles», dice la vieja conforme se va, saliendo borracha. Ahora querrás saber por mí quién es la diosa Muta. Aprende lo que me es conocido por los viejos de antaño. Júpiter, vencido por el amor desmesurado de Yuturna [173], aguantó mucho, lo insufrible para un dios de su categoría. Ella, ora se ocultaba entre los avellanares de la selva, ora saltaba a las aguas, con ella emparentadas. Júpiter reunió a las ninfas, cualesquiera que habitaban en el Lacio, y les espetó las siguientes palabras en medio del corro: «Vuestra hermana tiene celos de sí misma y evita acostarse con el dios supremo, cosa que le sería provechosa. Ocuparos de los dos, pues si mi placer ha de ser grande, grande será el beneficio de vuestra hermana. Cuando eche a huir, poneos delante de ella al borde de la orilla para que no zambulla el cuerpo en el agua del río». Esto dijo. Todas las ninfas del Tíber asintieron y también las que agasajan tu tálamo, divina Ilia [174]. Casualmente había una náyade, de nombre Lara [175], aunque

[171] Descripción de un encantamiento, confuso, por lo demás, en este caso.

[172] Habas negras eran ofrendas a los muertos en la fiesta de *Lemuria*, durante el mes de mayo.

[173] Hermana de Turno, rey de los rútulos, pueblo itálico con el que Eneas hubo de guerrear a su llegada.

[174] Ilia, la virgen Vestal, madre de Rómulo y de Remo, que los tuvo de Marte.

[175] Sugiere «Lala», de *laléin*, 'hablar', en griego.

su nombre antiguo tenía la primera sílaba duplicada por error. Almón [176] le había dicho muchas veces: «Hija, contén la lengua», pero ella no la contenía. Así que dio con el lago de su hermana Yuturna, le dijo: «Aléjate de las orillas», y le refirió las palabras de Júpiter. También visitó a Juno y le dijo, compadeciéndose de las casadas: «Tu marido está enamorado de la náyade Yuturna». Júpiter se encolerizó y arrancó a la náyade la lengua de que se había servido imprudentemente, y llama a Mercurio: «Llévatela donde los Manes; ese es el lugar apropiado para los silenciosos. Será ninfa, pero ninfa de la laguna soterrada». Se cumplen las órdenes de Júpiter. El bosque acogió a los que llegaban; se cuenta que ella entonces resultó del agrado del dios que la conducía. Éste se aprestaba a la violencia, ella suplicaba con el rostro sustituyendo a las palabras, esforzándose en vano por hablar con su boca muda. Quedó embarazada y parió dos gemelos: los Lares, que guardan y vigilan siempre las encrucijadas de nuestra ciudad.

Día 22: Caristia

El día siguiente lo llamaron Caristia los parientes que se quieren *(cari)*, y una turba emparentada se presenta ante los dioses de la Hermandad. Naturalmente resulta agradable, después de estar en las tumbas y con los parientes muertos, volver de inmediato la cara a los vivos; contemplar, después de haber perdido a tantos seres queridos, lo que resta de la propia sangre y recorrer los grados de parentesco. Que vengan sólo los inocentes. Lejos, lejos de aquí el hermano caín y la madre que es cruel con su propio parto, el que considera longevo al padre por interés, el que cuenta los años de su madre,

[176] Río, afluente del Tíber.

la suegra siniestra que agobia y odia a su nuera. Que no se acerquen los hermanos, nietos de Tántalo [177], ni la mujer de Jasón [178], ni la que dio a los campesinos semillas tostadas [179], ni Procne o su hermana [180], ni Tereo siniestro para las dos, ni quienquiera que aumenta su patrimonio con el crimen. Vosotros, los buenos, poned incienso a los dioses del parentesco (según se dice, ese día principalmente hace acto de presencia la amable Concordia) y ofrendad alimentos, que el platito que se envía, prenda de honor que ellos agradecen, alimente a los Lares de vestidos sueltos. Y cuando la noche húmeda aconseje el plácido sueño, tomad en la mano vino abundante, en el momento de rezar vuestras plegarias, y decid derramando el vino con las palabras sagradas: «Por vosotras, por ti, padre de la patria, César óptimo».

Día 23:
El dios Término

Cuando haya pasado la noche, hay que celebrar con el honor acostumbrado al dios que deslinda los campos con su señal. ¡Término, ya seas una piedra o una estaca clavada en el campo, tú también tienes poder divino desde nuestros antepasados! Dos señores te coronan desde partes distintas, trayéndote dos guirnaldas y dos tartas. Se levanta un altar. La propia campesina propietaria lleva allí fuego cogido de una hoguera templada en un cuenco desbocado. El viejo parte la leña y

[177] Atreo y Tiestes, hijos de Pélope, que fueron alternadamente reyes de Micenas.

[178] La bruja Medea.

[179] Ino, mujer de Atamante.

[180] Filomela. Procne se casó con Tereo, rey de Tracia, del que tuvo un hijo, Itis. Tereo sedujo después a Filomela, quien se lo contó a la hermana. Procne mató a Itis y lo sirvió a su padre, Tereo, que lo comió en un banquete.

con los trozos levanta un montón esmerado y pugna por clavar las ramas en la tierra compacta; luego aviva la primera llama con una corteza reseca, mientras un muchacho permanece a su lado sujetando en las manos unos canastos anchos. A continuación, cuando ha echado los frutos tres veces en medio del fuego, su hija pequeña extiende los panales de miel castrados. Otros sostienen vasos de diferentes vinos: de cada uno se arroja en las llamas. La masa, vestida de blanco, mira y guarda silencio. Se salpica al compartido Término con la sangre de un cordero degollado y no se queja cuando se le ofrece una pequeña lechona. El vecindario sencillo se reúne y celebra un banquete, y canta tus loas, Término consagrado; tú delimitas a los pueblos, las ciudades y los reinos extensos. Los campos sin ti serían siempre un puro litigio. No existe forma de sobornarte, ningún oro es capaz de corromperte; conservas los campos a ti confiados con lealtad cabal. Si tú hubieras puesto las lindes en su momento a la tierra tireátida [181], no se hubieran enviado trescientos seres a la muerte, ni se hubiera leído el nombre de Otríades en las armas amontonadas. ¡Cuánta sangre dio aquél a la patria! ¿Qué pasó cuando se construyó el nuevo Capitolio? Por supuesto, toda la legión de los dioses cedió ante Júpiter, haciéndole sitio. Término, según cuentan los antiguos, fue hallado en el templo, y allí se quedó, poseyéndolo junto con el gran Júpiter. Ahora además, para no ver por encima de sí nada que no sean las estrellas, el techo del templo tiene una pequeña claraboya. A partir de entonces no eres libre de le-

[181] Argivos y espartanos decidieron dirimir el pleito atañente al distrito de Tirea con un combate entre trescientos de cada bando. De los espartanos sólo quedó Otríades, que amontonó las armas e inscribió en ellas su nombre con sangre.

vantarte, Término; quédate en el emplazamiento en que te colocaron, y no cedas un átomo al vecino que te lo pida, para que no parezca que pones a un hombre delante de Júpiter. Ya te empujen con las rejas o con el rastrillo, grita: «Este campo es tuyo, aquél es suyo». Hay un camino [182] que lleva a la gente a los campos laurentes, el reino que el caudillo dardanio buscó en otro tiempo; en el sexto miliario desde la ciudad se celebra por ese camino una ceremonia por ti, Término, con las vísceras de una oveja lanuda. Los demás pueblos tienen cada uno una tierra dada dento de límites fijos; el espacio de la ciudad de Roma es el mismo que el del mundo.

Día 24: La huida del Rey

Ahora debo hablar de la huida del Rey, de ella tiene el nombre el sexto día a partir del fin del mes. Disfrutaba del último reinado del pueblo romano Tarquino, hombre injusto pero valiente con las armas. Había conquistado unas ciudades y había arrasado otras, y había hecho suya la ciudad de Gabios [183], por medios vergonzosos. Pues el menor de sus tres hijos, vástago legítimo del Soberbio, llegó en medio de los enemigos durante la noche silenciosa. Ya habían sacado las espadas. Dijo: «Matadme desarmado como estoy; es lo que desearían mis hermanos y mi padre Tarquino, que me ha ensangrentado la espalda con crueles latigazos». Para poder afirmar esto, había soportado algunos latigazos. Hacía luna. Se quedan mirando al joven y enfundan las espadas, y al retirarle la ropa ven su espalda marcada. Lloran incluso y le suplican que intervenga en la guerra con ellos.

[182] La Vía Laurentina, que va de la costa a Roma (25 Km.). El caudillo dardanio es Eneas.

[183] Pueblo vecino de Roma.

Él astutamente dijo que sí a los incautos guerreros. Y nada más sentirse con poder, envió un amigo a su padre a consultarle el modo que le sugería de destruir a Gabios. Había cerca un jardín bien cultivado de plantas olorosas, cuyo terreno cortaba un arroyo de agua de suave murmullo. Allí recibió Tarquino el recado secreto del hijo, y con una vara descabezó los lirios. Cuando volvió el mensajero y el contó el desmoche de los lirios, el hijo dijo: «Entiendo las órdenes de mi padre». Sin dilación, mató a los cabecillas de la ciudad gabina y entregó las murallas desiertas a sus generales. He aquí que (¡sacrílega visión!) salió del medio del altar una serpiente y, apagado el fuego, se llevó las vísceras. Consultaron a Febo; el oráculo que dio fue el siguiente: «Será vencedor el que dé antes un beso a su madre».

Bruto

Cada cual dio deprisa y corriendo un beso a su madre, masa ingenua que no había entendido a la divinidad. Bruto [184] se hacía pasar sabiamente por tonto para estar a salvo de tus triquiñuelas, siniestro Soberbio. Postrado boca abajo dio un beso a la madre Tierra, creyendo la gente que había caído en plancha por haber tropezado con el pie.

Lucrecia

Entretanto las banderas romanas rodearon a Árdea [185], que sufría un largo y dilatado asedio. Mientras no había nada que hacer y los enemigos temían entablar combate, los soldados tenían tiempo libre y se jugaba en el campamento. El joven Tarquino entre-

[184] Sobrino de Tarquino el Soberbio.

[185] Capital de los rútulos, una de las ciudades más ricas de la época en Italia.

tenía a sus compañeros con banquetes y vino; el hijo del rey dijo entre ellos: «Mientras Árdea nos tiene ocupados en una guerra perezosa y no nos permite devolver las armas a los dioses de nuestros padres [186], ¿es que el lecho conyugal cumple con su deber? ¿Es que nuestras esposas se preocupan de nosotros a su vez?». Cada uno alaba a la suya; la disputa sube de tono con el partidismo de cada cual, y la lengua y la cabeza entran en ebullición con el abundante vino. El que había tomado ilustre nombre de Colacia [187] se levantó y dijo: «No son palabras lo que hace falta; fiaros de los hechos. Todavía queda noche: montemos a caballo y vayamos a la ciudad». Estuvieron de acuerdo con lo que dijo; los frenos sujetan a los caballos. Ya habían llevado a sus dueños; éstos se dirigen en línea recta hacia el palacio real; en la puerta no había ningún guardián. He aquí que hallan a las nueras del Rey pasando la noche en vela con guirnaldas puestas en el cuello y vino servido. De allí van en busca de Lucrecia [188] con rápido paso. Estaba hilando; delante del lecho estaba el canastillo y la lana blanda. Las criadas tiraban de las hebras que les pasaba junto a una luz mortecina. Entre ellas habló Lucrecia de la siguiente manera con un hilillo de voz: «Hay que enviar al señor (¡venga, daos prisa ahora, muchachas!) el capote que hemos hecho con nuestras manos. Pero, ¿qué noticias tenéis? Pues vosotras podéis tener más noticias. ¿Cuánto tiempo de guerra se dice que queda? Pronto caerás vencida; te enfrentas con gente mejor que tú, Árdea maldita, que obligas a nuestros maridos a estar ausentes. ¡Sólo deseo que vuelvan! Pero es que aquel marido es muy osado y se abalanza por cualquier parte con la espada desenvainada. Se me va la cabeza y muero cada vez que me viene la imagen del combatiente, y un frío helado me acongoja el corazón». Terminó sollozando y soltó los hilos que estiraba, y dejó caer su rostro sobre el pecho. Esto mismo le sentaba bien. Las pudorosas lágrimas le sentaban bien, y su cara resultaba conveniente y pareja con su alma. «No tengas miedo, he venido», dijo su esposo. Ella volvió en sí y se colgó del cuello de su marido en dulce carga. En esto, el regio joven [189] siente un fuego furibundo y enloquece arrebatado de amor ciego. Le gusta la figura, el color blanco de nieve y los cabellos rubios, y la gracia que tenía delante, que ningún arte había creado. Le agradan las palabras, su voz y su carácter insobornable, y cuanto menor es su esperanza, tanto mayor deseo siente. Ya había alzado el canto el ave mensajera del día, cuando los jóvenes volvieron sus pasos al campamento. Él sentía que la imagen de la ausente devoraba sus sentimientos hechizados. Al recordarla eran más y más las cosas que le gustaban: «Así se sentó, así estaba vestida, así hilaba las hebras, así le caía el pelo al descuido sobre su cuello, esta cara tenía, estas fueron sus palabras, este era su color, este su aspecto, esta la gracia de sus rasgos». Como suele ir muriendo el oleaje después de un fuerte viento y, sin embargo, el agua se levanta por el viento que sopló, de igual manera permanecía el amor que su belleza le había inspirado, aunque esa belleza gustada ya no estaba en su presencia, sino lejos. Se abrasa, y agitado por el estímulo de un amor ilegítimo, trama la violencia y el engaño de un lecho que no lo merecía. «El resultado es dudoso; intentaremos lo último —dijo—, ¡allá ella! A los audaces

[186] Era costumbre del soldado que volvía de campaña ofrendar sus armas a un dios, generalmente Marte.

[187] Tarquino Colatino. Colacia era una ciudad cercana a Roma.

[188] Mujer de Tarquino Colatino.

[189] El joven Tarquino.

los ayuda la fortuna y la divinidad. También por la audacia hemos tomado Gabios». Diciendo esto, ciñó la espada al costado y se puso a lomos del caballo. Colacia recibió al joven por la cancela de bronce cuando el sol se disponía ya a esconder su rostro. Como un invitado penetró el enemigo en el hogar de Colatino. Se le acogió amablemente, unido como estaba por la sangre. ¡Cuánta equivocación hay en las almas! Desconocedora de la realidad, aquella infeliz preparaba el banquete a sus enemigos. Había terminado la comida; el sueño reclamaba el tiempo debido. Era de noche y no había ni una luz en toda la casa. Se levantó, y desenvainando la espada del tahalí de oro, llegó a tu habitación, esposa pudorosa, y cuando se hubo echado en el lecho, dijo: «¡Lucrecia, llevo conmigo una espada. El que te habla es el hijo del Rey, Tarquino!». Ella no respondió nada, pues no tenía en el pecho ni voz ni fuerzas para hablar, ni idea alguna. Pero se puso a temblar como la pequeña cordera que se ve sorprendida en el redil abandonado y queda a merced del lobo, su enemigo. ¿Qué puede hacer? ¿Luchar? Una mujer que lucha ha de ser vencida. ¿Gritar? Pero en la diestra había una espada para impedírselo. ¿Huir? Acosaban su pecho las manos colocadas en él, pecho tocado por primera vez por manos extrañas. Su enamorado enemigo la apremiaba con súplicas, con amenazas, con recompensas: ni con súplicas ni con amenazas ni con recompensas la impresionaba. «Pierdes el tiempo —le dijo—, te arrancaré la vida acusándote; aunque soy el adúltero, seré el falso testigo de tu adulterio. Daré muerte a un criado y correré la voz de que has sido sorprendida con él». La muchacha, doblegada ante el miedo de la calumnia, sucumbió. ¿De qué te alegras, victorioso? Esta victoria será tu perdición. ¡Ay, cuánto le costó a tu reino una sola noche! Y ya había amanecido el día. Ella

estaba sentada con el pelo alborotado, como suele hallarse la madre que va a partir para incinerar a su hijo. Mandó llamar del campamento a su padre, de mucha edad, y a su fiel esposo, y ambos llegaron sin tardanza. Al contemplar su aspecto le preguntaron la razón de su pena, para quién preparaba el funeral, qué desgracia le había afligido. Ella guardó silencio un rato y ocultó el rostro pudoroso con el embozo. Las lágrimas le caían como un torrente de agua. Por un lado el padre y por el otro el esposo trataban de calmar sus lágrimas y le rogaban que se explicase, y lloraban y temían con miedo desconocido. Tres veces intentó hablar y tres veces desistió, y la cuarta vez tuvo fuerzas, pero sin levantar la vista, con todo: «¿Esto también se lo he de deber a Tarquino? —dijo—. ¿Yo misma tengo que contarlo? ¿Yo misma, desgraciada de mí, tengo que contar mi deshonra?». Contó lo que pudo. Quedaba el final; se echó a llorar, y sus mejillas de gran señora se enrojecieron. El padre y el esposo dieron el perdón a un hecho inevitable. «El perdón que vosotros me dais —dijo— yo misma me lo niego». Y sin perder tiempo, atravesó su pecho con un puñal que llevaba oculto, cayendo cubierta de sangre a los pies de su padre. Incluso entonces, cuando ya estaba muriéndose, miró por no quedar en posición deshonesta: tal fue su preocupación hasta en la misma caída. He aquí cómo el padre y el esposo, olvidándose de la compostura, se arrojaron sobre el cuerpo, llorando la pérdida común. Bruto hizo acto de presencia, y por fin contravino con su arrojo el apodo. Sacó el arma clavada en el cuerpo de la moribunda, y sosteniendo el puñal que goteaba sangre de alcurnia, echó de su boca amenazadora palabras sin temor: «Yo te juro, por esta sangre esforzada y pura, y por tus manes, que serán para mí un dios, que Tarquino y su estirpe desertora recibirán su castigo. Ya

he ocultado bastante tiempo mi valor». Lucrecia, postrada, movió los ojos sin luz ante sus palabras y dio la impresión de aprobar lo que había dicho, sacudiendo el pelo. Llevaron a enterrar a la matrona de espíritu varonil, que consigo arrastraba lágrimas y reprobación. A la vista quedó la herida desangrada. Bruto arrastró con sus gritos a los Quirites, narrándoles la incalificable acción del rey. Tarquino huyó con su familia. Un cónsul tomó el mando anual: aquel fue el último día de la monarquía.

La golondrina

¿Me engaño, o ha llegado la golondrina, mensajera de la primavera, sin temor a que el invierno regrese y se cuele por algún sitio? Sin embargo, Procne [190], te quejarás muchas veces de que se haya apresurado demasiado, y tu marido Tereo se pondrá contentó con el frío que tú pases.

Día 27: *Equirria*

Y ya quedan dos noches del segundo mes, y Marte apremia a los rápidos caballos del tronco de su carro: con razón ha conservado el día el nombre de Equirria [191], pues el dios mismo contempla esas carreras en el Campo de su nombre. Con derecho llegas, Gradivo [192]: tu época reclama su puesto, y en puertas está el mes señalado con tu nombre [193].

Día 28

Al concluir este libro y el mes, hemos llegado a puerto. Que a partir de ahora mi barco navegue por otras aguas.

[190] La golondrina, en que fue metamorfoseada a raíz del dramático acontecimiento con su marido Tereo. Recuérdese la n. 179 al v. 629.

[191] «Carreras de caballos».

[192] Epíteto habitual para Marte; el nombre procede de *gradior*, «marchar».

[193] Marzo.

LIBRO III

MARZO

SINOPSIS: Marte (1-8). Marte y Silvia (9-70). Ordenación del calendario por Rómulo (71-166). — Día 1: La Fiesta de las Matronas (167-258). Los Salios (259-398). — Día 3: Piscis (399-402). — Día 5: El Boyero (403-414). — Día 6: Augusto, Pontífice Máximo (415-428). — Día 7: Véyovis (429-448). Pegaso (449-458). — Día 8: La Corona (459-516). — Día 14: Equirria (517-522). — Día 15: Ana Perenna (523-674). Ana y Marte (675-696). Muerte de César (697-710). — Día 16: Escorpión (711-712). — Día 17: La Fiesta de Baco (713-792). El Milano (793-808). — Día 19: Quincuatro (809-848). — Día 23 (849-850). — (Día 22): El Carnero (851-876). — Día 26 (877-878). — Día 30 (879-882). — Día 31: La Luna (883-884).

Marte

Ven aquí, Marte guerrero, deja un poco el escudo y la lanza, y suelta tu pelo brillante del casco. Quizá tú mismo preguntes qué tienen en común Marte y el poeta: el mes que voy a contar ahora lleva tu nombre. Tú mismo ves que las manos de Minerva promueven guerras encarnizadas. ¿Acaso por ello se desocupa de las artes nobles? A imitación de Minerva, toma ocasión de dejar la lanza: hallarás qué hacer sin armas.

Marte y Silvia

Sin armas estabas también cuando la sacerdotisa romana [194] te tomó para que pudieses dar a esta ciudad semillas magníficas. Silvia, la vestal (pues ¿qué se opone a que empecemos por ella?), fue una mañana en busca de agua con que lavar los objetos sagrados. Había llegado a la ribera que descendía por un tramo suave; bajó de encima de su pelo una tinaja de barro. Se sentó cansada en el suelo y se puso a tomar el aire con el pecho descubierto, y se arregló el pelo alborotado. Sentada como estaba, le produjeron sueño los sauces sombríos y los pájaros cantores y el murmullo ligero del agua. Como un ladrón, la blanda quietud se deslizó por sus ojos vencidos, y aflojándosele la mano se le escurrió de la barbilla. Marte la vio, sintió deseos de ella y la poseyó como la había deseado, y con sus divinos recursos disimuló su ultraje. Desapareció el sueño y ella quedó embarazada; es de saber que a partir de entonces estaba en sus entrañas el fundador de la ciudad de Roma. Se levantó desfallecida sin saber por qué se levantaba desfallecida y, apoyándose en un árbol, dijo las siguientes palabras: «Rezo porque sea fausta y beneficiosa la imagen que vi en sueños. ¿O era aquello más que un sueño? Me encontraba ante las llamas de Troya, cuando la cinta de lana resbaló [195] del pelo y cayó delante de la hoguera sagrada. Luego surgieron a un tiempo dos palmeras (¡admirable visión!); una de las dos era más grande y con sus ramas pesadas había protegido el universo entero y tocado con sus hojas las altas estrellas. He aquí que mi tío paterno aprestaba la espada

[194] Silvia, la Vestal, de la que se hablará a continuación. Llamada también Ilia, recuérdese la n. 173 a II 598.

[195] Estas cintas eran señal de virginidad.

contra ellas. Al advertirlo me invadió el terror, y saltó de temor mi corazón. Un pico-carpintero, el ave de Marte, y una loba pelearon por los tallos gemelos. Gracias a éstos estuvieron seguras las dos palmeras». Dijo esto, y con fuerzas vacilantes levantó la tinaja llena: la había llenado mientras contaba la aparición. En éstas, mientras crecía Remo y crecía Quirino, su vientre se hinchaba por el peso divino. Restaban dos constelaciones al brillante dios para que el año terminase cumplida su revolución. Silvia fue madre. Se cuenta que las estatuas de Vesta se habían tapado los ojos con sus manos virginales. En verdad, el altar de la diosa tembló cuando su sacerdotisa estaba de parto, y la llama se escondió asustada entre la ceniza. Cuando Amulio [196], despectivo con la justicia, pues al vencer a su hermano le había arrebatado el poder, tuvo conocimiento de esto, ordenó arrojar al río a los gemelos. El agua escapó del crimen: los niños fueron a parar al suelo seco. ¿Quién ignora que los niños crecieron con la leche de una fiera y que el pico-carpintero llevó una y otra vez alimentos a los expósitos? No te pasaré en silencio a ti, Larentia, nodriza de un pueblo extraordinario, ni tampoco tu ayuda, humilde Fáustulo. El agasajo a vosotros llegará cuando narre las Larentalias. Diciembre, el mes grato para los duendes, acoge esta fiesta. La descendencia de Marte había crecido hasta los dieciséis años, y ya aparecía una barba incipiente de pelo rubio. Los hermanos, hijos de Ilia, brindaban las leyes que les pedían a todos los labradores y caporales de las toradas. Muchas veces volvían a casa eufóricos por haber matado a los cuatreros y reintegraban en sus campos los bueyes que se habían llevado. Al enterarse de su linaje,

[196] Decimoquinto rey de Alba Longa, hermano de Númitor, padre de Silvia y abuelo de Rómulo y Remo.

la excelsa condición de su padre les acrecentó los ánimos, y sentían vergüenza de que su nombre se limitase a unas pocas chabolas. Amulio cayó atravesado por la espada de Rómulo, y su anciano abuelo recuperó el reino. Se construyó una muralla que, aunque pequeña, sin embargo le había convenido a Remo no pasar de un salto.

Ordenación del calendario por Rómulo

Ya era una ciudad lo que poco antes habían sido selvas y retiro de rebaños, cuando dijo el padre de la ciudad eterna: «Árbitro de las armas, de cuya sangre se me tiene por nacido (y para que así se crea aportaré muchas pruebas), a partir de ti damos comienzo al año romano; el primer mes llevará el nombre de mi padre». Confirmó sus palabras llamando al mes por el nombre del padre [197]. Cuentan que este detalle de amor filial fue del agrado del dios. Y sin embargo, antes que a nadie habían venerado los antiguos a Marte: en él puso sus afanes el pueblo guerrero. A Palas veneraban los cecrópidas [198]; la Creta de Minos, a Diana; a Juno, Esparta y la Micenas de Pélope [199]; la tierra hipsipilea [200], a Vulcano; la región menálide [201], la cabeza portadora de pino de Fauno. Marte había de ser venerado en el Lacio, porque preside las armas. Las armas proporcionaban abastecimiento y gloria a un pueblo feroz. Y si por azar tienes tiempo libre, echa un vistazo a los Fastos extranjeros; también entre éstos un mes llevará el nombre de Marte. Era el tercero para los albanos, y el quinto para los faliscos [202], y en tus

[197] Marte, de donde el nombre del mes: marzo.

[198] Atenienses, por cuanto Cécrope fue un antiguo rey suyo.

[199] Abuelo de Agamenón, rey de Micenas.

[200] La isla de Lemnos, donde fue reina Hipsípile.

[201] Zona de Arcadia.

[202] De Falerios, en el sur de Etruria.

pueblos, tierra hérnica [203], el sexto. Los aricinos y los Fastos albanos concuerdan entre sí, así como con la ciudad cuyas altas murallas [204] levantó la mano de Telégono. Los laurentes lo tienen por quinto mes, y los valientes ecuos por el décimo; para el pueblo curense es el cuarto. Vosotros, aguerridos pelignos, estáis en acuerdo con vuestros antepasados sabinos: Marte es el cuarto mes para estos dos pueblos. Rómulo, para vencer a todos éstos, al menos por el lugar de la numeración, asignó el primer mes al autor de sus días. Antiguamente no existía el mismo número de calendas que ahora. Entonces el año era dos meses más corto. Grecia no había legado todavía sus artes vencidas a los vencedores; era un pueblo elocuente, pero escasamente arrojado. El que combatía bien conocía el estilo romano, y quien podía lanzar dardos era elocuente. ¿Quién había caído entonces en la cuenta de que existían las Híadas y las Pléyades de Atlas [205], y que el eje terráqueo tenía dos polos iguales; que existían dos Osas, de las cuales los sidonios se guiaban por Cinosura y los barcos griegos señalaban a Hélice [206]; y que las constelaciones que el hermano recorre en un largo año las atraviesan los caballos de la hermana en un solo mes [207]? Los astros corrían libres y sin ser notados a lo largo del año; mas, con todo, se sabía bien que existían los dioses. No tenían a su alcance los signos que se deslizan por el cielo, pero sí

[203] Antiguo pueblo latino entre Lanuvio y Alba.

[204] Túsculo, importante ciudad del Lacio, cuyo fundador fue supuestamente Telégono, hijo de Ulises y Circe.

[205] Se creía que las Pléyades eran siete hijas de Atlas.

[206] La Osa Mayor; Cinosura era la Osa Menor.

[207] Las constelaciones en cuestión son los signos del Zodíaco. Los hermanos, respectivamente Apolo y Diana, son identificados por Ovidio con el sol y la luna.

los suyos [208] propios, y perderlos era un gran crimen. Desde luego eran de heno, pero al heno se rendía pleitesía, la que ahora ves que se rinde a tus águilas. Una larga pértiga transportaba los manípulos [209] colgados de ella, por lo que el soldado recibe el nombre de «manipular». De manera que espíritus sin enseñanza y todavía privados de ciencia contaban lustros menores en diez meses. El año se cumplía cuando la luna había dado la décima revolución. Este número gozaba entonces de gran honor: bien porque son diez los dedos con los que solemos contar, o bien porque la mujer pare a los diez meses [210], o bien porque el número crece y llega hasta diez, desde donde volvemos a empezar cuenta nueva. Por ello Rómulo dividió a los cien padres en diez secciones, e instituyó diez de lanceros *(hastati)*; los de primera línea disponían también de diez cuerpos, y de otros tantos los lanzadores de dardos y los que hacían el servicio con caballos del Estado. Es más, a los Tities, a los que llaman Ramnes y a los Lúceres concedió Rómulo idéntico número de secciones. De modo que conservó en el año el numeral acostumbrado. Éste es el tiempo que guarda luto al marido la viuda desconsolada [211]. Y para que no dudes que entonces las calendas de Marte eran las primeras, puedes prestar atención a las siguiente pruebas. Las ramas de laurel de los flámenes que duran todo el año, son retiradas, y aparecen hojas nuevas con ese honor. Entonces verdea la puerta del Rey [212] con el árbol de Febo [213],

[208] El poeta juega con el doble sentido de la palabra latina *signa*, que son las estrellas y las banderas del ejército romano.

[209] Manojos de heno; la palabra *manipulus* significa el manojo y la compañía de soldados.

[210] Véase n. 11 a I 33.

[211] Véase n. 12 a I 35-36.

[212] La *Regia*, o antiguo palacio de los reyes de Roma.

[213] El laurel.

que se coloca allí. Lo mismo se hacía con tus batientes, curia antigua. Para que Vesta reluzca también cubierta de hojas frescas, se retira del hogar ilíaco [214] el laurel blanquecino. Añádase que, según se cuenta, prende un fuego nuevo en el sanctasanctórum del templo, y la llama reavivada toma fuerza. Y no es pequeño documento para mí de que los años antiguos partían de marzo el hecho de que se empezase a venerar a Ana Perenna [215] ese mes. Cuentan también que ese mes entraban en funciones las magistraturas antiguas hasta la época de tu guerra, cartaginés traidor [216]. En fin, el quinto mes a partir de marzo se había llamado *Quintilis* y, desde éste, todos los meses llevan el nombre del ordinal. El primero en advertir que faltaban dos meses fue Pompilio [217] —que recaló en Roma, procedente de los Campos del Olivo—, bien porque se lo enseñó el sabio de Samos [218], que opina que podemos volver a nacer, o bien por aviso de su Egeria [219]. Mas, sin embargo, el cómputo del tiempo andaba todavía extraviado, hasta que la curiosidad de César [220] en tantas cosas se cuidó de esto también. Aquel dios, origen de linaje tan ilustre, estimó que estas cuestiones no desmerecían de sus deberes, y quiso conocer por anticipado el cielo a él prometido y no entrar como un dios invitado en casa desconocida. Enseña

[214] El templo de Vesta.

[215] Sobre este personaje véase, más adelante, III 523 ss.

[216] Sin duda, Aníbal. De todas maneras se advierte anacronismo por parte de Ovidio.

[217] (Numa) Pompilio, sobre el que se ha hablado ya (I 43 ss.). La tierra del olivo es la tierra sabina, de donde procedía Numa.

[218] Pitágoras.

[219] Ninfa o diosa con la que estuvo casado Numa.

[220] En el año 46 a. C. Julio César reformó el calendario, constituyendo años de 365 días e intercalando un día cada cuatro años.

la tradición que él organizó con datos definitivos los períodos a lo largo de los cuales regresa el sol a sus propios signos. Añadió sesenta días y una quinta parte de día a los trescientos cinco. Ésta es la medida del año; el día que resulta de sumar las cinco partes, debe añadirse a cada lustro [221].

Día 1: *La Fiesta de las Matronas*

«Si cabe a los poetas oír las revelaciones secretas de los dioses, como al menos es fama que cabe, siendo como eres apropiado para funciones de hombres, Gradivo, dime por qué las matronas celebran tu fiesta». Así dije yo. Marte, dejando el casco, aunque en su mano derecha continuaba la lanza arrojadiza, me habló del siguiente modo: «Ahora por primera vez se me invoca en misión de paz, dios como soy que rinde en las armas, y encamino mis pasos hacia un cuartel nuevo, y no me arrepiento de la empresa. Me agrada hallarme también en esta función, para que no piense Minerva que sólo ella puede hacerlo. Aprende, poeta empeñado en los días latinos, lo que preguntas, y graba mis palabras en tu mente para recordarlas. Roma, si quieres remontarte a sus primeros orígenes, era pequeña, pero con ser pequeña tenía la esperanza de ser como ésta. Ya estaba en pie la muralla, estrecha para la población futura, pero para la población de entonces demasiado amplia, a su parecer. Si preguntas cuál era el palacio de mi hijo, fíjate en una casa de cañas y paja. En la paja se regalaba con el plácido sueño, y, sin embargo, de aquel lecho llegó hasta las estrellas. Y el romance tenía ya un nombre que desbordaba su lugar, pero él no tenía esposa ninguna ni suegro. Los ricos pueblos vecinos despreciaban a los yernos pobres, y difícilmente

[221] Cuatro años; v. nota anterior.

creían que yo era el autor de sus días. Les perjudicaba habitar en las cabañas y apacentar ovejas y tener unas pocas yugadas de suelo sin cultivar. Cada pájaro y cada alimaña forman su collera y la culebra encuentra alguna con la que reproducirse. A las tribus más remotas les es dado el matrimonio. En cambio, no había ninguna que quisiera casarse con los romanos. Sentí dolor y le dije: «Te he dado, Rómulo, el carácter de tu padre: fuera las súplicas; las armas te darán lo que deseas». Rómulo preparó las fiestas de Conso [222]. Conso te dirá el resto de lo que pasó aquel día, mientras relatas su ceremonia. Los cures [223] y los que sufrieron el mismo dolor se consumían de cólera. Entonces por primera vez un suegro se alzó en armas contra su yerno [224]. Y ya las raptadas casi tenían el nombre de madres, y la guerra entre vecinos había sido aplazada por una larga tregua. Las desposadas se reunieron en el templo de Juno, como se les había indicado. En medio de ellas, mi nuera [225] se atrevió a hablar de la siguiente manera: «Mujeres raptadas a un tiempo (puesto que esto tenemos en común), no podemos seguir demorándonos en el cumplimiento de nuestros deberes para con los nuestros. Los ejércitos están en sus posiciones, pero elegid por cuál de las dos partes debemos implorar a los dioses. A un lado empuña las armas nuestro esposo, al otro, nuestro padre. Hay que averiguar si preferís ser viudas o huérfanas. Yo voy a proponeros un plan arrojado y piadoso». Les propuso el plan. Ellas obedecieron y se soltaron el pe-

[222] Una deidad muy antigua, pero cuya identidad se perdió en tiempos históricos.

[223] Los sabinos.

[224] Alusión a César y Pompeyo, que estaba casado con Julia, hija del primero.

[225] Hersilia, mujer de Rómulo.

lo, y cubrieron sus cuerpos desconsolados con vestidos de luto. Ya habían formado los ejércitos dispuestos a combatir y matar; el clarín estaba a punto de dar la señal de combate. Llegaron las raptadas entre las filas de sus padres y las de sus esposos, llevando en su regazo a sus hijos, prendas queridas. Cuando alcanzaron el medio de la campiña, se pusieron de rodillas en el suelo, y los nietos, como si hubieran comprendido, dando tiernos gritos, tendían sus pequeños brazos hacia los abuelos. El que podía gritaba que por fin había visto a su abuelo, y el que casi no podía estaba obligado a poder. Cayeron las armas y los ánimos de los hombres, y, abandonando las espadas, suegros y yernos se estrecharon las manos. Alaban y retienen a sus hijas y sobre el escudo lleva el abuelo a su nieto. Este uso del escudo resultaba más dulce. A partir de entonces, las madres ebalias [226] consideran deber no pequeño celebrar el primer día que es mío, las calendas, bien porque se atrevieron a meterse entre las espadas empuñadas y con sus lágrimas habían puesto fin a las guerras marciales o bien las madres veneran ritualmente mi día y su ceremonia porque por mí fue Ilia madre felizmente. ¿Pues qué? ¿No se marcha entonces por fin el invierno cubierto de frío y se pierden las nieves derretidas con el sol tibio, y vuelven a los árboles las hojas que el frío había pelado, y se hincha la yema húmeda de la vid tierna, y la fértil planta, oculta tanto tiempo, encuentra ahora el camino secreto por donde asomarse a la brisa? Ahora está el campo productivo, ahora es la ocasión de criar ganado, ahora prepara el pájaro su casa y hogar en la rama. Con razón veneran las madres latinas la estación fecunda, pues sus partos conllevan la milicia y las plegarias. Añádase que donde el rey romano

[226] Véase I 260 y n. 32.

montaba la guardia, en la colina que ahora tiene el nombre de Esquilino, las nueras latinas levantaron ese día a cargo del Estado un templo a Juno [227]. ¿A qué extenderme cargando tu cabeza de múltiples causas? Lo que preguntas helo ahí descollando ante tus propios ojos. Mi madre quiere a las mujeres casadas. Las madres vienen en legión a visitarme: esta causa tan piadosa es la que principalmente nos conviene». Traed flores a la diosa; con plantas floridas se regocija esta diosa; ceñid vuestra cabeza con flores tiernas. Decid: «Tú, Lucina, nos diste la luz». Decid: «Atiende tú las plegarias de la parturienta». Y toda la que se halle embarazada, suéltese el pelo y rece para que ella resuelva su parto sin dolor.

Los Salios

¿Quién me dirá ahora por qué los salios llevan las armas celestes de Marte y cantan a Mamurio [228]? Comunícamelo, ninfa encargada del bosque y del lago de Diana. Desciende a tus hechos, ninfa esposa de Numa [229]. Hay un lago, rodeado por la selva sombría del valle aricino, consagrado por antigua religión. Aquí está oculto Hipólito [230], descuartizado por las riendas de sus caballos, motivo por el cual ningún caballo puede entrar en aquel bosque. Cuelgan hilos que recubren largas estacadas y hay dispuestas muchas tablillas en honor de la meritoria diosa [231]. Muchas veces una mujer cumpliendo con su voto y ciñendo las sienes con guirnaldas transporta antorchas relucientes desde la ciudad. Los esforzados por

[227] Véase II 435 y n. 155.

[228] Éste parece que era el dios de los «Danzantes» o Salios.

[229] Véase III 156 y n. 218.

[230] Véase más adelante, VI 735 ss.

[231] Descripción del templo de Diana en Aricia (actual Ariccia), uno de los más ricos y famosos de la antigua Italia.

sus brazos y de piernas veloces detentan la monarquía y cada uno va muriendo después, a ejemplo del anterior [232]. Corre desde allí un riachuelo pedregoso con murmullo inseguro. Yo he bebido muchas veces de él, pero a pequeños sorbos. La que ofrece el agua es Egeria, diosa grata a las Camenas [233]. Ella era la esposa y consejera de Numa. En un principio era norma ablandar a los Quirites, demasiado dispuestos para la guerra, con la ley y el temor de los dioses. Después se dieron leyes para que el más poderoso no lo pudiese todo, y se comenzaron a venerar con pureza los ritos tradicionales. Se despojaron del salvajismo y la justicia se hizo más poderosa que las armas, y daba bochorno luchar a brazo partido con los conciudadanos. Y alguien que antes era despiadado se convertía al ver el altar, y ofrecía vino y espelta con sal a los tibios hogares. Hete aquí que el padre de los dioses esparció llamas rutilantes por las nubes, dejando despejado el cielo después de vaciar las aguas. En ninguna otra ocasión cayeron más insistentemente los rayos enviados. El Rey se llenó de pavor y el terror se apoderó del corazón de la gente. Díjole la diosa: «¡No te espantes en demasía! Al rayo se le puede propiciar y puede aplacarse la cólera de Júpiter enfurecido. Pero Pico y Fauno, uno y otro deidades del suelo romano, podrán aportar el rito de expiación. Mas no lo aportarán sin hacerles violencia: captúralos y ponles cadenas». Igualmente le indicó el artificio por el que podían ser capturados. Al pie del Aventino había un bosque sombreado por encinas negras, que una vez visto podías decir: «Aquí está la divinidad». En su interior había una pradera, y de unas rocas fluía un manantial de agua viva, cubierto de musgo verdoso. De él bebían sólo, prácticamente, Fauno y Pico. Allí llegó el rey Numa y sacrificó una oveja a la fuente, sirviendo vasos llenos de vino oloroso, y con los suyos él también se escondió en la cueva. Las deidades de la selva llegaron a la fuente acostumbrada y calmaron sus pechos ardientes con abundante vino. Al vino siguió el descanso. Sale Numa de la fría cueva y coloca unas ataduras apretadas en las manos dormidas. Cuando pasó el sueño, los dioses pugnaron por romper las ataduras. Al pugnar por ello las ataduras los sujetaban con más fuerza. Entonces dijo Numa: «Dioses de los bosques, perdonad mi acción, si sabéis que en mi ardid no tiene cabida el crimen. Indicadme de qué manera se puede propiciar el rayo». Así había hablado Numa. Fauno, agitando los cuernos, dijo de la siguiente manera: «Pides cosas grandes y no está permitido que tú las aprendas por comunicación nuestra. Nuestros poderes divinos tienen sus limitaciones. Somos dioses agrestes, enseñoreados de las altas montañas: el poder de sus armas le corresponde a Júpiter. Tú no podrás hacerles bajar del cielo por tus propios medios, pero si usas de nuestra ayuda, posiblemente podrás». Esto fue lo que dijo Fauno; el parecer de Pico era el mismo, pero diciendo: «Quítanos las ataduras. Júpiter vendrá aquí conducido por un arte poderosa. La nebulosa Estige será testigo de mi promesa». El hombre tiene prohibido saber lo que hicieron al verse libres de los lazos, los encantamientos que entonaron y el artificio por medio del cual arrastraron a Júpiter de sus mansiones superiores. Nosotros cantaremos lo permitido, lo que es lícito que diga la piadosa boca del poeta. Te sustraen *(eliciunt)* del cielo, Júpiter, por cuyo motivo las generaciones posteriores se celebran hasta hoy llamándote

[232] El sacerdote de Diana se llamaba Rey del Bosque, y tenía que ser un esclavo que ocupaba el puesto tras matar al anterior en combate singular, y en el cual permanecía hasta que otro esclavo le daba muerte.

[233] Ninfas de las fuentes, que más tarde fueron identificadas con las Musas.

Elicio. Se sabe con certeza que las copas de la selva aventina se echaron a temblar y la tierra se hundió aplastada por el peso de Júpiter. Le dio un vuelco el corazón al rey y la sangre desapareció de todo su cuerpo, y su pelo áspero se puso tieso. Cuando recuperó el aliento, dijo: «Concédeme la propiciación certera del rayo, rey y padre de los dioses encumbrados, si tocamos con manos puras tus ofrendas, si es justa la lengua que implora eso mismo que pedimos». Él dio asentimiento al orante, pero envolvió la verdad con ambages remotos, espantando al hombre con frases ambiguas. «Corta una cabeza», dijo el dios, y el rey le respondió: «Obedeceremos, cortaremos una cebolla arrancada de mi jardín». El dios agregó: «La de un hombre». El otro dijo: «Tú tomarás sus cabellos». El dios le pidió una vida, a lo que Numa respondió: «La de un pez» [234]. El dios se rió y dijo: «¡Procura propiciar mis rayos con estas cosas, hombre al que nada aparta de conversar con los dioses! Pero cuando el sol de mañana haya echado fuera todo su disco, te daré prendas certeras acerca del imperio». Dijo, y se dejó llevar por encima del éter estremecido por un enorme trueno, abandonando al que le había suplicado, Numa. Regresó éste contento, y contó a los Quirites lo que había pasado. Lentamente y con dificultades alcanzaron crédito sus palabras. «Pero sin duda se lo merecerá si el éxito acompaña a mis palabras; atención al día de mañana, los que estáis presentes. Cuando el sol haya echado fuera por la tierra todo el disco, Júpiter dará prendas certeras acerca del imperio». Marcháronse llenos de duda, y la promesa parecía que se demoraba, y el crédito dependía del día venidero. La tierra estaba blanda, rociada por la escarcha de la mañana. El pueblo se había presentado

[234] Oscura ceremonia, cuyo significado escapaba ya a los antiguos.

delante del umbral de su rey. Éste salió y se sentó en el medio, en un trono de arce. A su alrededor, innumerables personas estaban de pie y silenciosas. El sol había salido solamente hasta el borde superior; los corazones estaban encogidos, inquietos de esperanza y de temor. El rey tomó aposento con la cabeza cubierta con un velo blanco como la nieve, y levantó las manos bien conocidas de los dioses diciendo de la siguiente manera: «El momento del regalo prometido ha llegado; Júpiter, dispensa la prometida realización de tus palabras». En tanto decía esto, el sol había ya emergido con su disco completo y desde el eje del firmamento llegó un fragor denso. El dios tronó por tres veces sin que hubiera nubes; tres rayos lanzó. Creedme cuando lo digo: hablo de cosas maravillosas, pero que sucedieron. El cielo empezó a abrirse por la región central. La muchedumbre bajó los ojos y su caudillo también. He aquí que un escudo, girando suavemente en la leve brisa, cayó. El griterío del pueblo subió hasta las estrellas. El rey, después de sacrificar una novilla que no había sometido el cuello a la presión de ningún yugo, recogió el regalo del suelo y lo denominó *ancile*, por estar recortado por todas partes y no poseer ángulo ninguno perceptible por la vista. A continuación, recordando que la fortuna del imperio dependía de él, forjó un plan sumamente ingenioso. Ordenó que se hicieran muchos escudos, labrados con igual figura, para inducir a error a la vista de un asaltante [235]. Mamurio concluyó el trabajo. Difícil es para cualquiera decir si era más perfecto por sus costumbres o por el arte de la fragua. El generoso Numa le dijo: «Solicita la recompensa de tu obra; si conoces cómo es la palabra que doy, no vas a solicitarla en vano». Ya había otorgado a los Salios este

[235] Que quisiese robar el escudo sagrado.

nombre, que viene de bailar *(saltu)*, y las armas, y palabras para recitar según determinado compás. Entonces dijo Mamurio: «Concédaseme por salario la gloria, y que mi nombre suene al final de la canción». Desde entonces los sacerdotes pagan la recompensa prometida por el viejo trabajo invocando a Mamurio. Las que deseéis casaros, aunque uno y otro tengáis prisa, demoradlo. Las pequeñas demoras tienen grandes ventajas. Las armas promueven los combates, y el combate es ajeno a los casados. Así que se las haya ocultado, el agüero será más propicio. Estos días la sagrada esposa del flamen dial, el que lleva el gorro, debe también tener el pelo sin peinar.

Día 3: Piscis

Cuando la tercera noche del mes haya mostrado sus estrellas, uno de los dos Peces *(Piscis)* se hallará oculto. Pues dos: el uno más cercano a los austros y el otro a los aquilones; ambos llevan el nombre del viento.

Día 5: El Boyero

Cuando la esposa de Titono haya empezado a manar rocío por sus mejillas azafranadas y haga llegar las horas del quinto día, la constelación, tanto si es el Centinela de la Osa como si es el perezoso Boyero, desaparecerá y escapará a tu vista. En cambio, no escapará el Vendimiador. Mostrar de dónde tiene su causa esta estrella tampoco lleva mucho tiempo. Se cuenta que Baco se enamoró en las colinas del Ísmaro [236] del melenudo Ámpelo [237], hijo de un sátiro y de una ninfa. Trájole una vid colgada de las frondas de un olmo, que ahora lleva el nombre del nombre del muchacho. Al coger imprudentemente las uvas coloreadas de una rama, se cayó: Líber se llevó a los astros al muchacho perdido.

[236] En Tracia.

[237] Significa «viña» en griego.

Día 6: Augusto, Pontífice Máximo

Cuando Febo asciende el sexto día al Olimpo asendereado desde el océano y marcha por el éter con sus corceles alados, quienquiera que estés ahí y cuidas de la ermita de la casta Vesta, deséale a ella parabienes y pon incienso en los hogares ilíacos. A los innumerables títulos del César, se añadió el honor del pontificado [238]. ¿Cuál hubiera él preferido tener? La voluntad divina del César eterno preside los fuegos eternos. Las prendas del imperio las estás viendo una junto a la otra. ¡Dioses de la antigua Troya, presa dignísima del que os transportó, cargado con la cual Eneas estuvo seguro del enemigo!: el sacerdote descendiente de Eneas toca las divinidades familiares. ¡Protege, Vesta, su cabeza familiar! Bien vivís vosotros, los fuegos que él aviva con su mano sagrada. Vivid inextinguibles, llama y caudillo: ésta es mi plegaria.

Día 7: Véyovis

Las Nonas de marzo tienen sólo una característica, y es que se cree que ese día fue consagrado el templo de Véyovis delante de dos bosques. Cuando Rómulo hubo rodeado el bosque con altas piedras, dijo: «Refúgiate aquí quienquiera que seas, y estarás a salvo». ¡Oh, de qué origen tan humilde crecieron los romanos! ¡Qué poco de envidiar era el pueblo antiguo! Pero para que no te sea un obstáculo la rareza del nombre, si no lo sabes, aprende de quién fue ese dios y por qué se llama así. Es el joven Júpiter. Mira su cara juvenil. Mira luego su mano: no lleva ningún rayo. Júpiter echó mano de los rayos desde que los gigantes osaron intentar apoderarse del cielo: en los primeros tiempos estaba desarmado. El Osa [239]

[238] Augusto aceptó el título de Pontífice Máximo el 6 de marzo del año 12 a. C.

[239] Véase I 307 s.

y el Pelio, más alto que el Osa, ardieron con los nuevos fuegos, y el Olimpo, clavado en tierra firme. Al mismo tiempo está también una cabra; cuentan que la apacentaron las ninfas cretenses. Dio leche a Júpiter de niño. Ahora voy a lo del nombre. Las esposas de los granjeros llaman a la espelta que ha crecido mal *uegrandia,* y a las cosas pequeñas, *uesca.* Si ese es el significado de la palabra, ¿por qué no puedo sospechar yo que el templo de Véyovis es el templo del gran Júpiter?

Pegaso

Y ahora, cuando las estrellas salpiquen el cielo azulado, mira hacia arriba: verás el cuello del corcel gorgóneo [240]. Según se cree, éste salió saltando del cuello cortado de Medusa [241] preñada, con la crin manchada de sangre. Deslizándose por encima de las nubes y por debajo de las estrellas, tuvo por tierra al cielo y por patas las alas, y ya había recibido su boca recalcitrante frenos desacostumbrados, cuando la pezuña ligera chapoteó en las aguas aonias [242]. Ahora disfruta del cielo por el que antes vagaba con las alas, y reluce brillando con quince estrellas.

Día 8: La Corona

Inmediatamente, al llegar la noche, verás la Corona gnosia. Se convirtió en diosa por el crimen de Teseo [243]. Ya había cambiado felizmente a su perjuro esposo por Baco, ella, que había dado a su desagradecido esposo hilos para recoger; gozándose con su

[240] El caballo Pegaso.

[241] Aunque las Gorgonas eran tres, la Gorgona por antonomasia era Medusa. Eran monstruos con la cabeza rodeada de serpientes y grandes colmillos, que habitaban en el Occidente.

[242] Véase I 489-490.

[243] Andrógeo, hijo del rey de Creta, Minos, fue muerto en el Ática,

lote de amor, dijo: «¿Por qué lloraba, tonta de mí? Aquel esposo infiel me ha resultado útil». Entretanto Líber [244] había conquistado a los indios repeinados y había vuelto enriquecido del continente de la aurora. Entre las muchachas cautivas de rostro hermoso, la hija del rey resultaba particularmente agradable a Baco. La enamorada esposa lloraba, y paseando por la sinuosa playa dejó oír, con el pelo desgreñado, tales palabras: «¡Ea, olas, escuchad de nuevo quejas semejantes! ¡Ea, arena, recibe de nuevo mis lágrimas!». Recuerdo que decía: «¡Teseo perjuro e infiel!», y él se marchó. De las mismas acusaciones es objeto Baco. Ahora además gritaré: «¡Que las mujeres no confíen en los hombres!». Cambiando el nombre mi causa se ha repetido. ¡Ojalá que mi suerte se hubiese ido por donde ya había comenzado, y ya no existiría yo en el momento presente! ¿Por qué me salvaste de morir en las arenas desiertas, Líber? Hubiera podido dejar de sufrir de una vez. ¡Baco ligero, más ligero que las hojas que ciñen tus sienes! ¡Baco conocido para hacerme llorar! ¿Te has atrevido a perturbar un amor tan bien compaginado, trayéndome una rival ante mis propios ojos? ¡Ay!, ¿dónde está la fidelidad prometida? ¿Dónde los juramentos que solías hacer? Desgraciada de mí, ¿cuántas veces tendré que decir estas palabras? Recriminabas a Teseo y lo llamabas embustero; según tu propio juicio tu falta es más vergonzosa aún. ¡Que nadie conozca esto, déjeme yo abrasar con dolores callados,

por lo que se les impuso a los atenienses entregar cada año catorce jóvenes de ambos sexos, para ser muertos. Teseo se ofreció voluntario y fue ayudado en Creta por la hija de Minos, Ariadna, a la que prometió casarse con ella; mas no cumplió su promesa, abandonándola en la isla de Naxos, donde la encontró Baco (Dioniso), que se casó con ella y le regaló una corona, que luego fue catasterizada por Zeus.

[244] Véase I 403.

que no piensen que he sido digna de que me engañaran tantas veces! Querría principalmente ocultárselo a Teseo, para que no se alegre de que tú seas el copartícipe de su propia culpa. Según pienso, has preferido una rival blanca [245] antes que a mí morena. ¡Ojalá se les ponga ese color a mis enemigos! Pero, ¿qué importancia tiene esto? Ella te es más agradable por su propia falta. ¿Qué estás haciendo? La otra mancilla tus abrazos. Baco, presta fidelidad y no prefieras a ninguna antes que el amor de tu esposa. Siempre he tenido por costumbre amar al marido. A mi madre cautivaron los cuernos de un toro hermoso [246]; a mí, los tuyos. A mí me alaban, aquél fue un amor vergonzoso. Que el amor no me haga daño; tampoco a ti, Baco, te hizo daño el haberme confesado tú mismo tu pasión. Ni porque yo me abrase es milagroso lo que haces: se dice que naciste en el fuego y que la mano de tu padre te arrebató del fuego [247]. Yo soy aquella a la que tú acostumbrabas a prometer el cielo. ¡Ay de mí, en lugar del cielo, qué regalos me llevo!». Esto fue lo que dijo. Ya hacía tiempo que Líber escuchaba las palabras de la doliente, pues casualmente la había seguido a sus espaldas. Se abalanza a abrazarla y le seca las lágrimas con sus besos, y le dice: «Encaminémonos juntos a las alturas del cielo. Tú, que has estado unida a mí en el lecho, tendrás un nombre unido al mío, pues llevarás el nombre de Líbera [248], al ser

[245] Irónico, por cuanto los romanos tenían a los indios por negros.

[246] Pasífae, madre de Ariadna, se enamoró de un toro con el que concibió un monstruo llamado Minotauro. Baco es representado a su vez con cuernos.

[247] Sémele, madre de Baco, pidió a Júpiter, de quien estaba encinta, que la visitase. El rayo de Júpiter prendió en Sémele y el dios extrajo a Baco de las llamas.

[248] Ovidio identifica la heroína griega Ariadna con la diosa romana Líbera.

transformada; y haré que contigo esté el recuerdo de tu corona, la que Vulcano dio a Venus, y ésta a ti». Cumplió su palabra y transformó las gemas en nueve fuegos. Ahora la corona brilla como el oro mediante las nueve estrellas.

Día 14: Equirria

Cuando el que acarrea el día purpúreo por el eje arrebatado haya sacado seis discos y zambullido otros tantos, verás otros Equirria [249] en el herboso Campo, cuyo lateral lame el Tíber con su corriente en zig-zag. Pero si, por casualidad, el agua se desborda y domina la llanura, recibirá los caballos el Celio [250] polvoriento.

Día 15: Ana Perenna

El día de las Idus es el festival del genio de Ana Perenna [251], no lejos de tus riberas, Tíber, advenedizo. Se reúne la plebe, y echándose por doquier en la hierba verde, se pone a beber, y cada cual se recuesta con su pareja. Algunos aguantan a cielo raso; unos pocos ponen tiendas; otros levantan una chabola de hojas y ramas; otra parte, así que han levantado cañas a manera de rígidas columnas, colocan encima las togas extendidas. Sin embargo entran en calor con el sol y el vino, y se desean tantos años como copas toman, y beben contándolas. Allí podrías encontrar al que se bebe los años de Néstor y la que se convierte en la Sibila [252] con las copas que se toma. Allí también cantan lo que aprenden en el teatro y baten hábilmente las palmas siguiendo la letra;

[249] Los primeros eran el 27 de febrero, y estos segundos, el 14 de marzo.

[250] Una de las colinas de Roma.

[251] Feminización del año perenne *(annus perennis)*; su fiesta era una fiesta de Año Nuevo, pues en el calendario antiguo el mes de marzo comenzaba el año.

[252] Néstor, caballero helénico, vivió varias generaciones; la Sibila, profetisa de Apolo, era eterna.

colocan un cráter en el suelo y ejecutan duras danzas, y una muchacha ataviada baila con el pelo suelto. Cuando viene de vuelta, van haciendo eses y son el espectáculo de la gente, y los grupos con que se topan los llaman afortunados. No hace mucho me tropecé con una romería (me ha parecido digno de referir). Una vieja borracha llevaba a rastras a un viejo borracho. Pero cuál sea esta diosa, puesto que anda extraviada entre rumores, no es mi propósito que lo oculte mi narración. Dido, digna de compasión, se había quemado en la pasión de Eneas, se había quemado en la pira levantada para su propia muerte. Fueron recogidas sus cenizas, y en el mármol de su tumba había este pequeño poema que dejó ella misma al morir:

Eneas le deparó el motivo de su muerte y la espada.
Pero Dido cayó por obra de su propia mano.

Inmediatamente los númidas invadieron el reino sin su defensora, y el moro Yarbas tomó posesión de la casa conquistada, y acordándose del desprecio de que había sido objeto, dijo: «A pesar de todo, he aquí que yo, a quien tantas veces rechazó ella, disfruto del tálamo de Elisa [253]». Los tirios huyeron a la desbandada adonde el azar llevó a cada uno, como cuando se desparraman las abejas indecisas al perder al rey [254]. Por tercera vez la mies había llegado a la era para ser trillada y por tercera vez el mosto había ido a parar a los lagares cóncavos. Ana fue expulsada de su casa y dejó las murallas de su hermana derramando lágrimas. Antes cumplió con el justo deber para con su hermana. Las blandas cenizas bebieron los ungüentos mezclados con las lágrimas, y recibieron los pelos arran-

[253] Dido.

[254] Creencia antigua de que era un rey y no una reina.

cados de su cabeza [255]. Por tres veces dijo: «¡Adiós!»; por tres veces se acercó y holló con su boca las cenizas, y en ellas le pareció que seguía estando su hermana. Haciéndose con un bajel y con compañeros para la huida, se escurrió viento en popa, mientras volvía la mirada hacia las murallas, dulce obra de su hermana. Mélite [256] es una isla fértil, vecina de la estéril Cosira, que baten las aguas del mar líbico. A ella se dirigió, confiando en la antigua hospitalidad del rey. Su anfitrión era allí el rey Bato [257], rico en recursos. Una vez que supo la desventura de las dos hermanas, le dijo: «Por muy poca cosa que sea esta tierra, es tuya». Y, con todo, hubiera mantenido el don de la hospitalidad hasta límites extremos, pero sintió miedo del gran poder de Pigmalión [258]. El sol había pasado revista por dos veces a sus astros, corría al tercer año, y había que agenciarse una nueva tierra para el destierro. El hermano se avecinaba, presentando batalla. El rey, que temía las armas, dijo: «Nosotros no somos guerreros, tú ponte a salvo huyendo». Huyó, tal como se le había ordenado, confiando el barco al viento y a las olas: el hermano era más peligroso que cualquier mar.

Cerca de las corriente ricas en peces del Crátide [259] pedregoso existe un pequeño campo; la población indígena lo llama Cámere. Hacia allí dirigió su rumbo, y no distaba

[255] Era costumbre de los dolientes.

[256] Mélite o Mélita es Malta, que era una colonia fenicia, como Dido y su hermana Ana. Cosira es la moderna Pantellaria.

[257] En Cirene, Fenicia, sí hubo varios reyes de nombre Bato. Que hubiese un Bato, rey de Malta, sólo lo sabemos por Ovidio.

[258] Deformación griega del nombre fenicio Pumi-yathon, que era hermano de Dido y Ana. Dio muerte al marido de Dido, Siqueo, y obligó a su hermana a emigrar, fundando Cartago.

[259] Riachuelo del sur de Italia, cerca de la ciudad de Síbaris.

más de lo que pueden alcanzar nueve tiros de honda. Las velas se desarbolaron al principio y quedaron a merced de la brisa voluble. El capitán dijo: «Surcad las aguas a remo». Y mientras se disponían a plegar las velas con las marras tortuosas el Noto [260], arrebatado, golpeó la corva popa, y el capitán, que luchaba en vano, se vio arrastrado a mar abierta, y la tierra, que había aparecido, se perdió de vista. Saltó el oleaje y el mar se resolvió desde el fondo del abismo, y el casco se tragó las aguas blanquecinas. El viento venció a la técnica y el piloto no hacía ya uso de los mandos; él también pedía ayuda con plegarias. La desterrada fenicia se vio arrojada a las aguas encrespadas y cubrió sus ojos humecidos, protegiéndose en la ropa. Entonces, por primera vez, la hermana llamó dichosa a Dido y a cualquier mujer cuyos restos se ha tragado la tierra. Un fuerte soplo encalló la nave en la costa laurentina y, mientras todos salieron a flote, la nave se la tragó el agua y desapareció. Ya el justo Eneas se había visto compensado con el reino y con la hija de Latino y había mezclado a dos pueblos. Mientras enfilaba con los pies descalzos un camino oculto por la costa que le había correspondido en lote, acompañado sólo por Acates, la vio yendo de un lado para otro, y no podía creer que era Ana: «¿A qué iba ella a venir a los campos latinos?». Mientras Eneas decía esto consigo mismo, Acates gritó: «¡Es Ana!». Al oír su nombre ella levantó la cara. ¡Ay! ¿Se pondrá a huir? ¿Qué podía hacer? ¿Qué sima de la tierra buscará? Ante sus ojos estaba el hado de su desgraciada hermana. El héroe citereo [261] se dio cuenta y le habló temblando como estaba (pero lloraba conmovido por tu recuerdo, Elisa): «Ana,

[260] Viento del sur.

[261] Porque su madre era Venus, honrada en Citera, al sur de Laconia.

por esta tierra que en otro tiempo solías oír que un hado más feliz me daba, te juro, y por los dioses compañeros ha poco establecidos en este asentamiento, que fueron ellos los que tantas veces censuraron mis demoras. Sin embargo, mi miedo no era de la muerte, ese miedo estaba lejos. ¡Ay de mí! Ella fue más valerosa de lo que se puede creer. No me lo cuentes; yo vi las heridas indignas de aquel cuerpo, cuando me atrevía a visitar las mansiones del Tártaro. Pero, ¡ea! tanto si tus proyectos te han traído a nuestras costas como si ha sido la divinidad, disfruta tú de los beneficios de mi reino. Mucho te debo a ti, lo recuerdo, y todo a Elisa. En tu nombre propio serás gratificada, y gratificada en el de tu hermana». En quien tal decía (pues no le quedaba otra esperanza) creyó, y abandonó sus idas y venidas. Y cuando entró en la mansión vestida a la moda tiria, empezó Eneas (el resto del grupo guardaba silencio): «Un motivo justo tengo para presentarte a ésta, esposa Lavinia; consumí de náufrago sus bienes. Es originaria de Tiro y poseyó un reino en la costa líbica; te pido que la ames como a una hermana querida». Lavinia hizo toda clase de promesas y en su alma callada reprimió la imaginaria herida, disimulando su indignación. Y como veía que antes sus propios ojos y abiertamente le llevaban muchos regalos, pensó que también le enviaban muchos a ocultas. No tenía decidido qué hacer. Sentía un odio furibundo y preparaba un golpe bajo, y deseaba morir vengándose. Era de noche. Delante del lecho de Ana le pareció a ésta que se levantaba Dido ensangrentada y con el pelo desgreñado, y que le decía: «Huye, no lo dudes, huye de una casa entristecida». Tras estas palabras, la brisa impulsó la puerta quejumbrosa. Se levantó de un salto y se lanzó rápidamente por una ventana baja, a ras de tierra: el propio miedo la había hecho atrevida. Y corrió por don-

de la empujaba el miedo, cubriéndose con la túnica arremangada, como una gacela atemorizada al oír a los lobos. Se cree que Numicio, portador de cuernos, la arrebató en sus aguas encrespadas y la ocultó en su lago. Entretanto buscaban a la sidonia con gran clamor a través de los campos. Aparecieron señales y marcas de los pies. Habían llegado a la ribera: en la ribera había huellas. El río cómplice mantuvo calladas a las aguas. Pareció que hablaba ella misma: «Soy la ninfa del apacible Numicio; oculta perennemente en el río me llamo Ana Perenna». Acto seguido se pusieron a comer contentos recorriendo los campos y se festejaron a sí mismos y al día con generoso vino.

Para algunos ella es la luna porque completa el año con los meses; otros creen que es Temis, y otros, que es la novilla de Ínaco. Encontrarás, Ana, quienes te llamen la ninfa Azánida [262] y digan que tú diste a Júpiter los primeros alimentos. También ha llegado a mis oídos la opinión que voy a relatar y que no dista de la creencia verdadera. La plebe antigua, cuando aún no tenía la garantía de los tribunos, escapó y se instaló en la cima del Monte Sacro. Ya les faltaba también el alimento que habían llevado consigo y el trigo apropiado para las necesidades humanas. De las Bovilas, un arrabal de la ciudad, era originaria una tal Ana, una vieja pobre, pero de grandes recursos. Con el pelo canoso ceñido por una mitra de poco peso, aderezaba tortas rústicas con sus manos temblonas, y de este modo, humeantes todavía, solía repartirlas entre el pueblo por la mañana. Tal abastecimiento resultaba grato a la gente. Cuando se hizo la paz en la ciudad, levanta-

[262] Azánida, que aparece también en el himno homérico a Apolo (v. 209), y que sería la náyade Hagno, hija de Azán, hijo, a su vez, de Arcas y Erato.

ron una estatua a Perenna por haberles ayudado cuando estuvieron necesitados.

Ana y Marte

Ahora me queda por decir por qué las muchachas cantan canciones obscenas; pues efectivamente se reúnen y cantan determinadas chocarrerías. Hacía poco que la habían declarado diosa. Gradivo se llegó a Ana y, llamándola aparte, tuvo con ella el siguiente coloquio: «Se te venera durante mi mes; he unido mi estación contigo; tengo grandes esperanzas en el servicio que puedes hacerme. Portador de armas como soy, me abraso absorto en el amor de Minerva, portadora de armas, y desde largo tiempo alimento esta herida. Haz que ella y yo, dioses de funciones parejas, podamos unirnos. Esta misión te cuadra bien a ti, amable vieja». Esto dijo. Ella engañó al dios con una promesa vana y con sospechosas tardanzas daba largas a su necia esperanza. Ante la insistencia del dios, le dijo: «He realizado tu encargo; ella ha sido conquistada y al fin ha respondido a tus ruegos». El enamorado lo creyó y preparó la alcoba. A ella acudió Ana, como la novia que iba a casarse, con la cara cubierta. Al ir a darle un beso, Marte vio de pronto a Ana: ya la vergüenza de haber sido engañado, ya la rabia, le entró al dios. La nueva diosa se rió del enamorado de su querida Minerva, y ninguna otra cosa fue más agradable a Venus que ésta. A partir de entonces se cantan chanzas antiguas y palabras obscenas y produce regocijo que Ana hubiese engañado a un gran dios.

Muerte de César

Iba a pasar en silencio las espadas que se clavaron en el príncipe [263], cuando Vesta me habló desde su casto hogar de la siguiente manera: «No dudes recordarlo; aquél era mi sacerdote [264]. Manos impías fueron a buscarme armadas. Pero yo quité de en medio al hombre y no dejé sino su imagen. La sombra de César fue la que sucumbió al hierro». Él, por su parte, vio los atrios de Júpiter, instalándose en el cielo, y tiene un templo dedicado en el gran foro. ¡Ay!, pero todos los que se atrevieron al sacrificio con la prohibición de la voluntad divina y mancharon su cabeza de pontífice, yacen con muerte merecida. Son testimonio Filipos [265] y aquellos cuyos huesos desperdigados blanquearon la tierra. Ésta fue la primera obra, el primer gesto de amor filial, los primeros cimientos del César: vengar a su padre con armas justicieras.

Día 16: *Escorpión*

Cuando la aurora del día siguiente reavive las tiernas hierbas, se podrá ver a Escorpión en su primera parte.

Día 17: *La Fiesta de Baco*

El tercer día después de las Idus es la celebración mayor de Baco: asiste al poeta, Baco, mientras canto tu festival. Pero no voy a hablar de Sémele [266]: si Júpiter no le hubiera llevado rayos consigo, habrías sido un pequeño indefenso. Ni tampoco de que, para

[263] Julio César.

[264] En el año 63 a. C. César fue nombrado Pontífice Máximo, que tiene mucha relación con el templo de Vesta.

[265] Todos los conspiradores que asesinaron a Julio César perecieron en el término de tres años. Filipos fue el lugar de una brillante victoria de Augusto.

[266] Véase n. 246 al v. 504.

que pudieses nacer como un muchacho a su debido tiempo, la función de la madre fue completada con el cuerpo del padre. Es largo contar los triunfos sobre los sítones [267] y los escitas y la dominación de tus pueblos, indio cargado de incienso. Tampoco hablaré de ti [268], cuando fuiste mala presa de su madre tebana, ni de Licurgo, a quien las Furias empujaron contra su propia rodilla [269]. He aquí que me gustaría hablar de los peces repentinos y de los prodigios tirrenos [270], pero no es objeto de este poema. El objeto de este poema es exponer las causas por las que una humilde vieja vocea sus tortas entre la gente. Antes de tu nacimiento, Líber, los altares estaban sin honores y se encontraba hierba en los fuegos fríos. Cuentan que tú apartaste las primicias para el gran Júpiter, una vez sometido el Ganges y todo el Oriente. Tú fuiste el primero en ofrecerle cínamo e incienso que habías confiscado y las entrañas braseadas de un buey paseado en triunfo. Del nombre de su iniciador llevan el nombre las libaciones *(libamina)* y las tortas *(liba)*, porque, a ejemplo suyo, se asigna una parte a los sagrados fuegos. Se hacen tortas para el dios porque también él se alegra con los juegos dulces y se dice que Baco descubrió la miel. Marchaba desde el Hebro arenoso, en compañía de los sátiros (mi narración tiene también bromas agradables), y ya habían llegado al Ródope y al flori-

[267] Pueblo del sur de Macedonia.

[268] Se refiere a Penteo, rey de Tebas, quien, por no creer en el dios Baco, fue despedazado por su madre Ágave y las demás bacantes.

[269] Licurgo era rey de los edonios —pueblo tracio—, que, por insultar a Baco, se volvió loco y mató a su hijo, después de lo cual se cortó las piernas por la rodilla.

[270] Los piratas tirrenos capturaron a Baco, quien los convirtió en delfines.

do Pangeo [271]. En las manos de los acompañantes resonaron los címbalos. He aquí que unos nuevos alados se reunieron atraídos por el estrépito, y los chasquidos que promovía el cobre los seguían las abejas. Líber las recogió de su vagabundeo y las encerró en un árbol hueco, y recibió la recompensa de haber hallado la miel. Cuando los sátiros y el ágil viejo [272] gustaron el sabor, buscaban por todo el bosque los rubios panales. Oyó el viejo el zumbar de un enjambre en un olmo carcomido, vio también las ceras, y se hizo el desentendido. Y conforme estaba sentado indolentemente a lomos de un asnillo pandeado, lo arrimó al olmo y a su tronco hueco. Él a su vez se acomodó, apoyado encima del tronco ramoso, y buscó codiciosamente la miel escondida en el tronco. Miles de zánganos se juntaron y clavaron sus aguijones en su cabeza monda y dejaron sus marcas en la cara achatada. Cayó de cabeza, y le hirió el asno con los cascos, y llamó a gritos a los suyos, implorando auxilio. Los sátiros llegaron corriendo y se echaron a reír de la cara tumefacta del padre. Como se había golpeado la rodilla caminaba cojeando. El mismo dios se rió, e hizo señas de que le pusieran barro. Uno de ellos obedeció el consejo y le untó la cara de barro. El padre [273] disfruta de la miel y con justicia ofrecemos a su descubridor mieles rubias incorporadas en la torta caliente. Por qué la amasa una mujer, no es de ciencia secreta: él estimula con el tirso coros de mujeres. ¿Me preguntas por qué hace esto una vieja? Nuestra época es proclive al vino y gusta del don de la vid pesante. ¿Por qué se ciñe de hiedra?

271 El Hebro era el río más grande de Tracia; el Ródope y el Pangeo, dos de sus montañas.

272 Sileno, compañero de los sátiros.

273 Líber o Baco.

La hiedra es lo más agradable a Baco; decir también por qué es esto así no lleva ningún tiempo. Cuentan que las ninfas de Nisa, en ocasión en que la madrastra [274] buscaba al niño, pusieron delante de la cuna ramas de hiedra. Me resta descubrir por qué se da a los niños la toga de la libertad en tu día, Baco refulgente. Será, bien porque tú pareces siempre un niño o un joven, y tu edad es intermedia entre el uno y el otro, o bien porque tú eres padre y los padres encomiendan a sus hijos, sus prendas queridas, a tu cuidado y protección. O bien porque eres Líber se echa mano también en tu nombre de un vestido de libertad y se emprende el camino de una vida más libre. ¿O será porque, cuando los primitivos cultivaban los campos con mucho empeño, y el senador realizaba su trabajo en el campo paterno, y el cónsul tomaba las insignias nada más abandonar el corvo arado, y no era baldón tener las manos endurecidas, el pueblo campesino venía a la ciudad al festival (pero aquel honor se concedía a los dioses, no al favor popular): en su día celebraba el descubridor [275] los juegos de la uva, que ahora comparte con la diosa que lleva la antorcha [276] con el objeto de que la multitud pudiese festejar al bisoño, pareció que ese día no era inapropiado para dar la toga? ¡Padre, dirige aquí tu amable cabeza y tus cuernos aplacados, y despliega favorablemente las velas de mi inspiración!

Van a los Argeos (quiénes sean, lo dirá la página correspondiente) [277] este día, si recuerdo bien, y el día anterior.

274 Juno.

275 Baco.

276 Ceres.

277 *Fastos* V 621 ss.

El Milano

La estrella del Milano [278] se orienta de arriba abajo en dirección o la Osa Licaonia [279]. Esa noche llega a aparecer. Si quieres saber qué es lo que le dio el cielo al ave: Saturno había sido expulsado de su reino por Júpiter; encolerizado, incitó a las armas a los poderosos Titanes y ensayó el recurso que le era debido por el Hado. Había un toro, nacido de la madre Tierra, un monstruo maravilloso, cuya parte posterior era serpiente. La violenta Estige, por consejo de las tres Parcas [280], lo había encerrado con un triple muro en un bosque tenebroso. Existía el oráculo de que aquel que entregase las entrañas del toro para que las quemaran las llamas, podría vencer a los dioses eternos. Briareo [281] le dio muerte con un hacha fabricada en diamante, y estaba a punto de dar las entrañas a las llamas. Júpiter ordenó a las aves robarlas; un milano se la llevó a Júpiter y por merecimiento propio llegó a las estrellas.

Día 19: *Quincuatro*

Pasa un día por medio y se celebra la ceremonia de Minerva, que lleva el nombre de una tirada de cinco días [282]. El primer día está exento de sangre y no se permite concurrir con armas. El motivo es que ese día nació Minerva. Los cuatro restantes se festejan

[278] Desconocida, por lo demás.

[279] Calisto. Véase II 155.

[280] Son las que tejen y destejen el destino de los hombres, equivalentes a las Moires griegas. Sus nombres son: Cloto, Láquesis y Átropo.

[281] Uno de los tres gigantes primitivos de la tierra, dotado de cien brazos.

[282] Error de Ovidio: la ceremonia tenía lugar en un solo día, llamado *Quinquatrus*, el 19 de marzo. Por otra parte, al parecer la fiesta era de Marte, más que de Minerva.

sobre un pavimento de arena. La belicosa diosa se pone contenta de ver las espadas desenvainadas. Ahora rezad a Palas, tiernas muchachas y muchachos: el que aplaque bien a Palas será una persona instruida. Que las muchachas aprendan a cardar la lana, una vez aplacada Palas, y a descargar las ruecas llenas. Ella también enseña a recorrer la urdimbre estirada con la lanzadera y espesa las madejas espaciadas con el peine. Sé devota de ésta si quitas las manchas a los vestidos estropeados; sé devota de ésta quienquiera que preparas un barreño de bronce para los vellones. Si Palas es contraria, nadie hará bien las correas de un zapato, aunque el tal sea más mañoso que Tiquio [283]. Y aunque se compare en la habilidad de las manos y saque ventaja al antiguo Epeo [284], si Palas está irritada, será manco. También vosotros, los que elimináis las enfermedades con el arte de Febo, traed unos pocos regalos de lo vuestro a la diosa. Ni vosotros, maestros, un grupo casi privado de censo, la despreciéis: ella atrae nuevos discípulos; y tú, que le das al cincel y pintas cuadros con colores al incausto, y tú, que con hábil mano das formas suaves a las piedras. Es diosa de mil ocupaciones. Desde luego, es la diosa del poema; si me lo merezco, que asista a mis afanes amigablemente.

Por donde el monte Celio desciende desde su altura al llano, donde el camino no es liso, pero casi liso, puede ver la pequeña ermita de Minerva Capta, la cual comenzó a tener la diosa el día de su nacimiento. La razón del nombre está en duda. A un carácter ingenioso lo llamamos

[283] Se creía que el oficio de zapatero lo inventó un tal Tiquio, natural de Beocia.

[284] Según se creía, este Epeo había construido el caballo de madera con el que los griegos entraron en Troya.

«capital»: la diosa es ingeniosa. ¿O porque se cuenta que surgió sin madre y con su escudo de la cabeza de su padre [285]? ¿O porque llegó a nosotros como una cautiva después de la derrota de los faliscos? Esto es precisamente lo que muestra una inscripción antigua. ¿O porque tiene una ley que ordena que los robos cometidos en aquel lugar sufran la última pena? Por el sistema que sea como has recibido el nombre, Palas, mantén siempre el escudo delante de nuestros conductores.

Día 23

El último día de los cinco nos invita a purificar las trompetas cantarinas y a sacrificar en honor de la valerosa diosa.

(*Día* 22): *El Carnero*

Ahora puedes levantar la vista al sol y decir: «Ayer puso las plantas sobre los vellones del Carnero de Frixo [286]». Por el engaño de una madrastra criminal [287] habían sido quemadas las semillas, y la hierba no había alzado, como es su costumbre, sus hojas. Enviaron al trípode a quien trajese de vuelta como oráculo certero un informe sobre qué ayuda ofrecía el délfico a la tierra estéril. Pero el mensajero, corrompido como la simiente, anunció que el oráculo exigía la muerte de Hele y del joven Frixo. Y cuando los ciudadanos, el tiempo e Ino impulsaron al rey, que se negaba, a aceptar la orden despiadada, Frixo y la hermana, con las sienes ceñidas de cintas, aparecieron simultáneamente delante del altar, lamentando su común destino. La madre [288], conforme colgaba por casualidad del éter, los vio, y con las manos aturdidas hirió el pecho desnudo y saltó, acompañada de los nimbos, a la ciudad criadora del dragón [289] y sacó de allí a sus hijos. Y para que emprendiesen la huida les entregó un carnero reluciente en oro. Él los transportó a los dos a través de largos mares. Se cuenta que la mujer había sujetado un cuerno con su débil izquierda, en el momento en que dio su nombre a las aguas. Casi murió a un tiempo el hermano, al querer socorrerla, cuando resbaló, y mantener extendidas insistentemente las manos. Lloraba como si hubiera perdido la consorte del peligro común, sin saber que se había unido al dios verdemarino. Al tocar la costa el carnero se convirtió en estrella, pero su dorada lana llegó hasta las mansiones cólquidas.

[285] Atena, con la que se identifica la romana Minerva, nació armada de la cabeza de Zeus. Ovidio sugiere absurdamente que Capta se relaciona con *caput*, «cabeza».

[286] Es decir, que el sol entró en la constelación del Carnero. Se le llama de Frixo porque éste y su hermana, Hele, cabalgaron sobre sus lomos.

[287] Ino. Véase II 628.

Día 26

Cuando la Aurora al llegar haya echado delante a tres luceros del alba, echarás de ver que el tiempo del día es igual al de la noche.

Día 30

Cuando el pastor haya encerrado cuatro veces a partir de ese día a sus cabritillos hartos y las hierbas se hayan blanqueado cuatro veces con el rocío fresco, será el momento de adorar a Jano y con él a la amable Concordia, y a la Salud romana y al altar de la Paz.

Día 31: *la Luna*

La luna regula los meses. También los días de este mes los termina la luna, que hay que adorar en la colina aventina.

[288] Néfele, que significa «neblina».

[289] Tebas.

LIBRO IV

ABRIL

Sinopsis: Proemio (1-18). Venus y Roma. La Genealogía (19-60). El mes de abril. Afrodita (61-84). Abril viene de abrir *—aperire—* (85-132). — Día 1: Venus Cambiacorazones (133-164). — Día 2: Las Pléyades (165-178). — Día 4: La Gran Madre del Ida (179-222). Atis (223-246). Llegada de la Gran Madre a Roma (247-292). Claudia (293-348). El culto de la Gran Madre (349-372). — Día 5 (373-376). — Día 6: La victoria de Tapso (377-386). — Día 9: Orión (387-388). — Día 10: Final del culto a la Gran Madre (389-392). — Día 12: La Fiesta de Ceres (393-416). El rapto de Prosérpina (417-506). Eleusis y Triptólemo (507-620). — Día 13 (621-624). — Día 14: La victoria de Módena (625-628). — Día 15: Forda: sacrificio de una vaca (629-640). Oráculo de Fauno (641-672). Augusto, emperador (673-676). — Día 17: Las Híadas (677-678). — Día 18: Fin de la Fiesta de Ceres (679-712). — Día 20: El Carnero (713-720). — Día 21: La Fiesta de Pales (721-806). El nacimiento de Roma (807-862). — Día 23: Los *Vinalia* (863-900). — Día 25: El Carnero. Sirio (901-904). El Tizón: *Robigalia* (905-942). — Día 28: Flora (943-954).

Proemio

«¡Madre nutricia [290] de los Amores gemelos, favoréceme!», dije yo. Ella volvió la cara al poeta, diciendo: «¿Qué tienes tú conmigo? Cosas más importantes cantabas, desde luego. ¿Acaso guardas una vieja herida en tu tierno pecho?». «Tú sabes de mi herida»,

[290] Venus.

respondí. Se echó a reír, y al instante el cielo estaba sereno por aquella parte. «Herido o sano, ¿acaso he abandonado tus signos? Tú siempre, tú siempre has sido la obra que me he propuesto. En los años primeros me ejercité, sin mengua de nadie, en lo que entonces convenía. Ahora mis caballos trillan en una era mayor. Los tiempos y sus causas, extraídos de los viejos Anales, y los astros que salen y se deslizan bajo la tierra canto. Hemos llegado al cuarto mes, en el que es tu celebración mayor. Sabes, Venus, que el poeta y el mes son tuyos». Emocionada, tocó ligeramente mis sienes con el arrayán de Citera [291] y dijo: «Acaba la obra que has emprendido». Yo comprendí, y al punto se revelaron las explicaciones de los días. En tanto es posible y soplan los vientos, que marche mi barco.

Venus y Roma. La Geneología

Sin embargo, si alguna parte de los Fastos han de tocarte, César, en abril tienes lo que te concierne. Este mes ha llegado hasta ti [292] a lo largo de una magna genealogía y, gracias a tu nobleza de adopción, se ha hecho tuyo. Esto lo vio el padre ilíada [293], al describir el largo año, y conmemoró a los autores de su linaje. Y así como dio el primer puesto de la fila al feroz Marte, por haber sido la causa próxima de su nacimiento, de la misma manera quiso que Venus, descubierta entre la prole a través de muchas generaciones, tuviese el puesto del segundo mes [294]. Y al buscar el comienzo de su linaje y los siglos que habían pasado, llegó hasta los dioses parientes. ¿En qué cabeza cabe que no supiera él que Dárdano había nacido de la atlántida Electra y que Electra había yacido con Júpiter? De Dárdano, Erictonio, y de éste nació Tros, el cual engendró a Asáraco, y Asáraco a Capis. El siguiente fue Anquises, con quien Venus no tuvo a mal compartir el nombre de los que engendran. De ellos nació Eneas, ejemplo de piedad, que sacó de entre las llamas los objetos sagrados y a su padre a hombros, otro objeto sagrado. Por fin hemos llegado al feliz nombre de Iulo, desde el cual la casa julia se remonta a los abuelos troyanos. De él procede Póstumo, a quien, por haber nacido en las altas selvas, llamaron Silvio entre las gentes latinas. Y éste es tu padre, Latino. A Latino le sigue Alba. El más cercano a tus títulos, Alba, es Épito, el cual puso a Capis el nombre, reaparecido, de Troya, y es el mismo que se convirtió en tu abuelo, Cálpeto. Y cuando Tiberino ocupaba el reino de su padre, después de Cálpeto, se dice que se ahogó en un remolino del agua etrusca. Sin embargo, había visto ya a su hijo Agripa y a su nieto Rémulo. Pero a Rémulo, según dicen, le cayó un rayo. Detrás de éstos llegó Aventino, por lo que un lugar y un monte se llaman así. Después de él, el reino se transmitió a Proca, a quien sigue Númitor, hermano del duro Amulio. De Númitor nacieron Ilia y Lauso [295]. Lauso sucumbió por la espada de su tío paterno. Ilia agradó a Marte y te engendró a ti, Quirino, junto con tu hermano gemelo, Remo. Aquél llamó siempre padres a Venus y a Marte y mereció que su afirmación fuera creída. Y para que los descendientes que le siguieran no pudiesen ignorarlo, asignó períodos sucesivos a los dioses de su raza.

[291] Véase III 611. El arrayán o mirto es el árbol de Venus.

[292] Augusto desciende de Eneas, hijo de Venus.

[293] Rómulo, descendiente de troyanos (ilíadas).

[294] En el año viejo abril era el segundo mes, porque marzo era el primero.

[295] Larga lista de los reyes latinos antiguos. De manera parecida la narra Tito Livio en su *Historia*.

El mes de abril: Afrodita

Pero yo adivino que el mes de Venus recibió su denominación de la lengua griega [296]; la diosa fue llamada en base a la espuma del mar. Y no te resulte sorprendente que una cosa se llame con nombre griego, pues la tierra ítala era la Magna Grecia. Había llegado Evandro con una escuadra repleta de los suyos, había llegado el Alcida [297], ambos griegos de origen (avecindado el portador de la clava, apacentó la vacada en los pastos aventinos, y un dios tan grande bebió en el Álbula); también el caudillo neritio [298]. En testimonio se alzan los lestrígones [299] y la costa que todavía tiene el nombre de Circe. Y ya se habían levantado las murallas de Telégono [300], ya las del húmedo Tívoli, que construyeron manos argivas. Había llegado Haleso [301], perseguido por el hado del Atrida. De aquél cree la tierra falisca haber tomado su nombre. Añade a Anténor [302], que había aconsejado la paz en Troya, y a tu yerno Enida [303], ápulo Dauno. Tiempo después del incendio de Troya, y después de Anténor, Eneas trajo los dioses a nuestros lugares. Compañero suyo era Sólimo [304], del Ida frigio, por quien llevan el nombre las

[296] Véase I 39.

[297] Hércules.

[298] Ulises, así llamado por el monte Neritio, en Ítaca, de donde procedía.

[299] Fundadores de Formias, en la costa del Lacio.

[300] Véase III 93.

[301] Hijo bastardo de Agamenón, que fundó la ciudad de Falerii, en Etruria.

[302] Era un troyano que había indicado a los suyos, durante el asedio de Troya, que devolviesen a Helena y se hiciese así la paz.

[303] Diomedes, hijo de Tideo y nieto de Eneo, que llegó a Italia y ayudó al rey Dauno contra los mesapios.

[304] Nombre probablemente inventado por Ovidio para explicar el de Sulmo o Sulmona, en Italia central, patria del poeta.

murallas de Sulmona, la helada Sulmona, Germánico, mi patria. ¡Desgraciado de mí, cuán lejos está ella del suelo escítico! Así que yo tan lejos [305]... (pero, ¡suprime las quejas, Musa!: no voy a cantar tus ritos con lira triste).

Abril viene de abrir («aperire»)

¿Adónde no alcanza la envidia? Hay quienes querrían arrebatarte el honor del mes y te miran con malos ojos, Venus. Pues, dado que la primavera abre entonces todo y cede la intensa aspereza del frío y la tierra fecunda se abre, dicen que se llamó abril por la estación abierta [306], mes que reivindica la nutricia Venus, poniendo su mano en él. Ella, desde luego, gobierna —y bien lo merece— el mundo entero; su reino no es inferior al de ningún dios, e impone sus leyes al cielo, la tierra y las aguas que la vieron nacer, y con su llegada conserva toda especie. Ella creó a todos los dioses (es largo enumerarlos); ella dio sus orígenes a los sembrados y a los árboles; ella condujo a la unión el carácter selvático de los hombres y enseñó a cada cual a juntarse con su pareja. ¿Qué crea toda la especie de los pájaros sino el suave placer? Tampoco las reses se unirían si faltase el amor ingrávido. El brutal carnero se cornea con otro macho; pero sin embargo evita dañar la frente de la oveja a la que quiere. Abandonando su fiereza, va tras la novilla el toro, ante el que tiemblan las enteras breñas y todos los bosques. La misma fuerza preserva a todo lo que vive en el fondo del ancho mar y llena las aguas de peces sin cuento. Venus fue la primera en despojar al hombre de sus costumbres fieras; gracias a ella llegaron el arreglo y la limpieza cuida-

[305] Ovidio se halla en este momento en su destierro, en tierras de los escitas, junto al Ponto Euxino.

[306] Sugiere ahora que abril proviene de *aperire*, que significa «abrir».

da de sí mismos. Se cuenta que el primer enamorado, al que se le había negado la noche, cantó su canción en vela ante la puerta cerrada y fue su meta conciliarse con ruegos a una muchacha dura, y cada cual era elocuente en defensa de su propia causa. Por su mediación se promovieron mil artes. Cuentan que muchas cosas que antes estaban ocultas se descubrieron por el afán de agradar. ¿Puede nadie osar despojarla del título del segundo mes? Lejos de nosotros esa locura. ¿Qué decir del hecho de que, potenciada en todas partes y agasajada con numerosos templos, no obstante, en nuestra ciudad tiene la diosa mayores títulos? Por tu Troya, romano, empuñaba las armas Venus, cuando, herida por una lanza en su tierna mano, dio un grito de dolor. En el juicio del troyano derrotó a las dos diosas [307] (¡ay, no querría recordarles esto a las celestiales vencidas!), y fue llamada nuera de Asáraco [308], con el objeto, a saber, de que andando el tiempo el gran César tuviera antepasados de la sangre de Iulo. Y ningún tiempo era más apropiado para Venus que la primavera. En primavera relucen las tierras, en primavera está el campo blando; ahora rompen la tierra y levantan sus guías las plantas, ahora brotan las yemas de la vid en la corteza hinchada. Y la hermosa Venus es digna de una estación hermosa, y como suele hacerlo, acompaña a su querido Marte. En primavera aconseja a los bajeles curvilíneos surcar los mares de que ella nació y dejar de temer ya las amenazas del invierno.

[307] El juicio de la manzana de la discordia entre las diosas Venus, Juno y Minerva (es decir, Afrodita, Hera y Atena) fue decidido por Paris, quien asignó la manzana a Venus.

[308] Quiere decir que Venus fue la prometida de Anquises, padre de Eneas. En realidad, Anquises no era hijo de Asáraco, sino nieto.

Día 1: *Venus Cambiacorazones*

Como es debido adoráis a la diosa las madres y las nueras del Lacio y vosotras, a las que os faltan las cintas y la túnica talar [309]. Quitadle los collares de oro de su cuello de mármol, quitadle los tesoros. De pies a cabeza hay que lavar a la diosa. Así que el cuello esté seco, ponedle otra vez los collares de oro. Ahora hay que ofrecerle otras flores, ahora, una rosa nueva. Ella exige que también vosotras os bañéis bajo un arrayán verde. El motivo de su exigencia (¡aprendedlo!) está a mano y es seguro. Estaba secándose desnuda el pelo chorreante de rocío en la playa. Los sátiros, gente desvergonzada, vieron a la diosa. Ella se dio cuenta y cubrió su cuerpo detrás de un arrayán. Con tal acción se encontró a salvo y exige que vosotras la repitáis. Aprended ahora por qué ofrecéis incienso a la Fortuna Viril en el sitio que rezuma agua caliente [310]. Sin ropa están todas las mujeres en tal sitio y ve cualquier defecto de sus cuerpos desnudos. La Fortuna Viril proporciona cómo ocultar el defecto y esconderlo ante los hombres, y esto hace si se le pide con un poco de incienso. No se vea como una vergüenza tomar adormidera triturada con leche blanca como la nieve y miel licuada de panales escurridos. La primera vez que Venus fue conducida ante su deseoso marido, bebió esto: desde ese momento fue una novia. Atraéosla con palabras suplicantes. Bajo su guía se conservan la belleza, las costumbres y la buena fama. En la época de nuestros antepasados, Roma se desvió del pudor. Los viejos consultaron a la anciana de Cumas [311]. Ésta ordenó que se construyera un templo a Venus, el cual hecho al punto, Venus tomó desde ese ins-

[309] Son las cortesanas, que no podían llevar la *stola* ni las cintas.

[310] Los baños públicos en que se bañaban los hombres de clase inferior.

[311] La Sibila, que poseía una gruta en Cumas, en la costa napolitana.

tante el nombre de Cambiacorazones *(Verticordia).* Mira siempre con rostro apacible, hermosísima diosa, a los hijos de Eneas y protege a tantas nueras tuyas. Mientras hablo, Escorpión, temible por el aguijón de su cola empinada, se ha zambullido en las aguas verdes.

Día 2:
Las Pléyades

Cuando haya pasado la noche, y tan pronto como el cielo comience a enrojecer, y los pájaros transidos de rocío se pongan a quejarse, y el caminante, que se ha pasado la noche en vela, deje la antorcha medio quemada, y el campesino marche a su ocupación habitual, las Pléyades comenzarán a aliviar los hombros de su padre [312]. Generalmente dicen que son siete, pero habitualmente son seis. Bien porque seis de ellas llegaron a abrazarse con los dioses (pues cuentan que Estérope se acostó con Marte, Alcíone y tú, hermosa Celeno, con Neptuno, y Maya, Electra y Taígete, con Júpiter); la séptima, Mérope, se casó con un mortal: contigo, Sísifo [313]; se arrepintió y, de vergüenza por su acción, es la única que permanece oculta. O bien porque Electra no soportó ver las ruinas de Troya, y se puso delante de los ojos la mano.

Día 4:
La Gran Madre
del Ida

Deja que el cielo dé tres vueltas sobre su eje incesante, deja que Titán unza tres veces y tres veces desunza los caballos: al instante sonará la flauta berecintia de tubos retorcidos y será el Festival de la Madre del Ida [314]. Se echarán a caminar unos afeminados

312 Se creía que las Pléyades eran hijas de Atlas, que soportaba en sus hombros la bóveda celeste. Al ponerse las Pléyades, parece que hacen descansar al héroe.

313 Fue el más astuto de los mortales, e hijo de Éolo. En el Hades fue condenado a una tarea que se repetía eternamente.

314 Es Cíbele (nombre deteriorado posteriormente en Cibeles), la dio-

y golpearán los huecos tambores, y los bronces, golpeados por bronces, emitirán su timbre. La diosa será llevada a horcajadas sobre el blando cuello de la comitiva por las calles del centro de la ciudad, recibiendo hurras. Resuena la escena y los juegos nos llaman. Mirad el espectáculo, quirites, y que los foros litigantes se hallen libres de sus contiendas. Me gustaría informarme de muchas cosas, pero el sonido del agudo bronce me aterra, y el loto encorvado [315] con su sonido escalofriante. «Dame, diosa, a quién preguntar». Cíbele vio a sus instruidas nietas [316] y les encargó dispensarme esta atención. «Acordaos del encargo y reveladme, criaturas del Helicón, por qué la gran diosa se regocija con el persistente sonido». Esto dije yo. Érato [317] (el mes citereo está concedido a ella, por llevar el nombre del amor tierno) dijo lo siguiente: «A Saturno le habían dado este oráculo: 'Sumo rey, tu hijo te arrancará el cetro'. Él, temeroso de su descendencia, la iba devorando conforme iba saliendo, y la llevaba engullida en sus entrañas. Rea se quejó muchas veces de haber estado tantas veces embarazada y no ser madre nunca, y se dolió de su fertilidad. Júpiter había nacido (creemos en la antigüedad como testimonio principal; abstente de remover la fe recibida). Una piedra que llevaba oculta en la ropa penetró a través de la garganta del dios: así había de ser burlado

sa asiática llamada la Gran Madre, cuyo Festival y ceremonias fueron introducidos en Roma en el año 204 a. C. El Festival se llamaba *Megalensia* (del griego *megale,* «grande»). Flauta berecintia vale como frigia, de donde proviene la diosa.

315 La flauta, fabricada con madera de loto.

316 Las musas, por cuanto hijas de Zeus, hijo a su vez de Rea, que era identificado con Cíbele.

317 Este nombre proviene de eros o amor. El mes citereo es el mes de abril, o de Venus de Citera. Véase III 611.

el padre por el destino. Desde hace tiempo resuena el escarpado Ida al son de la música, para que el niño dé sus vagidos tranquilo, con su boca balbuciente. Unos golpean con bastones, los escudos, otros, los cascos huecos. De aquello se encargan los curetes, de esto, los coribantes [318]. Se guardó el secreto, y queda la imitación del hecho primitivo. La comitiva de la diosa agita los bronces y las roncas pieles; en vez de cascos, aporrean platillos, y, en vez de escudos, tambores. La flauta sigue tocando, como tocaba antes, la melodía frigia». Había terminado. Yo comencé: «¿Por qué la hosca raza de los leones le ofrece sus crines para los arqueados yugos, a los que no están acostumbrados?». Yo había terminado. Ella comenzó: «Se admite que por mediación de ella se ablandó su fiereza; de lo cual ha dado testimonio con su carro» [319]. «Mas, ¿por qué lleva adornada la cabeza con una corona portadora de torres? ¿Es que acaso dio ella torres a las primeras ciudades?». Asintió. «¿De dónde procede —dije yo— el impulso de cortarse los miembros?». Una vez que guardé silencio, comenzó la Piéride a decir:

Atis

«Atis, el muchacho frigio, de aspecto digno de ver, sedujo con casto amor en las selvas a la diosa que lleva las torres. Fue su voluntad reservárselo para sí, que cuidase su templo, y le dijo: «Haz por querer ser siempre muchacho». Él prometió lealtad a lo que se le había ordenado, y dijo: «Si miento, que ese amor por el que rompa mi palabra sea el último». Rompió la

[318] Curetes y coribantes se encargaron de hacer sonar sus instrumentos en torno al infante Júpiter, para que su padre, Saturno, no oyese sus vagidos.

[319] La Gran Madre era transportada en un carro tirado por leones.

palabra, y por la ninfa Sagarítide [320] dejó de ser lo que había sido. Desde ese instante la cólera de la diosa reclamó el castigo. Cortó a la náyade haciendo heridas en el árbol, y aquella murió: el destino de la náyade era el árbol. Atis enloqueció, y creyendo que se venía abajo la techumbre de su cuarto, salió a escape y se encaminó corriendo hacia la cima del Díndimo. Unas veces gritaba: «Retira las antorchas», y otras: «Aparta los látigos». Una y otra vez juraba que estaban junto a él las diosas palestinas. Además se mutiló el cuerpo con una piedra aguzada, y su largo pelo se arrastró por el polvo sucio, y fueron sus palabras: «¡Me lo he merecido! Con mi sangre sufro el castigo merecido. ¡Ay! ¡Mueran las partes que me han hecho daño! ¡Ay, mueran!», estaba diciendo todavía; eliminó la carga de su entrepierna, y al instante no quedaron señales ninguna de virilidad. Esta locura se convirtió en ejemplo, y los muelles oficiantes cortan sus viles miembros, dejando flotar su cabellera». Con tales palabras replicó la voz elocuente de la Camena aonia a mi pregunta por la razón de la locura.

Llegada de la Gran Madre a Roma

«También te pido que me enseñes, guía de mi obra, adónde fueron a buscarla, de dónde vino. ¿O estuvo siempre en nuestra ciudad?». «La Madre amó siempre a Díndimo y Cíbele, y a Ida [321] de fuentes encantadoras y la opulencia de Ilio: cuando Eneas se trajo Troya a los campos ítalos, la diosa casi siguió los barcos que llevaban los objetos sagrados, pero había comprendido que los Hados no reclamaban todavía su divinidad para el Lacio, y se quedó en el lugar acostumbrado.

[320] Desconocida, por lo demás.

[321] Tres montañas de Frigia en Asia Menor. Del nombre del monte Cíbele deriva el nombre de la diosa.

Más tarde, cuando Roma había visto ya cinco siglos con recursos poderosos y levantó la cabeza por el mundo conquistado, la sacerdotisa escudriñó las palabras sobre el destino en el poema euboico [322]. Lo que había escudriñado dicen que fue lo siguiente. «La Madre está ausente; buscar a la Madre es lo que te ordeno, romano. Cuando venga, hay que recibirla con manos puras». Los padres se extraviaron en los circunloquios del oscuro oráculo, sin saber qué madre es la que estaba ausente, ni en qué lugar había que buscarla. Consultaron a Peán, que les dijo: «Id a traer a la madre de los dioses; habéis de encontrarla en la cima del Ida». Enviaron a los próceres. Átalo ostentaba entonces el cetro de Frigia. Éste obstaculizó su misión a los hombres de Ausonia. Voy a cantar cosas milagrosas. La tierra tembló con retumbar prolongado, y la diosa habló desde su profundo santuario del modo siguiente: «Yo misma he querido que me busquen; no haya trabas, déjame, que es lo que quiero. Roma es un lugar digno de que cualquier dios vaya a ella». Espantado por el temor a sus palabras, dijo Átalo: «Vete, seguirás siendo nuestra. Roma se remonta a los antepasados troyanos». Al punto, hachas sin cuento talaron los pinares aquellos de que se había servido el piadoso frigio [323] al huir. Se juntaron mil brazos y un bajel cóncavo pintado con colores al incausto albergó a la madre de los celestes. Viajó ella bien salvaguardada por las aguas de su hijo y llegó a las extensas lagunas de la hermana de Frixo [324] y cruzó el absorbente Reteo y las

[322] Los libros sibilinos. Cumas, de donde era la Sibila, fue fundada por ciudadanos de Calcis de Eubea.

[323] Eneas.

[324] El Helesponto, o mar de Hele, hermana de Frixo. Véase III 853.

costas de Sigeo y Ténedos, y el viejo señorío de Eetión [325]. Recibiéronla las Cícladas, después de dejar Lesbos a la espalda, y las aguas que baten los bajíos de Caristo [326]. Cruzó también el mar Icario, donde Ícaro perdió las alas al derretírsele, y dio nombre a la vasta masa de agua. A continuación, dejó a la izquierda a Creta y a la derecha las aguas de Pélope [327], y llegó a Citera, santuario de Venus. Desde allí, pasó por el mar trinacrio —donde Brontes, Estéropes y Acmónides [328] suelen templar el hierro candente— y los mares africanos. Vio por los remos de estribor los reinos de Cerdeña, y arribó a Ausonia. Había tocado Ostia, en donde el Tiberino se divide para entrar en el mar y fluye por un campo más libre.

Claudia

Todos los caballeros y el grave senado, mezclados con la plebe, salieron a su encuentro a la desembocadura del río etrusco. Avanzaron a compás las madres, y las hijas y las nueras, y las que con su virginidad honran los fuegos sagrados. Los hombres cansan sus brazos leales con las maromas tensas; con esfuerzos remonta la corriente adversa la nave forastera. La tierra había estado seca mucho tiempo, la sed había quemado las plantas. La quilla se encalló, aplastada en el cauce cenagoso. Todos los que estaban metidos en el trabajo se esforzaban más de lo que les correspondía, ayudando también con sus gritos a los valientes brazos. La nave estaba encajada como una isla inamovible en medio del ponto; los

[325] Reteo es una ciudad de Troya. Ténedos, una isla cercana a la misma. Eetión fue el padre de Andrómaca, mujer de Héctor.

[326] Ciudad al sur de Eubea.

[327] Al sur del Peloponeso.

[328] Los tres cíclopes del Etna.

hombres, estupefactos ante el fenómeno, quedaron de una pieza y sintieron miedo. Claudia Quinta llevaba su linaje hasta el remoto Clauso, y su belleza no era inferior a su nobleza; pura a carta cabal, y sin embargo no le habían dado crédito: la calumnia inicua la había dañado, y la hicieron reo de una falsa acusación. Su atavío y el salir a la calle con distintos adornos en el pelo, así como su lengua sincera para los viejos rígidos, le resultó perjudicial. Su espíritu, que sabía de su bondad, se rió de las mentiras de la fama, pero la gente somos crédulos con la infamia. Cuando Claudia salió del grupo de las castas señoras y sorbió con sus manos agua pura del río, se roció la cabeza tres veces, tres veces levantó las manos al cielo (los que la contemplaban creyeron que había perdido la razón) y, poniéndose de rodillas, clavó su mirada en la imagen de la diosa, y con el pelo suelto, dijo las siguientes palabras: «Madre nutricia y fecunda de los dioses, escucha bajo una condición los ruegos de tu suplicante. Dicen que no soy pura. Si tú me condenas, confesaré que es verdad. Pagaré mi culpa con la muerte, convicta por el juicio de una diosa. Pero si no existe culpa, da una prueba de mi inocencia con tu acción, y, casta como tú eres, sigue mis castas manos». Dijo, y con un pequeño esfuerzo arrastró la maroma. Lo que voy a contar es milagroso, pero la escena [329] ha dado testimonio de ello: la diosa se movió y siguió a su guía, y al seguirle le rendía alabanza. Un griterío, señal de alegría, subió hasta los astros. Llegaron a un meandro del río (los antiguos lo llamaron el atrio del Tíber), a partir del cual tuerce a la izquierda. Caía la noche; ataron la maroma a una estaca de encina, y se die-

[329] Porque posiblemente el teatro romano acogió esta fábula milagrosa, y la representó.

ron a un sueño ligero, después de haber comido. Llegaba el día; desataron la maroma de la estaca de escina, pero antes ofrecieron incienso al fuego que habían hecho, antes pusieron guirnaldas en el barco y sacrificaron una novilla sin mácula, que no había realizado labores ni aparejamiento. Hay un sitio donde el escurridizo Almón confluye en el Tíber y donde el río más pequeño pierde el nombre en el río grande; un sacerdote encanecido vestido de púrpura lavó allí en el agua a la señora del Almón y los objetos del culto. La comitiva lanzó hurras y la flauta tocó frenéticamente, y blandas manos aporrearon las pieles de toro. Claudia iba delante con la cara visiblemente alegre, reconocida al fin como pudorosa, después de tantas dificultades, por el testimonio de la diosa. A ésta la introdujeron por la puerta Capena, sentada en una carreta; flores frescas salpicaron las yuntas de bueyes. Le dio la bienvenida Nasica. El nombre del fundador del templo no se conserva; ahora es Augusto, antes era Metelo».

El culto de la Gran Madre

Aquí se detuvo Érato. Transcurrió un lapso de tiempo. Pregunté lo que restaba de la siguiente manera: «Dime, ¿por qué colecciona la diosa monedas en calderilla?». «El pueblo hizo la colecta de dinero con el que Metelo levantó el templo —dijo—, desde entonces subsiste la costumbre de dar calderilla». Pregunté por qué entonces, más que en otros momentos, se invita la gente siguiendo un turno y celebran banquetes que anuncian previamente. «Como la diosa berecintia cambió felizmente de morada —dijo—, la gente trata de conseguir el mismo buen augurio yendo de casa en casa». Seguí yo insistiendo por qué los primeros juegos de nuestra ciudad fueron los Megalenses, cuando la diosa dijo (pues me había oído): «Esta diosa engendró a los dioses, los cuales dieron preferencia

a la madre, y ella ostenta la primacía del honor conferido». «Así, pues, ¿por qué llamamos galos a los que se mutilaron, siendo así que la tierra de las Galias dista tanto de Frigia?». «Entre la verde Cíbele —dijo— y la alta Celenas corre un río llamado Galo, de agua enloquecedora. El que en él bebe, se vuelve loco; apartaos lejos de aquí quienes procuráis tener la mente sana: quien en él bebe, se vuelve loco». «No consideran vergonzoso —dije— servir un plato de hierbas en las mesas de la diosa. ¿Hay alguna razón para ello?». «Se dice que los antiguos consumían leche pura y hierbas que la tierra producía espontáneamente —dijo—. Se mezcla queso blanco con hierba majada para que esta diosa primitiva conozca los alimentos primitivos».

Día 5

Cuando la próxima Palantíada [330] brille en el cielo y hayan desparecido las estrellas, y la luna haya aliviado a sus caballos blancos como la nieve, el que afirme: «Hubo un tiempo en que en este día consagraron a la Fortuna Pública en la colina de Quirino», estará en lo cierto.

Día 6: La victoria de Tapso

Era el tercer día de los juegos (lo recuerdo), cuando un viejo que estaba sentado en el asiento de al lado durante la representación me dijo: «Éste es el día en que César aplastó en las costas líbicas las armas traidoras del orgulloso Yuba. Mi general era César, y me glorío de haber servido como tribuno bajo sus órdenes: él me dio este cargo. Yo me he ganado este asiento en la guerra, tú en la paz, desempeñando tu cargo entre los decenviros [331]». Íbamos a seguir hablando y de

[330] La Aurora.
[331] Comisión de justicia para juicios particulares no criminales.

repente nos dispersó la lluvia: la Libra colgante desataba las aguas del cielo.

Día 9: Orión

Sin embargo, antes de que el último día dé por terminado el espectáculo, Orión, portador de la espada, se habrá zambullido en el mar.

Día 10: Final del culto a la Gran Madre

Cuando la próxima aurora vislumbre a Roma victoriosa, y huyan las estrellas cediendo su lugar al sol, se verá concurrido el Circo con una procesión y buen número de dioses, y los caballos, rápipidos como el viento, competirán por la primera palma.

Día 12: La Fiesta de Ceres

Ahora es el Festival de Ceres. No necesitamos que nadie nos revele la causa. De suyo se hace patente el don y los servicios de la diosa. El pan de los primeros hombres eran las hierbas verdes, que ofrecía la tierra sin que nadie lo exigiese: y ya echaban mano de la hierba viva del césped, ya eran un festín las copas de los árboles con sus tiernas hojas. Más adelante, surgió la bellota; ya estaba bien la cosa con el descubrimiento de la bellota y, la dura encina suministraba recursos magníficos. Ceres fue la primera que llamó al hombre a alimentos mejores, cambiando las bellotas por un sustento más útil. Ella obligó a los toros a meter el cuello en el yugo. Entonces por primera vez vio el sol la tierra removida. Se tenía en estima el bronce; el hierro templado era desconocido. ¡Ay!, siempre tenía que haber permanecido oculto. Ceres se alegra con la paz; también vosotros, colonos, pedid una paz perpetua y un caudillo amante de la paz. Conviene que ofrezcáis a la diosa la espelta y el honor de la sal que chisporrotea, y granos de incienso en los viejos fuegos; y, si falta el incienso, prended teas untadas: a la buena Ceres le gustan las cosas pequeñas, con tal de que

sean puras. Apartad los cuchillos del buey, oficiantes de túnica arremangada: que el buey labre; sacrificad a la marrana holgazana. El cuello que es apropiado para el yugo no debe herirlo el hacha: que siga vivo y que trabaje mucho tiempo en la tierra dura.

El rapto de Prosérpina

La propia materia exige que relate el rapto de la virgen. Ya te sabrás la mayor parte, será poco lo que tienes que aprender. La tierra trinacria[332] se orienta al mar inmenso con tres promontorios y de esta figura geográfica toma el nombre. Es residencia agradable para Ceres. Posee muchas ciudades, entre las cuales se halla la de Henna, fértil por el cultivo del suelo. La fría Aretusa[333] había invitado a las madres de los dioses; también la diosa rubia había venido al festín sagrado. Su hija[334], acompañada como estaba por las muchachas de costumbre, andaba de un lado para otro por el prado con los pies desnudos. Hay un lugar en un valle sombrío, humedecido por las continuas salpicaduras del agua que cae en cascada desde lo alto. Allí se habían dado cita cuantos colores posee la naturaleza, y la tierra resaltaba con la tonalidad de las diferentes flores. Tan pronto como la vio, dijo: «Venid, compañeras, vayamos a llenar el regazo de flores y traérnoslas». El inocente botín cautivó el alma de las niñas, y su diligencia no les dejaba sentir fatiga. La una llenó unos canastillos trenzados con mimbre flexible, la otra, el regazo, la otra cargó sus pliegues anchos. Aquélla cogía caléndulas, a ésta le preocupaban las violetas, la de más allá cortaba con la uña los pétalos de la amapola.

[332] Sicilia.

[333] Ninfa de Ortigia, cerca de Siracusa.

[334] La hija de Ceres es Prosérpina, la Perséfone griega.

A éstas retenía el jacinto; a aquéllas retardaba el amaranto. Unas prefieren el tomillo, otras, el romero, otras, el meliloto. Cogieron muchísimas rosas y otras flores sin nombre; ella por su parte cogió delicados azafranes y lirios blancos. Con el afán de coger se fue alejando paulatinamente, y, por azar, ninguna de las compañeras siguió a su dueña. Su tío paterno[335] la vio, y nada más verla, se la llevó rápidamente, transportándola a su reino, bajo las aguas verdemarinas. Pero ella gritaba: «¡Eh, madre queridísima, me llevan!», y voluntariamente había rasgado su regazo; entretanto se abre un camino hacia Dite, pues los caballos no podían soportar la luz del día por falta de costumbre. Mas el coro de sus amigas, sus doncellas, atiborradas de flores, gritaba: «¡Perséfone, ven, que tenemos tus regalos!». Como a sus llamadas respondiera el silencio, hicieron retumbar los montes con los gritos y se hirieron el pecho desnudo con las manos llenas de tristeza. Ceres quedó perpleja al oír el estruendo (acababa de llegar a Henna), y sin pérdida de tiempo, dijo: «Desgraciada de mí, ¿dónde está mi hija?». Se arrastraba fuera de sí, igual que acostumbramos a oír que van las Ménades tracias, con el pelo despeinado. Como cuando muge la madre de un ternero que le han quitado de la ubre y busca a su cría por todo el bosque; de la misma manera, la diosa no podía contener sus gemidos y marchaba a la carrera, y empezó por tus llanuras, Henna. A partir de ellas, topó con las huellas del pie de la niña y vio la tierra hundida por el peso que conocía. Tal vez hubiera sido aquel día el último de su merodear si unos cerdos no hubiesen desfigurado las marcas que había descubierto. Y ya había sobrepasado en su carrera Leontinos y las corrientes del Amenano, y tus ribe-

[335] Plutón.

ras, Acis [336], llenas de hierba. Ya había pasado por Cíane y las fuentes del manso Anapo y por ti, Gelas [337], que no te dejas navegar por tus remolinos. Había dejado a Ortigia y Megara y Pantagia, y donde el mar recoge las aguas del Simeto, y los antros de los Cíclopes, chamuscados con las chimeneas allí puestas, y el paraje que toma el nombre de la Hoz corva, y a Hímera, y Dídime, y Agrigento, y Tauromeno, y a Melas [338], risueño pastizal de las vacas sagradas. Desde ahí se encaminó a Camerina y Tapso, y al Tempe de Heloro, y donde Érice está siempre expuesto al céfiro. Y había recorrido Peloríade y el Lilibeo y Paquino [339], los cuernos sobresalientes de su tierra. Y por dondequiera que va, hace retumbar hasta el último rincón de los parajes con sus desgraciadas quejas, como cuando el ave llora la pérdida de Itis, gritando, alternativamente, ora «Perséfone», ora «hija». Grita y, alternativamente, profiere un nombre o el otro. Pero ni Perséfone escucha a Ceres, ni la hija a la madre, y alternativamente se perdía uno y otro nombre. Si veía a un pastor o a uno labrando los campos, su pregunta era siempre: «¿Ha pasado por aquí alguna muchacha?». Ya todas las cosas tienen el mismo color y todo se cubre de tinieblas, ya han callado los perros guardianes. El alto Etna se levanta sobre la boca del descomunal Tifoeo, por cuya respiración de fuego arde la tierra. Allí encendió la diosa dos pinos que hiciesen la vez de antorcha; por esto es por lo que también ahora se ofrece una tea en la ceremonia de Ceres. Hay una cueva accidentada, que la configura la piedra pómez semirroída, paraje al que no pueden acercarse ni el hombre ni la fiera. Nada más llegar

[336] Leontinos, ciudad de Sicilia; Acis y Amenano son ríos de Sicilia.

[337] Ríos de Sicilia.

[338] Prosigue la toponimia siciliana.

[339] Los tres cabos de Sicilia, que dan nombre a la isla (Trinacria).

aquí, unió al carro unas serpientes con el freno tascado y cruzó sin mojarse las aguas del mar. Esquivó las Sirtes [340], y a ti, Caribdis zanclea, y a vosotros, perros niseos, monstruos del naufragio, y el Adriático, ancho y abierto, y a Corinto, a caballo entre dos mares. De este modo llegó a tu puerto, tierra ática. Aquí se sentó primero, llena de tristeza, en una piedra fría; todavía ahora los cecrópidas llaman a esa piedra la «triste». Sin moverse, aguantó a cielo raso muchos días, sufriendo la luna y el agua de la lluvia.

Eleusis y Triptólemo

Cada lugar ha tenido sus avatares. Lo que ahora se llama la Eleusis de Ceres fueron los campos del viejo Céleo. Llevaba él a casa bellotas y moras, que recogía sacudiendo los zarzales, y leña seca, para alimentar el hogar. Una hija pequeña recogía del monte dos cabras, y su tierno hijo estaba enfermo en la cuna. «Madre —dijo la muchacha (la diosa se conmovió al oírse llamar madre)—, ¿qué haces sin compañía en un lugar solitario?». El viejo se detuvo también y, aunque le acuciaba la carga, le pidió que entrase bajo el techo, por humilde que fuera, de su chabola. Ella rehusó. Se había disfrazado de vieja y llevaba recogido el pelo con una mitra. Comoquiera que insistiese, le dijo estas palabras: «¡Que la suerte te acompañe y seas padre por siempre! A mí me han quitado a mi hija. ¡Ay, cuánto mejor es tu suerte que la mía!». Dijo, y una gota reluciente como una lágrima (pues no es propio de los dioses derramar lágrimas) cayó sobre su tibio pecho. La muchacha y el viejo, corazones tiernos,

[340] Ceres viaja ahora desde Sicilia a Grecia: las Sirtes, golfo al norte de África; Escila y Caribdis, al sur de Italia. Caribdis es llamada zanclea por estar cerca de Mesina, antigua Zancle. Los perros monstruosos quieren decir Escila, representada por un perro devorador.

lloraban al par. De los dos, éstas fueron las palabras del justo viejo: «Ojalá se salve la hija cuyo rapto andas averiguando; levántate, y no desprecies el techo de mi mísera chabola». Díjole la diosa: «Llévame, has sabido cómo poder obligarme», y se levantó de la piedra y fue en pos del viejo. Mientras la llevaba, contó a su acompañante lo enfermo que estaba su hijo, que no podía coger el sueño y el mal le hacía pasar la noche en vela. La diosa, cuando iba a entrar en el humilde hogar, cogió de la tierra del campo una suave adormidera, que invita al sueño. Se dice que, al cogerla, su paladar probó de ella, desacostumbrado como estaba, y sin darse cuenta sació el hambre que arrastraba. Como ella había quebrado el ayuno al comienzo de la noche, los iniciados regulan la hora de la comida con la aparición de las estrellas. Cuando traspasó el umbral, vio todo lleno de dolor: ya no había en el muchacho ninguna esperanza de salvación. Después de saludar a la madre (la madre se llamaba Metanira), no tuvo inconveniente en unir su boca con la del niño. La palidez desapareció y observaron en su cuerpo unas fuerzas repentinas: tanta vitalidad provino de la boca celestial. La casa entera se llenó de alegría, a saber, el padre, la madre y la hija: los tres eran toda la familia. A continuación disponen la comida: requesón disuelto en leche, manzanas y miel, como el oro, en sus panales. La nutricia Ceres no probó bocado, y a ti te dio a beber, niño, adormideras que producen el sueño, con leche templada. Era medianoche y reinaba el silencio del sueño apacible. La diosa levantó en su regazo a Triptólemo y lo acarició tres veces con la mano, pronunció tres fórmulas mágicas, fórmulas que la voz humana no puede reproducir, y sepultó en el hogar, en vivas pavesas, el cuerpo del niño, para que el fuego purificase la carga de lo humano. Neciamente, la madre amorosa se

despertó y, enloquecida, gritó: «¿Qué estás haciendo?», y arrebató el cuerpo al fuego. Díjole la diosa: «Por no ser criminal, lo has sido: mi don se ha frustado por el miedo materno. Éste, por supuesto, será mortal, pero será el primero en arar, sembrar y recoger el fruto de la tierra cultivada». Así habló Ceres y salió, arrastrando una nube, y pasó a unos dragones y se elevó en su carro alado. Dejó atrás el expuesto Sunio y el Pireo, de seguro abrigo, y las costas que están al lado izquierdo. Desde ahí entró en el Egeo, desde donde veía todas las Cícladas, y echó por el absorbente mar Jonio y el Icario, y se encaminó hacia el largo Helesponto a través de las ciudades de Asia y recorrió desde las alturas un camino y el otro. Pues veía desde arriba ya a los árabes, que recolectan incienso, ya a los indios. Por un lado aparecía Libia, por el otro, Méroe [341] y la tierra desértica. Ahora llegó a los occidentales Rin, Ródano y Po, y hasta ti, Tíber, futuro padre de un agua poderosa. ¿Adónde voy? Sería inacabable enumerar las tierras por las que pasó. Ceres no dejó de recorrer ningún punto del planeta. Merodeó también por el cielo, y habló a las estrellas cercanas al polo helado que no tienen relación con el agua del Océano: «¡Estrellas parrasias [342] (pues podéis conocerlo todo, puesto que jamás penetráis en el agua del mar), mostrad a su desgraciada madre a mi hija Perséfone!». Esto dijo. Hélice [343] le contestó con las siguientes palabras: «La noche está libre de pecado; pregunta al sol por la muchacha raptada, pues él ve ampliamente las acciones del día». Se acercó al sol, que le dijo: «Para que no te esfuerces en vano, la que andas buscando se ha casado con el hermano de Júpiter y es soberana del tercer

341 Ciudad de Etiopía.

342 «Estrellas parrasias» significa la Osa Mayor.

343 La Osa Mayor.

reino». Mucho tiempo se quejó consigo misma, y habló del siguiente modo al Tronador, y en su cara había señales muy marcadas de su dolor: «Si recuerdas con quién he tenido yo a Prosérpina, ella debería representar la mitad de tus preocupaciones. Después de recorrer el mundo, sólo he conseguido conocer el hecho ultrajante. Su raptor retiene el premio de su delito. Ahora bien, ni Perséfone era acreedora de un marido ladrón, ni nosotros debíamos habernos agenciado un yerno de esa manera. ¿Qué cosa peor hubiera sufrido yo si Giges hubiese sido vencedor [344] y yo su cautiva que lo que ahora he sufrido, reteniendo tú como retienes el cetro del cielo? Pero, que escape sin castigo. Yo lo soportaré sin vengarme: que me la devuelva y que enmiende con esta nueva acción su acción anterior». Júpiter la calmó, excusando la acción por amor, y dijo: «Tampoco es para que nos avergoncemos de ese yerno. Yo mismo no soy más noble: mi reino me ha correspondido en el cielo, otro es soberano de las aguas, y otro, del Caos vacío [345]. Pero si acaso tu corazón no es voluble y estás decidida a romper los lazos del matrimonio, una vez establecidos, podemos intentarlo también, si es que ella realmente ha mantenido el ayuno; porque si no, será la mujer de su esposo infernal». El portador del caduceo, cumpliendo órdenes, se fue al Tártaro, echando mano de sus alas, y regresó antes de lo esperado, y contó lo que con seguridad había visto: «La raptada —dijo— ha roto el ayuno con tres granos de los que envuelven las granadas en su piel correosa». El dolor de la apenada madre no fue distinto a si acabasen de raptarla, y apenas repuesta, después de

[344] Uno de los tres gigantes de cien brazos.

[345] Júpiter es el dios del cielo; Neptuno, del mar, y Plutón, del mundo subterráneo.

un largo espacio de tiempo, dijo lo siguiente: «Tampoco yo debo habitar en el cielo; manda que a mí también me admita el valle del Ténaro» [346]. Y ya iba a cumplir con ello si no es porque Júpiter pactó que Perséfone pasase en el cielo seis meses. Entonces, por fin, Ceres cambió la cara y cobró ánimos, y colocó sobre su pelo una corona de espigas. Y en los campos descansados sobrevino una cosecha abundante y la era a duras penas daba cabida a la mies amontonada. A Ceres la va bien el color blanco: poneos ropa blanca en la fiesta de Ceres. Ahora ya no se lleva la lana negra.

Día 13

Júpiter, por sobrenombre el Vencedor [347], coge las Idus de abril: este día se le dedicó un templo. Este día también, si no me engaño, la Libertad, que tan bien se compadece con nuestro pueblo, obtuvo su atrio.

Día 14: *La victoria de Módena*

El día siguiente acógete, marinero, a puerto seguro. El viento del oeste llegará revuelto con granizo. Pero, sea como sea, no obstante, bajo ese granizo derrotó César las huestes de Módena [348] durante su campaña.

Día 15: *Forda. Sacrificio de una vaca*

Cuando llegue el tercer día después de las Idus de Venus, ofreced, pontífices, el sacrificio de una vaca preñada. *Forda* es una vaca fértil y en estado de preñez, así llamada de *ferre* («parir»). De esta palabra piensan que las crías *(fetus)* toman el nombre. En esta

[346] Es decir, el Hades, porque una de las bocas del mismo se suponía que estaba en el cabo Ténaro, en Laconia.

[347] En una batalla desesperada con samnitas y galos, el cónsul Quinto Fabio Máximo prometió un templo a Júpiter Víctor; era el año 295 a. C.

[348] Victoria de Augusto contra Marco Antonio en el año 43 a. C.

época es cuando están los ganados con la preñez, y las tierras también, preñadas con las semillas. A la Tierra henchida se le ofrece una víctima henchida. Una parte sucumbe en el alcázar de Júpiter; la curia acoge a treinta vacas y queda salpicada de sangre generosa. Pero cuando los oficiantes han extraído las vísceras a los novillos y han colocado esas entrañas cortadas en los fuegos humeantes, la vestal de mayor edad quema en el fuego a los novillos, para que su ceniza purifique a los pueblos el día de Pales.

Oráculo de Fauno

Durante la monarquía de Numa, como la cosecha no respondía al trabajo, los votos del frustrado agricultor resultaron vanos: pues unas veces el año era seco, debido a los aquilones [349] helados; otras veces el campo se agobiaba con la continua agua. Muchas veces defraudaba Ceres al campesino en los primeros brotes, y, adueñándose del suelo, se alzaba la avena inútil, y el ganado tenía partos dolorosos antes de su fecha, y muchas veces la oveja perecía al parir a la cordera. Se conservaba una selva antigua y que durante mucho tiempo no había hollado ningún hacha, que quedó consagrada al dios menalio [350]: éste daba respuestas al espíritu sereno en el silencio de la noche. El rey Numa sacrificó en ese lugar una collera de ovejas. La primera sucumbió en honor de Fauno, la otra, en honor del Sueño suave; la piel de una y otra quedó extendida en el duro suelo. Dos veces salpicó su poblada cabeza con agua de la fuente, dos veces cubrió sus sienes con hojas de haya. Se hizo abstinente en la práctica del amor y prohibió que le sirviesen animales en la mesa, y en los dedos no llevaba anillo ninguno. Cubierto

[349] Vientos del norte.

[350] Pan, con el que Ovidio confunde al dios indígena itálico Fauno.

con una ropa harapienta dejó reposar su cuerpo sobre las pieles frescas, después de rezar al dios con las palabras apropiadas. Entretanto, llegó la noche con su plácida frente ceñida de amapola y trajo consigo los sueños negros. Se presentó Fauno, y, hollando con sus duros pies las pieles de las ovejas, le dijo las siguientes palabras, situado a su derecha: «Has de aplacar a la Tierra, rey, con la muerte de dos vacas: que una novilla entregue dos vidas al sacrificio». El miedo le disipó el sueño. Numa se puso a dar vueltas a la aparición, meditando en sus adentros sobre la ambigüedad y la orden secreta. Lo sacó del embrollo su esposa, tan grata al bosque, y le dijo: «Se te exigen las entrañas de una vaca preñada». Ofrecieron las entrañas de una vaca preñada, y sobrevino un año más fértil, y la tierra y el ganado daban su fruto.

Augusto, emperador

En una ocasión Citera ordenó que este día fuese más rápido, y lanzó a galope tendido a los caballos, para que cuanto antes, al día siguiente, guerras victoriosas confiriesen al joven Augusto el título de emperador [351].

Día 17: Híadas

Pero ya ve dejadas tras de sí a las Idus el cuarto día: esa noche las Híadas poseen a Doris.

Día 18: Fin de la Fiesta de Ceres

Cuando renazca el tercer día después de la desaparición de las Híadas, el Circo tendrá los caballos repartidos en sus barreras. Así que debo exponer la razón por la que se dejan escapar zorras que llevan el lomo ardiendo con teas atadas a él. La tierra de Carséolis [352] es fría e inapropiada para producir olivos, pero es

[351] Se refiere a la batalla de Módena, de que se ha hablado un poco más arriba. Este título significaba entonces «general en jefe».

[352] Ciudad latina entre Roma y los pelignos.

campo genuino para las mieses. Por ahí me dirigía yo hacia los pelignos, mi tierra natal [353], poco extensas, pero siempre empapadas de aguas continuas. Entré en la casa habitual de un antiguo anfitrión mío. Febo había quitado ya el yugo a los caballos [354], después de la faena. Entre muchas cosas que solía contarme, también me contó éstas, con las que pudiese yo elaborar el presente trabajo: «En esta llanura —dijo (y señalaba la llanura)— una campesina ahorrativa tenía un pequeño terreno junto con su duro marido. Él sacaba adelante su tierra, tanto si había que echar mano del arado, como de la hoz corva, como del escardillo. Ella ora barría la granja, sostenida con puntales, ora ponía los huevos a las gallinas para que los empollasen sus alas. O bien recogía malvas verdes o setas blancas, o calentaba el humilde hogar con grato fuego. Y, sin embargo, ejercitaba sus brazos frecuentemente en el telar y se armaba contra las amenazas del frío. Tenía un hijo juguetón, por su poco tiempo, que había cumplido los doce años, el cual cazó una zorra en un valle al final de un saucedal: la zorra se había llevado muchas aves del corral. Apresada como la tenía la metió entre raíces y heno y les prendió fuego. La zorra escapó de las manos que iban a quemarla; por dondequiera que iba huyendo, incendiaba los campos vestidos de mieses. La brisa daba fuerzas al fuego devastador. El suceso pasó, pero queda su recuerdo; de donde incluso ahora hay una ley en Carséolis que prohíbe quemar a una zorra capturada. Y para expiar su culpa, arde esta especie en la Fiesta de Ceres y perece de la misma manera que hizo perecer a las mieses».

[353] Sulmona, donde nació Ovidio, estaba en tierra de pelignos, a 140 kms. de Roma.

[354] Se había puesto el sol.

Día 20:
El Carnero

Cuando al día siguiente llegue la azafranada madre de Memnón en sus caballos de rosa a visitar las tierras dilatadas, el sol se apartará de donde el capitán del ganado lanudo [355], el que traicionó a Hele [356]. Y una vez que lo ha sobrepasado, se presenta una víctima más grande. Si es vaca o toro, no está al alcance saberlo: la parte anterior queda a la vista, la posterior, queda oculta. Pero ya sea toro este signo ya sea hembra, tiene el don del amor [357] contra la voluntad de Juno.

Día 21:
La Fiesta
de Pales

La noche ha pasado y llega la Aurora. Me reclaman las Parilias. No en vano me reclaman, si la nutricia Pales me asiste. Pales nutricia, asísteme a mí que canto las ceremonias pastoriles, si atiendo con mis cuidados tu festival. Verdad es que muchas veces te he traído a manos llenas la ceniza de un novillo y las pajas del haba, medios puros de expiación. Verdad es que yo he saltado sobre las llamas colocadas en tres filas [358] y el laurel mojado me ha salpicado de agua.

La diosa se ha conmovido y asiste a mi obra. La nave zarpa de los astilleros, mis velas reciben ya el viento favorable; anda a buscar, pueblo, el sahumerio del altar virginal. Vesta te lo dará, por el don de Vesta serás puro. Los materiales para ese sahumerio serán la sangre de un caballo y la ceniza de un ternero; el tercer ingrediente, el tallo vacío de un haba dura. Pastor, purifica al caer la tarde

[355] El Sol pasa del signo del Carnero al de Tauro.

[356] Véase III 853.

[357] Porque se creía que este toro transportó a Europa, el amor de Júpiter, cuya esposa era Juno.

[358] Más abajo, 781 ss. se explica detalladamente este rito. Tres círculos de llamas debían constituir la prueba.

a tus ovejas hartas. Primero salpica la tierra con agua y bárrela con una escoba; adorna el redil con hojas y ramas adosadas; adorna la puerta y cúbrela con una larga corona. Produce humo azulado con azufre puro [359], y que balen las ovejas alcanzadas por el humo del azufre. Quema olivos machos y tea y hierbas sabinas [360], y que el laurel [361] crepite quemándose en medio del hogar. Y que una cesta de mijo acompañe pasteles de mijo. La diosa campesina se alegra principalmente de este alimento. Añade comida y un jarro de leche, que es lo apropiado, y una vez partidos los alimentos, ruega con leche templada a Pales, habitante de la selva. Di: «Vela por los rebaños e igualmente por los caporales de los rebaños; que el daño sea rechazado y rehúya mis establos. Si he apacentado mi ganado en terreno sagrado o me he sentado bajo un árbol sagrado, y mis ovejas, sin saberlo, han triscado hierba en las tumbas; si he penetrado en un bosque prohibido y las ninfas y el dios semicabrío han huido al verme; si mi hoz ha talado las ramas sombrías de un bosque con que dar una cesta de hojas a una oveja enferma: concede el perdón de mi culpa. Que no sirva de obstáculo haber arrimado el ganado a una ermita en el campo, en tanto escampaba la granizada, que no sea perjudicial haber enturbiado las charcas. Perdonad, ninfas, que el chapoteo de las pezuñas haya ensuciado las aguas. Tú, diosa, propicia en nuestro nombre las fuentes y los dioses de las fuentes, propicia los dioses desperdigados por todo el bosque. Que no veamos nosotros a las Dríadas ni los baños de Diana, ni a Fauno, cuando holla los campos a mediodía. Aparta lejos

[359] Era corrientemente utilizado en la antigüedad como purificación.

[360] Véase I 343.

[361] Habitual en las purificaciones.

las enfermedades; que tengan buena salud los hombres y los rebaños, y buena salud tengan los perros guardianes, esa jauría alertada. Que no recoja yo menos ganado del que había por la mañana y no tenga que llorar volviendo con pieles laceradas por el lobo. Aleja el hambre fatal; que haya en abundancia hierbas y hojas, y agua para lavarse el cuerpo y para beber. Que pueda ordeñar ubres llenas y el queso me reporte dinero, y que el cedazo de mimbre deje pasar el suero líquido. Que el carnero sea lujurioso y la oveja conciba y rinda el fruto, y haya en mi redil muchas corderas. Y que se críe lana que no haga daño a las niñas, blanda y apropiada a cualesquiera manos tiernas. Ojalá den resultado mis rezos, y nosotros haremos cada año grandes pasteles para Pales, la patrona de los pastores». Por estos medios hay que propiciar a la diosa. Di estas palabras cuatro veces, vuelto a la salida del sol [362], y lávate las manos con rocío vivo. Luego procede que pongas una gamella, como si fuese un cráter, y bebas la leche blanca como la nieve y el vino cocido color de púrpura; y luego procede que atravieses con tu cuerpo y con pie ligero los montones ardiendo de leña crepitante.

He expuesto la costumbre; me queda el origen de la costumbre. La cantidad de explicaciones provoca la duda, que se adueña de mi pretensión. Todo lo purifica el fuego devastador y, al calentarlos, quita el orín a los metales; por esa razón purifica al caporal y a sus ovejas. ¿O bien porque el fuego y el agua, dos dioses discordantes, son el origen contradictorio de todas las cosas, nuestros padres unieron esos elementos y consideraron apropiado someter el cuerpo al fuego y salpicarse de agua? ¿O bien porque en ellos está la causa de la vida, cosas que pierde el deste-

[362] Para recoger un augurio, los augures romanos miraban al este.

rrado y con las que contrae matrimonio la novia [363], consideran esos dos elementos importantes? Algunos suponen (aunque yo me resisto a creerlo) que se hace referencia a Faetonte y al diluvio universal de Deucalión [364]. Otros también aducen que, cuando los pastores frotaban piedra con piedra, saltó de pronto una chispa; si bien se perdió la primera, la segunda la recogieron en las pajas. ¿Este fundamento tiene la llama de las Parilias? ¿O más bien creó esta costumbre la piedad de Eneas, a quien, encontrándose derrotado, el fuego le proporcionó un camino sin daño [365]? ¿O, por el contrario, está acaso más cerca de la verdad el hecho de que, cuando fue fundada Roma, recibieron órdenes de trasladar los lares a las nuevas casas y, al cambiar de hogar, prendieron fuego a sus casas de campo y a las cabañas que iban a abandonar, y que ellos, los colonos y el ganado, saltaron entre las llamas? Que es lo que se hace todavía, Roma, el día de tu fundación.

El nacimiento de Roma

El mismo pasaje proporciona un tema al poeta. Ha llegado el origen de la ciudad. Ayúdame, ¡gran Quirino!, a cantar tus hechos. Ya había pagado su culpa el hermano de Númitor [366], y todo el gremio pastoril se hallaba bajo la guía de los gemelos. Los dos acordaron agrupar a los campesinos y levantar unas murallas: la duda era cuál de los dos levantaría las murallas.

[363] Los desterrados romanos tenían prohibido el uso del fuego y del agua; a las novias se les recibía en el umbral de la puerta con esos dos elementos.

[364] Faetonte conducía el carro que ardió al acercarse en exceso al sol; cuando Deucalión, tuvo lugar el diluvio universal.

[365] Las llamas se apartaban de Eneas cuando salió de Troya ardiendo; cf. VIRGILIO, *Eneida* II 632-633.

[366] Amulio. Véase III 49.

«No hay necesidad —dijo Rómulo— de desavenencia alguna: las aves poseen la mayor fiabilidad; probemos con las aves». La proposición fue aceptada. El uno se encaminó a los roquedales del boscoso Palatino, el otro ascendió por la mañana a la cumbre del Aventino. Remo vio seis pájaros; Rómulo vio doce en hilera. Se atuvieron a lo pactado, y Rómulo se ocupó de la dirección de la ciudad. Eligieron un día para hacer el trazado de las murallas con el arado [367]. Las fiestas de Pales estaban cerca; durante ellas comenzaron los trabajos. Se construyó un foso hasta el firme de la roca, arrojaron frutas en el fondo y trajeron tierra del suelo vecino. Rellenaron el foso con tierra y, una vez relleno, colocaron encima un altar y un nuevo hogar se puso en marcha, prendiendo fuego. Luego, apretando la mancera, trazó Rómulo un surco para las murallas; al yugo iban una vaca blanca y un buey blanco como la nieve. Las palabras del rey fueron éstas: «Asistidme en la fundación de la ciudad, Júpiter y padre Marte y madre Vesta [368]; volveos hacia mí, todos los dioses que la piedad exige tener presentes. Que se levante esta obra mía bajo vuestros auspicios. Que sea larga su duración y el poder de esta tierra soberana, y caiga dentro de su marco la salida y la puesta del sol». Estas plegarias hacía. Júpiter dio como agüero un tronido por la izquierda y lanzó un rayo por la parte derecha del cielo. Contentos con el augurio echaron los cimientos los ciudadanos, y en escaso tiempo había una muralla

[367] Es el ritual de la fundación de una ciudad, que, al parecer, procede de los etruscos. Era una exigencia que el arado fuese arrastrado por un toro, que marchaba en la parte de fuera, a la derecha, y una vaca, que marchaba en la parte de dentro, a la izquierda; los dos animales habían de ser blancos.

[368] Pues, como sabemos, Rómulo era hijo de Marte y de una virgen Vestal.

nueva. Céler metía prisa a esta obra; el propio Rómulo le había llamado y le había dicho: «Céler, encárgate de estos trabajos, y que nadie pueda traspasar las murallas ni el foso abierto con la reja; cáusale la muerte a quien se atreva a cosa tal». Ignorante de ello, Remo se puso a hacer ascos de lo bajo de las murallas, diciendo: «¿Con estas murallas va a estar seguro el pueblo?». Y sin pensarlo dos veces, saltó por encima de ellas. Céler alcanzó con una pala al atrevido; éste, cubierto de sangre, fue a dar contra la dura tierra. Cuando el rey supo esto, se tragó en su interior las lágrimas que le habían brotado y guardó en su pecho la herida. No quería llorar públicamente, y mantuvo el valiente ejemplo, y dijo: «Que el enemigo pase mis murallas con este resultado». Mas con todo celebró las exequias, y no podía ya contener el llanto, y su amor al hermano, que había disimulado, se hizo patente. Estampó los últimos besos al féretro presente y dijo: «Adiós, hermano, que contra mi voluntad me has sido arrebatado». Y ungió los miembros que iban a arder. Igual que él hicieron Fáustulo y Aca [369], con su triste cabellera suelta. A continuación, quienes aún no eran Quirites, lloraron al joven. Por fin prendió la llama bajo el llorado túmulo. Nació una ciudad que iba a poner su pie victorioso sobre las tierras. ¿Quién entonces habría podido dar crédito a nadie a este respecto? Gobiérnalo todo y existe por siempre bajo el mando del gran César; ten muchas veces, además, a muchos que lleven este nombre. Y cuantas veces te plantes enseñoreando el mundo conquistado, que no haya nada que rebase el soporte de tus hombros.

[369] Fáustulo fue el pastor que descubrió a los dos gemelos, y Aca Larentia, su mujer, quien los amamantó con su leche.

Día 23: *Los «Vinalia»*

He hablado de Pales y ahora voy a hablar de los *Vinalia*; pero entre una y otra fiesta hay un día por medio. Muchachas del pueblo, celebrad la divinidad de Venus. Venus es apropiada para los requerimientos de las que tienen muchas profesiones. Ofreced incienso y pedid belleza y el favor popular, pedid palabras amables y convenientes a las bromas, ofreced a la señora la hierbabuena que ella agradece y el arrayán que es lo suyo y cuerdas de junco ocultas en montones de rosas. Ahora es oportuno visitar el templo vecino a la puerta Colina; el nombre lo tiene de la colina siciliana [370]. Cuando Claudio barrió con las armas a la aretúside Siracusa y te conquistó con la guerra a ti, Érice, Venus fue trasladada en virtud de un oráculo de la longeva Sibila, y prefirió que se la venerase en la ciudad de su origen. Así pues, ¿me preguntáis por qué llaman al festival de Venus los *Vinalia* y por qué motivo pertenece este día a Júpiter? Había guerra por ver quién sería el yerno de la latina Amata [371], si Eneas o Turno. Turno se atrajo la ayuda de los etruscos. Mecencio era ilustre y, con las armas en las manos, feroz, y, si grande a caballo, a pie era más grande aún; Turno y los rútulos intentaron atraérselo a su partido. Frente a esos intentos, habló de la siguiente manera el caudillo etrusco: «El valor que poseo me ha costado caro; pongo por testigos mis heridas y las armas que tantas veces manché con mi sangre. Tú, que pides mi auxilio, reparte conmigo una recompensa que no es grande: los próximos

[370] Se trata de Érice, que se nombra a continuación, colina al norte de Sicilia, donde Venus tenía un santuario. Los romanos conquistaron Siracusa en el año 212 a. C.

[371] Esposa de Latino, cuya hija, Livia, casó con Eneas, frente a su prometido Turno.

mostos de tus lagares. El asunto no requiere tardanza alguna: a vosotros os corresponde dar, a nosotros, vencer. ¡Cómo desearía Eneas que yo me hubiera negado a esto!». Los rútulos estuvieron de acuerdo. Mecencio se puso las armas; Eneas se las puso, y habló Júpiter: «El enemigo ha prometido su vendimia al rey tirreno; ¡tú, Júpiter, te llevarás el mosto de la viña del Lacio!». Prevalecieron los votos mejores. El soberbio Mecencio sucumbió y atronó la tierra con su pecho rabioso. Había llegado el otoño, manchado con las uvas prensadas: hicieron entrega del vino debido a Júpiter, su acreedor. Desde entonces el día se llamó de los *Vinalia*. Júpiter reclama ese día y disfruta participando en su fiesta.

Día 25: *El Carnero. Sirio*

Cuando queden a abril seis días, la estación de la primavera se hallará a mitad de su curso, y en vano buscarás el carnero de Hele [372], la de Atamante; las lluvias haran su aparición y saldrá la constelación del Perro [373].

El Tizón: «Robigalia»

Ese día, volviendo yo de Nomento [374] a Roma, me encontré con una multitud vestida de blanco en medio del camino. Un flamen iba hacia el bosque del viejo Tizón *(Robigo)* para ofrecer a las llamas las entrañas de un perro y las entrañas de una oveja. Al instante me acerqué para enterarme de la ceremonia; tu flamen, Quirino, pronunció estas palabras: «Tizón inmundo, respeta las plantas de Ceres, y que su tallo ligero se cimbree en la superficie de la tierra. Deja tú crecer los sembrados, fertilizados por los astros propicios del cielo, hasta

[372] Véase III 853.

[373] La constelación de Sirio.

[374] Antigua ciudad del Lacio, a 22 kms. de Roma.

que vengan en sazón para las hoces. Tu poder no es liviano: los trigales a los que tú pusiste tu marca, los da por perdidos el colono entristecido. Ni los vientos ni las lluvias dañan tanto al trigo ni tan pajizo se pone, quemado por el pétreo hielo, como cuando el sol calienta los tallos acuosos. Entonces es el momento de tu cólera, dios temible. Abstente, por favor, y aparta tus manos tiñosas de las cosechas y no dañes los cultivos: ya es bastante que tengas poder para dañarlos. No abraces los tiernos trigales, sino al duro hierro: destruye antes lo que puede destruir a otros [375]. Más útil será que asaltes las espadas y las armas que hacen daño; ninguna necesidad hay de ellas; el mundo se halla en paz. Que resplandezcan ahora los almocafres y el duro escardillo y la corva reja, utensilios del campo. Que la dejadez enmohezca las armas, y si alguien intenta desenvainar la espada, note que queda frenada mucho tiempo. Pero a Ceres no la ataques, y que el colono pueda siempre cumplir con tus votos en tu ausencia». Esto dijo; en la mano derecha tenía un mantel desflecado y una tinaja de vino y un incensario. El incienso y el vino y las tiras del añojo y las entrañas repulsivas (que yo vi) de una perra inmunda [376] echó en los fuegos. Luego me dijo: «¿Preguntas por qué se ofrece una víctima desacostumbrada en esta ceremonia?» (yo se lo había preguntado). «Escucha la razón —dijo el flamen—. Hay un perro, que llaman Icario [377], y cuando esta constelación se levanta, la

[375] Se refiere a las espadas, y al modo que las corroe.

[376] Los romanos sacrificaban perros en los festivales de los *Robigalia* y de los *Lupercalia*. Ya hemos visto que los sapeos tracios sacrificaban perros a Hécate. Véase I 389.

[377] Se trata del perro Mera, que descubrió el cadáver de su amo Icario e hizo funerales por Erígone, su hija. Júpiter, para premiar su fidelidad, lo convirtió en estrella o constelación.

tierra se abrasa y se seca, y la mies madura más pronto. En lugar del perro estelar, ponemos en el altar este perro, y nada excepto el nombre es la razón de su muerte».

Día 28: *Flora*

Cuando la Titonia, una vez abandonado el hermano del frigio Asáraco [378], ha alzado su resplandor por tres veces en el Universo inmenso, llega la diosa enlazada con mil variadas coronas de flores: la escena disfruta del hábito de un licencioso retozo. La consagración de Flora [379] se extiende hasta las calendas de mayo. En su momento, volveré a ello; ahora me apremia una tarea más importante. ¡Vesta, ve con tu día! Vesta ha sido acogida en el hogar de su pariente [380]. Así lo establecieron nuestros justos padres. Febo tiene una parte [381], la otra parte ha sido asignada a Vesta; lo que sobra a ellos, lo ocupa el propio César. ¡Perdurad, laureles del Palatino! ¡Perdura, casa entrelazada con guirnaldas de encina!: una sola casa dispone de tres dioses eternos [382].

---

[378] «Ha llegado la Aurora», que aquí dice Ovidio que abandona al hermano de Asáraco, el troyano, aun cuando Tifono no era hermano, sino sobrino-nieto de Asáraco.

[379] Es una vieja diosa genuina itálica, que lo era de los frutales, el vino, etc., además de las flores.

[380] Cuando Augusto fue nombrado Pontífice Máximo en el año 11 a. C., hizo construir una capilla a Vesta en su propia casa del Palatino.

[381] Alusión al templo de Apolo (Febo) construido por Augusto en el Palatino con mármol de Carrara, en el año 28 a. C.

[382] El tercero es Augusto, que junto a Apolo y Vesta constituyen la Trinidad.

LIBRO V

MAYO

Sinopsis: Mayo (1-9). *Maiestas* (10-54). *Maiores* (55-78). *Maia* (79-110). — Día 1: La Cabra (111-128). Los Lares tutelares (129-147). La *Bona Dea* (148-158). — Día 2: Las Híadas (159-182). Flora (183-378). — Día 3: Centauro (379-414). — Día 5: La Lira (415-416). — Día 6: Escorpión (417-418). — Días 9, 11, 13: Los Lémures (419-492). — Día 11: Orión (493-544). — Día 12: Marte Vengador (545-598). — Día 13: Las Pléyades (599-602). — Día 14: Europa (603-621). Ofrecimiento de imágenes (622-662). — Día 15: Mercurio (663-692). — Día 20: Géminis (693-720). — Día 21: Los *Agonia* (721-722). — Día 22: Sirio (723-724). — Día 23 (725-726). — Día 24 (727-728). — Día 25 (729-732). — Días 26, 27 (733-734).

Mayo

¿Preguntáis de dónde creo yo que le viene el nombre al mes de mayo? La causa que conozco no resulta suficientemente clara. Igual que el caminante se detiene perplejo y no sabe por dónde tiene que ir, al ver caminos por todas partes, yo no sé por dónde tirar, porque cabe la posibilidad de ofrecer causas contradictorias y su propia abundancia resulta perjudicial. Decídmelo vosotras, que habitáis las fuentes de la Aganípide

Hipocrene [383], rastro confortante del caballo de Medusa [384]. Las diosas no se pusieron de acuerdo. Polihimnia fue de ellas la primera.

«Maiestas»

Las demás guardaron silencio y grabaron las palabras en su mente. «Tan pronto como el mundo recibió tres elementos [385] después del caos y toda la creación confluyó en especies nuevas, la tierra se constituyó con su propio peso y se llevó consigo los mares, pero al cielo, en cambio, su poco peso lo llevó a las partes más altas. También el sol y las estrellas quedaron sin sujeción a la gravedad, y los caballos de la luna dieron un salto. Pero durante mucho tiempo ni la tierra cedía ante el cielo, ni los restantes astros ante Febo: el mismo honor tenía cada cual. Más de una vez algún dios del montón osó sentarse en el trono que te correspondía a ti, Saturno, y ninguna divinidad moderna se pegó al costado de Océano, y Temis fue relegada muchas veces al último lugar [386], hasta que el Honor y la conveniente Reverencia, de cara placentera, unieron sus cuerpos en un lecho legítimo. De ellos nació la Majestad, que modera a todo el universo, y el día que la tuvieron en parto fue importante. Sin pérdida de tiempo se sentó preeminentemente en medio del Olimpo, y era de ver por su color áureo y sus pliegues de púrpura. Con ella se sentaron el Pudor y el Miedo; habrías visto a cada divinidad componiendo su aspecto a su estilo. Inmediatamente se metió en las mentes la consideración de los honores: la dignidad tenía su precio, y ninguno estaba conforme consigo mismo. Esta situación perduró en el cielo muchos años, hasta que el dios más viejo cayó de su pedestal [387] por obra del destino. La Tierra produjo unos partos feroces, unos monstruos colosales, los Gigantes, que habían de atreverse a marchar contra la mansión de Júpiter. Les había dado mil manos, y serpientes por piernas, diciéndoles: «Levantad las armas contra los grandes dioses». Los gigantes se disponían a amontonar montañas hasta las altas estrellas y provocar al gran Júpiter con la guerra. Júpiter arrojó rayos desde el alcázar del cielo y dirigió los inmensos pesos contra sus promotores. La Majestad de los dioses, defendida de buena manera con estas armas, ha subsistido y desde aquella ocasión permanece venerada. Desde entonces se sienta junto a Júpiter, es la custodia fidelísima de Júpiter y proporciona a Júpiter el cetro que sostiene sin violencia. También llegó a las tierras: Rómulo y Numa la adoraron; luego, los demás, cada cual en su época. Ella vela por padres y madres en piadoso honor, ella viene de compañera de niños y niñas, ella encomienda la entrega de insignias y el marfil curul, ella celebra el triunfo encumbrada en caballos coronados». Polihimnia había puesto término a sus palabras. Clío y la sabia Talía de recurvada lira aprobaron sus palabras.

[383] En el monte Helicón de Beocia había dos fuentes consagradas a las Musas: una era Aganipe, y la otra Hipocrene, «la fuente del caballo», así llamada en conexión con Pegaso, el caballo de Belerofonte. Ovidio confunde aquí a las dos fuentes en una.

[384] Es el caballo Pegaso citado en la nota anterior. Véase III 452.

[385] Lo normal era admitir cuatro elementos, como el propio Ovidio en I 105 ss.

[386] Océano y Temis eran de las más antiguas deidades, por lo que esperaban tener precedencia sobre las deidades más jóvenes, como Apolo, Ártemis, Ares, Hermes, etc.

[387] Saturno fue destronado por su hijo Júpiter. Véase IV 197 ss.

«*Maiores*»

Tomó la palabra Urania; el grupo guardó silencio y no era posible oír voz alguna sino la suya: «En otro tiempo era grande el respeto dispensado a una cabeza con canas, y las arrugas de los viejos eran objeto de consideración. Los jóvenes administraban la obra de Marte y las guerras animosas y se mantenían en sus puestos en defensa de los dioses de cada uno; la edad disminuida en sus fuerzas e inútil para sostener un arma, muchas veces, con su consejo, era de ayuda para la patria. La curia se abrió entonces sólo para los de años maduros y el apacible nombre del senado procedía de la edad. Los más viejos daban leyes al pueblo, y se fijaron límites de edad con leyes determinadas para ser candidato a un cargo a partir de ellos. El viejo marchaba en medio de los jóvenes, sin que éstos lo tomasen a mal, y si sólo le acompañaba uno, en la parte de dentro [388]. ¿Quién se iba a atrever a decir palabras ruborizantes en presencia de un viejo? La censura la proporcionaba una prolongada vejez. Rómulo reparó en esto y llamó padres a los individuos que había seleccionado; a ellos se les confió el gobierno de la nueva ciudad. Por ello, me siento tentado a pensar que los viejos dieron su nombre a mayo, y de esta manera se guiaron por su edad. Y Númitor pudo decir: "Rómulo, asigna este mes a los viejos", y el nieto no pudo oponerse al abuelo. Y no es ligera la prueba del honor propuesto que proporciona el mes siguiente, junio, así llamado por el nombre de los jóvenes».

[388] Quiere decir a la derecha, puesto que en la parte de fuera quiere decir a la izquierda.

«*Maia*»

A continuación, Caliopea, con sus descuidados cabellos atados con hiedra, empezó la primera de su coro: «En otros tiempos, se había casado con la Titánide Tetís Océano, que rodea toda la extensión de la tierra con sus aguas fluidas. Pleíone, que nació de ese matrimonio, según cuenta la fama, se unió a Atlas, sostén del cielo, y engendró a las Pléyades [389]. Entre éstas, Maya, dicen, superó en belleza a sus hermanas y se acostó con Júpiter supremo. Dio a luz en la cima de Cilene [390], rica en cipreses, al que patea el camino del cielo con su rápido pie. Los arcadios y el absorbente Ladón y el gigantesco Ménalo [391], una tierra que se cree anterior a la luna, lo veneran ritualmente. Desterrado de Arcadia, había llegado Evandro a los campos del Lacio, y había traído en su viaje a los dioses. Aquí, donde ahora está Roma, cabeza del mundo, había arboles y hierbas y unos pocos ganados y escasas chabolas. Cuando llegaron a este lugar, su profética madre [392] dijo: 'Deteneos, pues este campo será la sede del imperio'. Como a madre y adivina, el héroe nonacrio [393] le obedeció y se quedó de huésped en una tierra extranjera, y enseñó a estas gentes muchos ritos en general, pero en primer término los de Fauno bicorne [394] y los del dios de pies alados. ¡Fauno semicabrío!, los Lupercos con sus fajas te veneran, cuando las pieles cortadas purifican las ca-

[389] Véase IV 169 ss.

[390] La montaña más alta de Arcadia. El «que patea el camino del cielo» es Mercurio (Hermes), el dios-mensajero.

[391] Véase II 273. Ménalo era el nombre de una montaña en Arcadia, consagrada al dios Pan.

[392] Véase I 470.

[393] Nonacrio equivale a arcadio, y es Evandro. Véase II 275.

[394] Véase II 267 ss. Estos ritos son los *Lupercalia*.

lles concurridas. Y tú por tu parte diste el nombre de tu madre al mes, inventor de la lira curvada [395], socorro de los ladrones [396]. No fue este tu primer gesto de amor; pasas por haber puesto a la lira siete cuerdas, el número de las Pléyades». También había terminado ésta; sus hermanas expresaron palabras de alabanza. ¿Qué es lo que puedo hacer? La posición de cada una del grupo tiene la misma fuerza. Que nos asista por igual el favor de las Piérides y no tenga yo que alabar a ninguna más o menos que a otra.

Día 1: *La Cabra*

Comience el trabajo con Júpiter. La primera noche puedo ver la estrella que tiene por misión cuidar la cuna de Júpiter: sale el astro lluvioso de la Cabra Olenia, la cual posee el cielo como premio de la leche que había dado. Cuentan que la náyade Amaltea, famosa en el Ida cretense, ocultó a Júpiter en las selvas. Poseía una cabra que llamaba la atención entre los rebaños dicteos, hermosa madre de dos cabritos, con cuernos largos y retorcidos sobre el lomo, y una ubre que podría tener la nodriza de Júpiter. Dicha cabra le daba la leche al dios. Pero se había partido un cuerno en un árbol y su belleza quedó truncada en la mitad. La ninfa lo recogió y lo envolvió en hierbas frescas y lo llevó a presencia de Júpiter lleno de manzanas. Éste, una vez que se hubo hecho con el poder en el cielo y se hubo sentado en el trono de su padre, y no existía nada más grande que el invencible Júpiter, hizo astro a la nodriza y fértil al cuerno de la nodriza, que aún hoy lleva el nombre de su dueña.

[395] Se creía que Mercurio había inventado la lira con un caparazón de tortuga.

[396] Mercurio era el patrón de los ladrones, pues él mismo había sido un ladrón, robando cincuenta cabezas de ganado a los dioses y tesoros y objetos votivos en el santuario de Apolo, por lo que los dioses lo llamaban el «Príncipe de los Ladrones».

Los Lares tutelares

Las calendas de mayo vieron la fundación de un altar a los Lares tutelares y de pequeñas estatuas a los dioses: Curio, precisamente, las había ofrecido; pero la mucha antigüedad las destruyó, y el largo envejecimiento ha dañado a la piedra. Sin embargo, la razón del apelativo que le dieron había sido el que con sus ojos lo consevan todo seguro. Se alzan también en nuestra defensa y presiden las murallas de la ciudad, y están presentes y nos traen auxilio. Ahora bien, ante sus pies estaba un perro tallado en la misma piedra. ¿Cuál fue la razón de estar junto al Lar? Ambos guardan la casa, ambos son fieles a su dueño también. Las encrucijadas son gratas para el dios, las encrucijadas son gratas a los perros. El Lar y el pelotón de Diana [397] ahuyentan a los ladrones. Pasan la noche en vela los Lares, en vela pasan la noche los perros. Buscaba las dos estrellas de los dioses gemelos, pero la fuerza del tiempo y los años las habían hecho caer. La ciudad tiene mil Lares y el Genio del general que los introdujo, y los barrios adoran tres divinidades [398]. ¿Adónde voy? El mes de agosto reclama el derecho sobre el poema que trata de eso [399].

[397] Los perros.

[398] Augusto dividió a Roma en 625 barrios o parroquias, con un presidente en cada una, entre cuyos deberes estaba la celebración del culto a los dos Lares, más al Genio de Augusto (el «Genio del general»). De ahí que se hable de «Tres divinidades». En las inscripciones se lee: *Laribus Augustis et Genio Caesaris* («a los Lares augústeos y el Genio del César»).

[399] Ovidio tenía la intención de escribir doce libros de Fastos; el mes de agosto habría sido el apropiado para cantar las fiestas de Augusto, que dio el nuevo nombre al mes.

La «Bona Dea»

Mientras tanto, hay que cantar a la *Bona Dea.* Existe un peñasco en su sitio originario, que dio nombre al lugar. Lo llaman la Roca; abarca buena parte del monte. En esta roca se había instalado en vano Remo el día que los pájaros del Palatino dieron las primeras señales a su hermano. Los padres levantaron allí en una calva de suave ladera un templo que aborrece la mirada de los varones [400]. Lo dedicó una heredera del viejo nombre de los Clausos [401], cuyo cuerpo virginal no había tocado varón alguno. Livia lo restauró, con lo que imitaba y seguía a su marido punto por punto.

Día 2: Las Híadas

Cuando la siguiente hija de Hiperion [402] levante, tras desplazar a las estrellas, su antorcha de rosa en los caballos matutinos, el frío Argestes [403] acariciará la punta de las espigas, y velas blancas se harán a la mar desde las aguas de Calabria. Pero tan pronto como el crepúsculo oscuro traiga la noche, ninguna parte del rebaño entero de las Híadas quedará oculta. Brilla la careta del Toro, irradiando siete bengalas, la cual los marineros griegos llaman Híadas [404] por la lluvia *(hýein).* Unos creen que alimentaron a Baco, otros piensan que eran las nietas de Tetís y del viejo Océano. Aún no tenía cargados sus hombros Atlas con el Olimpo, cuando nació Híade, digno

---

[400] Los hombres no podían entrar en el templo de la *Bona Dea* («La Buena Diosa»).

[401] Véase IV 305.

[402] Es la Aurora que se suponía hija de Hiperion y hermana del Sol.

[403] Viento muy frío del Noroeste. Favorecía a las naves que zarpaban de Brindis en Calabria.

[404] Los antiguos creían que las Híadas eran un grupo de siete estrellas situadas en la frente del Toro (Tauro).

de ver por su belleza. A éste y a las ninfas les dio a luz a su debido tiempo Etra, retoño del Océano, pero Híade nació primero. Mientras tenía una incipiente pelusa, aterrorizaba a los asustadizos ciervos y la liebre era una presa bonita. Mas una vez que ganó valor con los años, osaba atacar a los jabalíes y a los leones hirsutos, y cuando iba buscando la guarida y los cachorros de una leona, él mismo fue sangrienta presa de una alimaña líbica. Su madre lloró a Híade, a Híade lloraron sus tristes hermanas y el que había de sostener el universo con sus espaldas, Atlas; pero sus hermanas sobrepasaron el amor de sus padres: ese amor les ganó el cielo, Híade les dio el nombre.

Flora

«¡Madre de las flores, ven, que has de ser festejada con juegos y regocijos! [405]. El mes anterior había aplazado tu lote. Comienzas en abril, pasas a los días de mayo: te abarca el mes que se va y el mes que llega. Puesto que es y te corresponde el límite entre los dos meses, tanto el uno como el otro conviene a tus alabanzas. El Circo y la palma de la victoria, coreada en los teatros, caen en este mes. Marche este poema con el regalo del Circo también. Enséñame tú misma quién eres. El parecer de los hombres es engañoso: tú serás la mejor garantía de su nombre propio». Esto decía yo. La diosa respondió a mis preguntas del siguiente modo (al hablar, su boca exhalaba olor a rosas de la primavera): «Yo era Cloris, que ahora me llamo Flora: una letra griega de mi nombre se ha corrompido en el término latino [406]. Cloris era, ninfa de las llanuras felices, donde sabes que antes afortunados

---

[405] Es la fiesta de los *Floralia,* que se extendía del 28 de abril al 3 de mayo.

[406] Etimología engañosa. *Flora* proviene del latín *flos* («flor»), según toda evidencia.

hombres tenían su medio de vida; modesta como soy, se me hace duro exponer la belleza que tuve. Pero esa belleza le encontró a mi madre un dios por yerno. Era primavera; yo iba paseando; el Céfiro [407] me descubrió, yo iba a alejarme. Me persiguió, yo huía; él era más fuerte. Y el Bóreas [408], que se había atrevido a llevarse un botín de la casa de Erecteo [409], había dado a su hermano pleno derecho para el pillaje. Sin embargo, enmendó su acto violento, dándome el nombre de esposa, y no tengo queja ninguna de mi matrimonio. Gozo de una primavera eterna: el año está siempre sonriente, los árboles tienen siempre hojas, la tierra siempre pastizales. Tengo en los campos que constituyen mi dote un jardín exuberante: el viento lo respeta, una fuente de agua cristalina lo riega. Mi marido cubrió este jardín de flores generosas y me dijo: "Tú, diosa, ostenta la soberanía de las flores". Yo quise muchas veces contar la serie de colores y no pude; su cantidad sobrepasaba la cuenta. Tan pronto como la escarcha y el rocío se sacudieron de las hojas y el follaje variado se entibió con los rayos del sol, acudieron las Horas, embutidas en sus ropas variopintas, y recogieron mis regalos en ligeros canastillos. Al punto se aproximaron las Cárites y tejieron coronas y guirnaldas que sirviesen para ceñir las cabelleras de los celestiales. Fui la primera en desparramar a lo ancho de los pueblos las nuevas simientes. Antes la tierra tenía un solo color. Fui la primera en hacer de la sangre del Terapneo [410] una flor, y en sus hojas subsiste escrita la queja. También tú, Narciso [411], tienes tu nombre en los

[407] Nombre griego del suave viento del Oeste; en latín es Favonio.

[408] Nombre griego del viento del Norte; en latín es Aquilón.

[409] A su hija Oritüa. El hermano del Bóreas es, naturalmente, el Céfiro.

[410] El terapneo es el espartano Jacinto, de cuya sangre brotó una flor, con la inscripción «ai», de dolor.

[411] El joven Narciso se enamoró de su propia imagen, que contempló

jardines cultivados; desgraciado, que no tenía un doble. ¿A qué hablar de Croco o Atis o del hijo de Ciniras [412], de cuya herida quedó la gloria por mediación mía? También Marte, si no lo sabes, nació gracias a mi arte. Ruego a Júpiter siga sin saberlo como hasta ahora. La sagrada Juno sintió que Júpiter no hubiese precisado su colaboración cuando Minerva nació sin madre [413]. Iba a quejarse ante Océano de la acción de su marido; se detuvo ante mi puerta cansada por la fatiga. Al verla, le dije: "¿Qué te ha traído, hija de Saturno?". Ella me explicó el sitio donde iba y añadió el motivo. Yo la consolaba con palabras amistosas: "No es con palabras —dijo— como tengo que aliviar mis cuitas. Si Júpiter ha sido padre, desdeñando la colaboración de su esposa, y él solo tiene el nombre de padre y madre, ¿por qué voy a desesperar yo de ser madre sin esposo, y parir sin contacto con varón, bajo condición de ser casta? Voy a probar toda clase de fármacos a lo largo de la ancha tierra y escudriñaré los mares y los rincones del Tártaro". Su voz seguía su curso, pero en mi cara surgieron señales de duda. Dijo: "No sé qué poder, ninfa, pareces tener". Quise prometerle ayuda tres veces, tres veces quedó agarrotada mi lengua; la razón de mi gran miedo era la cólera de Júpiter. "Préstame auxilio, por favor —dijo—, no descubriré al autor y pondré por testigo a la divinidad del agua estigia". "Lo que deseas —le dije— te lo proporcionará una flor que te enviaré de los huertos olenios; es flor única en mi jardín. El que me la regaló, me dijo: 'Toca también con ella a una novilla estéril, será ma-

en una fuente, y murió loco a causa de ello. Tras su muerte se convirtió en la flor que lleva su nombre.

[412] De Croco, la flor del azafrán; de Atis, las violetas. El hijo de Ciniras es Adonis, de cuya roja sangre surgió la anémona.

[413] Véase III 840 ss.

dre'. La toqué, y sin pasar ningún tiempo, era madre.» Inmediatamente, corté con mis dedos la flor resistente. Toqué a Juno y ella se quedó en estado cuando le toqué el vientre. Y ya embarazada entró por Tracia y las costas de la izquierda de la Propóntide; sus deseos se hicieron realidad y había nacido Marte. El cual, recordando que había nacido por mediación mía, me dijo: «Ten tú también un puesto en la ciudad de Rómulo». ¿Piensas tal vez que mi soberanía se limita únicamente a las tiernas coronas? Mi poder divino afecta también a los campos de labranza. Si las mieses cuajan bien las flores, habrá era rica; si cuaja bien la flor de la viña, habrá vino; si cuajan bien las flores del olivo, el año será muy fértil, y habrá producción de frutas ese año. Una vez que se pierde la flor, perecen con ella las arvejas y las habas, y perecen tus lentejas, Nilo, que llegas de tierras remotas. También los vinos florecen, encerrados trabajosamente en grandes barriles, y las heces cubren la superficie de los toneles. La miel es regalo mío; yo soy la que convoco los insectos que producirán la miel a las violetas, los codesos y los tomillos blanqueantes. Yo soy también la que hace lo mismo cuando los espíritus son exuberantes en los años de juventud y los cuerpos asimismo cobran vigor». Mientras decía estas cosas yo la admiraba en silencio. Pero ella me dijo: «Tienes derecho a aprender todo lo que preguntes». «Dime, diosa —le respondí—, ¿cuál es el origen de los juegos?». Apenas había terminado, cuando me contestó: «Todavía no estaban de moda los demás instrumentos de la exuberancia; los ricos poseían los ganados o la ancha tierra; de ahí surgió el nombre de rico, de ahí el del dinero mismo [414], pero ya cada cual

[414] La palabra latina *pecunia*, que significa «dinero», procede de *pecus*, que significa «ganado».

acumulaba riquezas por medios ilegales; se había hecho costumbre popular pastorear en los bosques, y ello fue lícito largo tiempo, y no existía castigo alguno. La gente conservaba su predio público sin que nadie lo reclamase; y sólo los pusilánimes pastoreaban en terreno propio. Semejante libertinaje llegó a conocimiento de los ediles plebeyos, los Publicios [415]; hasta entonces les habían pasado inadvertidas las intenciones de los hombres. El pueblo entendió en el asunto, los culpables sufrieron multas; su público cuidado repercutió en honor de los defensores. Parte de la multa me la asignaron a mí, y los vencedores instituyeron nuevos juegos entre el fervor popular. Con otra parte arrendaron la construcción de una cuesta que entonces era una roca inaccesible; ahora es un camino transitable, y lo llaman Publicio» [416]. Yo me había creído que las fiestas eran anuales. La diosa dijo que no, y a sus palabras añadió otras razones: «A mí también me corresponde el honor; disfrutamos con las fiestas y los altares, y los celestes somos una banda pretenciosa. Muchas veces alguno se granjeó la enemistad de los dioses con sus faltas, y por esos delitos se ofrecía una víctima tierna; he visto muchas veces a Júpiter, a punto de querer arrojar sus rayos, detener su mano, si se le ofrecía incienso. Pero si se nos desdeña, la injuria se paga con grandes castigos, y la cólera sobrepasa la justa medida. Fíjate en el Testíada [417]: se quemó con llamas ajenas; el motivo fue que el altar de Febe estaba sin fuego. Fíjate en el Tantálida [418]: la misma diosa retenía sus velas.

[415] Lucio y Manio Publicio Maléolo.

[416] El *Clivus Publicius*, que asciende al Aventino.

[417] Es Meleagro, hijo de Eneo, rey de Calidonia, por su esposa Altea, hija de Testio. Un oráculo había predicho que moriría cuando se consumiese cierta rama que ardía en un hogar.

[418] Agamenón, hijo de Atreo, hijo de Pélope, hijo de Tántalo. Árte-

Es una virgen, y sin embargo se vengó dos veces del desprecio de sus fuegos. Desgraciado Hipólito, querrías haber adorado a Dione [419] cuando te descuartizaron los caballos asustados. Largo sería narrar los olvidos enmendados a costa de suplicios. A mí también me dieron de lado los padres romanos. ¿Qué debía hacer para que mi resentimiento se hiciese manifiesto? ¿Qué castigos exigir por la mancha echada sobre mí? En mi amargura descuidé mi deber. No vigilaba campo alguno ni tenía en consideración los fértiles jardines; los lirios se habían agostado, podías ver las violetas resecas y languidecidos los tallos del rojizo azafrán. El Céfiro me dijo muchas veces: «No eches a perder tú misma tus dotes»; no tenía en aprecio mi dote. Los olivos estaban en flor: los vientos impetuosos los dañaron; las mieses estaban en flor: el granizo lastimó a las mieses; la viña hacía abrigar esperanzas: ennegrecióse el cielo con los austros y los pámpanos se cayeron con la lluvia inesperada. Y ni quería serlo ni soy cruel en mi cólera, pero no me tomé ningún cuidado de evitarla. Los padres se reunieron y ofrecieron una fiesta anual a mi vanidad por el buen florecimiento del año. Acepté el ofrecimiento. Los cónsules Lenate y Postumio [420] celebraron los juegos en mi honor».

Tenía intención de preguntarle por qué durante estos juegos hay mayor libertinaje y bromas más desenfadadas, pero me vino al recuerdo que esta diosa no es severa y que los regalos que trae se prestan a la frivolidad. Las sienes de los que han bebido se rodean de guirnaldas entrelazadas

---

mis, ofendida por la presunción de Agamenón, detuvo su escuadra en Áulide, obligándole a un sacrificio.

[419] Venus.

[420] Cónsules en el 173 a. C.

y las mesas relucen ocultas bajo las rosas que les han echado; el comensal baila borracho con el pelo recogido por una corona de tilo y abusa imprudentemente de la gracia del vino; canta borracho ante el duro umbral de su hermosa amiga, blandas guirnaldas sostienen sus cabellos perfumados. Nada serio se hace con la frente coronada y los que se ciñen de flores no beben agua pura. Mientras tu corriente, Aqueloo, no se había mezclado con el juego de los racimos, nadie se cuidaba de tomar rosas. Baco es aficionado a las flores; por la estrella de Ariadna [421] puedes enterarte de que la Corona era del agrado de Baco. A Flora le va bien una escena sencilla; a esta diosa, os lo digo yo, no hay que meterla entre las que llevan coturno. La razón por la que una legión de rameras acude a estos juegos no es difícil de hallar. La diosa no es de las que profesan actividades tétricas ni importantes; desea que sus ritos estén abiertos a la masa popular y aconseja aprovecharse del esplendor de la vida mientras está en flor; pues tiramos las espinas cuando se han caído la rosas. Pero ¿cómo es que, si en el festival de Ceres se regalan vestidos blancos, Flora se arregla con atavíos multicolores? ¿Es porque la mies se pone blanca cuando maduran las espigas, y en cambio las flores acaparan todos los colores y vistosidades? Dijo que sí, y agitando el pelo cayeron flores, como caen las rosas que se han colocado en las mesas.

Faltaban las luces, cuya causa se me escapaba, cuando la diosa me sacó de la duda del modo siguiente: «Bien porque los campos relucen con flores purpúreas, ha parecido que las luces constituyen un buen ornato para los días a mí dedicados; bien porque ni la flor ni las llamas tienen colores apagados y ambos brillos atraen las miradas; bien

---

[421] Véase III 460.

porque a nuestros regocijos conviene el libertinaje nocturno. La tercera razón lleva trazas de ser la verdadera». «Poco es ya lo que resta por preguntarte si me lo permites», dije; y ella me dijo: «Permitido». «¿Por qué encierras en las redes en vez de leones líbicos cabras pacíficas y solícitas liebres?». Me respondió que a ella no correspondían las selvas, sino los jardines y los campos en que no entran las alimañas agresivas. Había puesto punto final; se alejó en la brisa sutil; quedó su perfume: podías saber que era una diosa. Para que el poema de Nasón florezca toda la vida, salpica mi corazón, te lo ruego, con tus dones.

Día 3: *Centauro*

En menos de cuatro noches sacará su constelación Quirón, medio hombre completado con el cuerpo de un caballo alazán [422]. El Pelio, montaña de Hemonia [423], está orientado hacia los austros; en la cima verdean los pinos, el resto lo cubren las encinas. Lo habitó el Filírida [424]. Hay una cueva de roca antigua que testimonia que el viejo [425] compasivo la habitó. Se cuenta que dicho viejo ocupó en tocar la lira a unas manos que estaban destinadas a dar muerte a Héctor. Había llegado el Alcida [426], con parte de sus trabajos concluidos, y apenas si quedaban al héroe las últimas órdenes por cumplir. Podéis ver cómo se levantaban juntos por azar los dos destinos de Troya: de un lado, el joven descendiente de Éaco [427], del otro, el hijo de Júpiter. El héroe, hijo

[422] La constelación del Centauro.

[423] Nombre antiguo de Tesalia, al norte de la península balcánica.

[424] Es Quirón, por cuanto hijo de Saturno y de Fílira, hija de Océano.

[425] Quirón.

[426] Hércules. Hércules era hijo de Júpiter.

[427] Aquiles, hijo de Peleo y nieto de Éaco. Peleo lo llevó junto al Centauro para que lo educase entre los leones y otras fieras del bosque,

de Fílira, acogió en hospitalidad al joven, preguntándole la razón de su llegada, que el otro le explicó. Entretanto cayó en la cuenta de la clava y del despojo del león, y le dijo: «¡Héroe digno de estas armas; armas dignas de un héroe!». Y las manos de Aquiles no pudieron contenerse de tocar la piel erizada de cerdas. Y mientras el viejo examinaba las armas empozoñadas se le cayó una flecha que se clavó en el pie izquierdo. Emitió una queja Quirón y extrajo el hierro de su cuerpo, y se lamentaron el hijo de Alceo y el muchacho hemonio [428]. Pero el propio Quirón recogió hierbas en las colinas pagaseas [429] y las aderezó y las aplicó a las heridas en vano remedio: el veneno devorador podía con el remedio, y el tóxico penetró hasta dentro de los huesos y de todo el cuerpo. La sangre de la hidra de Lerna [430] mezclada con la sangre del Centauro no brindaba oportunidad de salvación. Aquiles, bañado en lágrimas, estaba de pie ante él, como ante su padre. Así hubiera llorado a Peleo [431] a la hora de su muerte. Muchas veces apretaba las manos enfermas con sus manos amigas (el maestro recibía el premio del carácter que había formado); muchas veces lo besaba, y muchas veces le dijo, postrado como estaba: «¡Vive, te lo ruego, y no me dejes, padre querido!». Se acercaba el noveno día, cuando tú, justísimo Quirón, quedabas con tu cuerpo ceñido de catorce estrellas [432].

con el fin de que adquiriese simpatéticamente la fiereza y fortaleza de esos animales.

[428] Aquiles, procedente de Tesalia. Véase III 165 ss.

[429] O tesalias, por cuanto Págasas era un puerto de Tesalia.

[430] Porque Hércules había empapado sus flechas con la sangre de esta hidra, un monstruo, hijo de Equidna y Tifón, criado por Heras para que sirviese de prueba al héroe. Poseía varias cabezas y su aliento era letal.

[431] Su padre. Recuérdese el verso 390 y la nota 426.

[432] O 23, según otro cómputo.

Día 5: La Lira

La corvada Lira querría seguirlo, pero aún no había camino idóneo: la tercera noche será el momento oportuno.

Día 6: Escorpión

Cuando digamos: «Mañana amanecerá el día de las Nonas», se dejará ver en el cielo la mitad de Escorpión.

Días 9, 11, 13: Los lémures

A partir de ellas, cuando Véspero haya asomado tres veces su hermosa faz, y las estrellas vencidas cedan tres veces su puesto a Febo, será el ceremonial de un rito antiguo, la *Lemuria* [433] nocturna, la que traerá las ofrendas para los manes silenciosos. El año era más corto, y todavía no se conocían los ritos de expiación, y no existías aún tú, Jano biforme, cabeza de los meses. Pero, sin embargo, se ofrecían los dones a las cenizas extintas, y el nieto purificaba la tumba en que estaba enterrado su abuelo. Era el mes de mayo, así llamado por el nombre de los antepasados *(maiores),* que todavía ahora conserva parte de la costumbre antigua. Cuando está mediada la noche y brinda silencio al sueño, y han callado los perros y los diferentes pájaros, el oferente, que se acuerda del viejo rito y es reverencioso con los dioses, se levanta (sus pies no llevan atadura alguna) y hace una señal con el dedo pulgar en medio de los dedos cerrados, para que en su silencio no le salga al encuentro una sombra ligera. Y cuando ha lavado sus manos puras con agua de una fuente, se da la vuelta, y antes coge habas negras, y las arroja de espaldas; pero al arrojarlas dice: «Yo arrojo estas habas, con ellas me salvo yo y los míos». Esto lo dice nueve veces y no vuelve la vista; se estima que la sombra las recoge y está a nuestras espaldas sin que la vean. De

[433] Los *lémures* son los espíritus errantes de los muertos.

nuevo toca el agua y hace sonar bronces temeseos [434] y ruega que salga la sombra de su casa, al haber dicho nueve veces: «Salid, manes de mis padres»; vuelve la vista y entiende que ha realizado el ceremonial con pureza. De dónde dieron nombre al día, cuál sea el origen del nombre, se me escapa: hay que averiguarlo de algún dios. Enséñamelo tú, hijo de la Pléyade [435], venerable por tu poderoso caduceo [436]; tú has visto muchas veces la mansión real de Júpiter estigio [437]. Llegó el caducífero, según lo había invocado. Escucha la razón del nombre: por el propio dios conocí la razón. Cuando Rómulo enterraba en la tumba los restos de su hermano y se celebraba el funeral por Remo, que tan fatalmente se había precipitado, el infortunado Fáustulo y Aca [438], con el pelo suelto, humedecían con sus lágrimas los huesos abrasados. Luego regresaban entristecidos a casa al caer la tarde y se arrojaron en el duro lecho, tal como éste estaba. Les pareció que la sombra ensangrentada de Remo se sentaba junto al lecho y que con voz desmayada les hablaba estas palabras: «Aquí me tenéis, a mí, que era la mitad, la justa mitad de vuestros desvelos; ¡mirad cómo estoy, tan distinto de como era hace poco! Hace poco, si los pájaros me hubiesen asignado el reino, yo hubiera podido ser el más grande entre mi pueblo; ahora soy una sombra vana escapada de las llamas de la pira: ¡ésta es la imagen que ha quedado de aquel Remo que fui! ¡Ay!, ¿dónde está mi padre Marte? Si es que vosotros ha-

[434] Témesa era una antigua ciudad de los Abruzzos, donde existían minas de cobre que se utilizaban para la acuñación de moneda.

[435] Mercurio, que era hijo de la Pléyade Maya.

[436] Con su caduceo o vara podía Mercurio adormecer o despertar a los hombres.

[437] Plutón, dios de la Estige, la laguna del mundo subterráneo.

[438] Véase IV 854.

béis dicho la verdad y él nos proporcionó las ubres de la loba cuando estábamos abandonados. A quien el animal salvó, la mano temeraria de un ciudadano ha perdido. ¡Oh, cuánto más generosa fue ella! Despiadado Céler [439], ojalá rindas por herida tu alma cruel y desciendas a la tierra ensangrentada igual que yo. Mi hermano no había querido esto, él me tiene amor, que yo correspondo; dio sus lágrimas a los manes, que es lo que podía. Pedid vosotros a él, por vuestras lágrimas, por la nutrición que me dispensasteis, que señale en mi honor la celebración de este día». Quisieron abrazar a quien hacía tal encargo y alargaron los brazos: la sombra escurridiza se escapó de las manos que trataban de atenazarla. Cuando la imagen fugitiva se llevó consigo el sueño, los dos contaron al rey las palabras de su hermano. Rómulo le hizo caso y llamó Remuria a aquel día, en que se cumple con el deber para con los antepasados enterrados. La letra áspera, primera del nombre, se cambió a lo largo del tiempo en suave. Luego llamaron también «lémures» a las almas de los silenciosos: éste era el sentido de la palabra, ésta era la fuerza del término. Sin embargo, los antiguos cerraron los templos durante aquellos días, al igual que ahora los ves cerrados en la época consagrada a los muertos. Asimismo esta época no es apropiada para las antorchas nupciales de viuda o de doncella: la que se casa no dura mucho. Por la misma razón, si te dicen algo los proverbios, afirma la gente que las mujeres malas se casan en el mes de mayo. Pero estas tres fiestas caen en la misma época, aunque sin sucederse en días correlativos.

[439] El hombre que le dio muerte. Véase IV 813 ss.

Si buscas a Orión beocio en los días intermedios, te llevarás un chasco. Debo referir la causa de la constelación.

Día 11: Orión

Júpiter y su hermano, el que reina en el ancho mar, y Mercurio emprendían un camino en compañía. Era la hora en que regresan los arados, vueltos sobre el yugo, y el cordero bebe boca arriba la leche de la oveja. Por casualidad los vio el viejo Hirieo, labrador de estrecho campillo, así como se hallaba de pie delante de su ruin chabola, y les dijo de la siguiente manera: «El camino es largo y no queda mucho tiempo, y mi puerta está abierta para los huéspedes». Reforzó sus palabras con la expresión y les rogó otra vez: los dioses se avinieron a lo prometido y disimularon que eran tales. Entraron en la casa del viejo, afeada por negro humo; había un pequeño fuego con leña del día anterior. Él mismo, puesto de rodillas, avivaba las llamas soplándolas, y sacó los troncos, los sacudió y partió en pedazos. Había dos pucheros: el uno contenía habas, el otro verduras, y ambos hervían bajo la presión de sus tapaderas. Y mientras hacía tiempo, les sirvió vino tinto con su mano derecha temblando. El dios del mar tomó la primera copa. Cuando la hubo apurado, dijo: «Echa de nuevo para que beba ahora Júpiter». Al oír el nombre de Júpiter, el viejo palideció. Cuando recobró los ánimos, sacrificó el buey que labraba su pobre campo y lo asó en una gran fogata; y sacó el vino que estaba envasado en una cuba ahumada y que él había prensado en los primeros años de su vida, cuando era muchacho. Y sin más tardar se echaron en unas camas que tenían ovas del río cubiertas con lino y, aun así, nada altas. La mesa resplandecía, ora con la comida, ora con el vino servido: el ánfora era de tierra rojiza, las copas de haya. Éstas fueron las palabras de Júpiter: «Si

tienes algún deseo, exprésalo; lo obtendrás, cualquiera que sea». Las apacibles palabras del viejo fueron: «Tenía una esposa que conocí en la flor de mi primera juventud. ¿Preguntáis dónde está ahora? Enterrada en una urna. Yo le dije con juramento en el que os invoqué a vosotros: «Tú serás la única que me tenga por esposo». Se lo dije y he cumplido mi palabra. Pero, en fin, el deseo que tengo es de otra índole; no quiero ser esposo, pero sí padre». Todos los dioses asintieron; todos se colocaron junto a la piel del novillo —me da vergüenza contar lo que vino después—; y luego cubrieron el lomo humedecido echándole tierra; y ya habían pasado diez meses y un niño había nacido. Hirieo le puso el nombre de Urión, por haber sido engendrado de semejante manera: la primera letra de su nombre ha perdido su antiguo sonido. Creció con talla enorme; la Delia [440] lo tomó de compañero; él era el guardián de la diosa, él, su sirvienta. Sus palabras imprudentes provocaron la cólera de los dioses: «No existe animal alguno al que yo no pueda vencer» —dijo—. La tierra engendró un escorpión; su objetivo era atacar a la diosa madre de los Gemelos con su aguijón retorcido. Orión se interpuso. Latona lo encumbró entre las estrellas brillantes, y dijo: «Recibe el premio que te mereces».

Día 12: *Marte Vengador*

Pero, ¿por qué Orión y los demás astros se apresuran a desaparecer del cielo? ¿Y por qué la noche acorta su curso? ¿Por qué el luminoso día, presidido por la estrella de la mañana, aleja el resplandor de la llanura del mar más pronto de lo acostumbrado? ¿Me engaño, o resuenan armas? No me engaño, había sonar de armas; había llegado Marte y al llegar había dado

[440] Diana.

señales de guerra. El propio Vengador había descendido del cielo a recibir sus honores y el templo que se divisa en el foro de Augusto [441]. El dios es grande y su monumento también: no de otro modo debía habitar Marte en la ciudad de su hijo. Este santuario es digno de los trofeos de los Gigantes; de aquí conviene que el Gradivo promueva las guerras feroces, tanto si nos acosa algún sacrílego desde el mundo oriental, como si hay que reducir a alguien del Sol poniente. El Soberano de las armas contempla el pináculo del elevado edificio y aprueba que los dioses invictos ocupen los lugares más altos. Ve en las jambas armas de distinta hechura y armas de tierras conquistadas por sus soldados. En una parte ve a Eneas cargado con el querido peso y a tantos antepasados de la nobleza julia; en otra, ve al hijo de Ilia llevando en sus hombros las armas del paladín y ve las gestas preclaras al pie de la fila de héroes [442]. Contempla también el templo con el nombre de Augusto en su fachada, y el edificio le parece más grande al leer el nombre de César. Augusto había prometido este templo de joven, cuando empuñó las armas que su amor le exigía; con hechos tan grandes tenía que inaugurarse el principado. Extendiendo las manos, mientras a un lado se alineaban las tropas leales y al otro, los conjurados, dijo las siguientes palabras: «Si mi padre, sacerdote de Vesta [443], es quien patrocina mi guerra, y estoy decidido

[441] En la guerra contra los asesinos de César, Augusto había prometido un templo a Marte. Dicho templo fue dedicado en el año 2 a. C. y construido en el que después sería llamado Foro de Augusto.

[442] Ovidio se refiere a estatuas que están levantadas en el Foro de Augusto; cita las de Eneas y Rómulo («El hijo de Ilia»), que llevaban inscripciones, de las que quedan algunos restos.

[443] Julio César, que había sido nombrado Pontífice Máximo en el año 63 a. C.

a vengar a ambas divinidades, ven, Marte, y sacia de sangre criminal la espada, y que tu favor se incline por la causa mejor. Tendrás un templo, y si venzo yo, serás llamado el Vengador». Lo había prometido y regresó contento de derrotar al enemigo. No tuvo bastante con haber ganado una sola vez el calificativo de Vengador para Marte: fue en busca de las enseñas que habían quedado en poder de los partos [444]. Eran una nación protegida por las llanuras, los caballos y las flechas, e inaccesible por los ríos que la circundan. La muerte de los Crasos había dado ánimos a esta nación, cuando perecieron a un tiempo tropa, enseñas y general. Los partos poseían las banderas romanas, honor de la guerra, y el abanderado del águila romana era un enemigo. Y esta vergüenza habría durado hasta hoy si las valientes armas del César no hubieran protegido el poder de Ausonia. Él eliminó las antiguas manchas y el deshonor de largo tiempo. Las banderas recobradas reconocieron a sus dueños. ¿De qué te ha servido, ahora, parto, la costumbre de tirar flechas de espaldas, de qué tu situación geográfica, de qué el uso de rápidos caballos? Devuelves las águilas, entregas también los arcos vencidos; ya no posees prenda alguna que pueda avergonzarnos. Religiosamente se ha dado un templo al dios y por dos veces el nombre del Vengador, y el honor benemérito ha cumplido con la deuda de la promesa. ¡Celebrad, Quirites, juegos solemnes en el Circo! La escena no ha parecido conveniente para un dios valeroso.

[444] En el año 53 a. C. Craso cruzó el Éufrates y fue derrotado por los partos, que se quedaron con las banderas y pendones romanos.

Día 13: *Las Pléyades*

Verás todas las Pléyades y la región entera de las hermanas cuando falte una noche para las Idus. Entonces empieza el verano, según autores nada inseguros, y tiene fin la estación de la templada primavera.

Día 14: *Europa*

El día anterior a las Idus señala que el Toro levanta su rostro estrellado. Un cuento conocido da fe de este signo. Júpiter, en figura de toro, ofreció su lomo a la muchacha tiria [445] y llevó falsos cuernos en la frente. Ella sujetaba con la derecha la crin del toro y con la izquierda su capa, y el propio miedo le prestaba un extraño atractivo. El viento le abombaba el regazo, el viento agitaba su cabellera rubia: muchacha sidonia, así te iba a contemplar Júpiter. Muchas veces encogió sobre el agua sus pies de niña y temió el contacto del agua que salpicaba; muchas veces el dios prudente agachó hasta el agua su lomo para que ella pudiese agarrarse más fuertemente a su cuello. Al arribar a la playa se puso de pie Júpiter sin ninguna clase de cuernos, transformándose de toro en dios. El toro pasó al cielo: a ti, muchacha sidonia, te dejó embarazada Júpiter, y la tercera parte de la tierra [446] lleva tu nombre. Otros dicen que este signo es la novilla faria [447], que se convirtió de hombre en vaca y de vaca en diosa.

[445] Europa.

[446] El continente europeo.

[447] La argiva Ío, a quien Júpiter convirtió en vaca para ocultarla ante su esposa.

Ofrecimiento de imágenes

Luego, también la Virgen suele arrojar desde el puente de roble las imágenes de junco de los hombres primitivos [448]. Existe la vieja creencia de que, con ocasión de haber sido llamada la tierra saturnia, Júpiter, revelador del destino, pronunció las siguientes palabras: «Echad en las aguas etruscas, tribus, dos cuernos que hayan sido sacrificados al viejo que lleva la Guadaña [449]. Hasta que el tirintio llegó a estas tierras, cada año se cumplió con el triste rito a la manera leucadia [450]. Aquél arrojó al agua ciudadanos romanos figurados en paja: a ejemplo de Hércules se arrojan muñecos. Otros piensan que lanzaban desde los puentes viejos enfermos para que los jóvenes, solos, tuviesen el voto. Quien opina que se enviaban a la muerte los viejos que habían sobrepasado los sesenta años, acusa a nuestros abuelos de un crimen execrable. Tíber, enseña la verdad. Tu ribera es más antigua que la ciudad, tú puedes conocer bien los inicios del rito. El Tíber sacó del medio del lecho su cabeza erizada de cañas y abrió su ronca boca con estas palabras: «Vi estos lugares cuando eran hierbas solitarias sin murallas: ambas orillas daban pasto a las vacas desperdigadas, y a quien ahora es el Tíber que las gentes conocen y temen, entonces lo despreciaban hasta los ganados. Muchas veces has oído el nombre de Evandro el arcadio; él batió mis aguas con los remos cuando llegó. Llegó también el Alcida, acompañado de un grupo de aqueos (entonces mi nombre era, si recuerdo bien, Álbula); el héroe palatino recibió en hospi-

[448] Ceremonia desconocida por otras fuentes.

[449] Saturno.

[450] En la isla de Léucade existía la costumbre de arrojar a un criminal al mar.

talidad al joven, y por fin alcanzó a Caco el castigo debido. Se marchó victorioso y se llevó consigo las vacas, el botín de Eritea. Pero los compañeros se negaron a seguir adelante (gran parte de ellos habían llegado de Argos, que habían abandonado): en estas montañas pusieron su esperanza y su hogar. Sin embargo, muchas veces les entra el dulce amor de la patria, y alguno, al morir, encarga que hagan esta pequeña operación: «Arrojadme al Tíber, para que mi ceniza insensible alcance por las aguas del Tíber la costa inaquia». Al heredero no le agrada cuidarse del sepulcro que le han encargado; el extranjero muerto es enterrado en la tierra ausonia; en lugar de él, arrojan al Tíber su figura hecha de juncos, para que regrese a la patria griega a través de largos mares». Punto final: el dios se metió en una cueva que rezumaba por la piedra viva; las aguas ligeras detuvieron su curso.

Día 15: *Mercurio*

Nieto ilustre de Atlas [451], ven: una de las Pléyades te engendró antaño para Júpiter en los montes arcadios. Árbitro de la paz y de la guerra entre los dioses superiores e inferiores, que corres los caminos con pies alados, feliz tocando la lira y feliz con la palestra refulgente, por cuyo magisterio aprendió la lengua a hablar cultamente, los padres te dedicaron en el día de las Idus un templo mirando al Circo: desde esa ocasión éste es tu día de fiesta. Quienesquiera que profesan la venta de mercancías te ruegan, ofreciéndote incienso, que les resportes ganancias. Hay un agua de Mercurio, cerca de la puerta Capena; si cabe creer en los que la han probado, posee efectos milagrosos. A la fuente va el mercader vestido con la túnica y purificado con una urna sahuma-

[451] Mercurio.

da, y coge agua para llevarse. Humedece con el agua una rama de laurel y con el laurel mojado salpica todas las mercancías que pronto han de tener otros dueños. Él también se moja el pelo con el laurel chorreando y pronuncia una plegaria con su voz acostumbrada a engañar: «lava los perjurios del tiempo pasado —dice— lava las palabras engañosas de días anteriores. Si te he puesto por testigo, o he invocado en falso el poder divino de Júpiter, en la creencia de que no iba a oírme, o si a sabiendas he engañado a otro dios o diosa, que los rápidos vientos del sur se lleven mis malas palabras y que el día siguiente me facilite nuevos perjurios y que los dioses de arriba no tomen cuenta de ellos, cuantos haya proferido. Únicamente, concédeme ganancias, concédeme disfrutar de las ganancias adquiridas, y haz que me sea de provecho engañar al comprador». Mercurio se ríe desde lo alto del que pide tales cosas, acordándose de que él había robado las vacas ortigias [452].

Día 20: Gémini

Pero a mí, que te pido algo mucho mejor, revélame, te lo ruego, en qué momento pasa Febo hacia los Gemelos. «Cuando veas que le faltan al mes tantos días cuantos fueron los trabajos de Hércules [453] —dijo—. «Dime —le respondí— la razón de esta constelación». El dios me explicó la razón con su boca elocuente: «Los hermanos Tindáridas [454] —el uno caballero, y el otro boxeador—, habían raptado y se habían llevado a Febe y a la hermana de Febe. Idas y su hermano se prepararon para la guerra y fueron a buscar a sus prometidas, pues ambos habían acordado con Leucipo ser sus yernos. El amor persuadía a los unos a ir a buscarlas y a los otros el negarse a devolverlas; ambas parejas reñían por idéntico motivo. Los Ebálidas podían haber escapado corriendo de sus perseguidores, pero les pareció vergonzoso vencer a base de una rápida huida. Había un lugar desprovisto de árboles, llano propicio para la pelea; allí se detuvieron; el lugar tenía por nombre Afidna [455]. Cástor, con el pecho atravesado por la espada de Linceo, una herida que no esperaba, mordió el polvo. Para vengarle se acercó Pólux y atravesó a Linceo con la lanza, por donde el cuello se une y apoya en los hombros. Idas iba contra él y a duras penas lo repelió el fuego de Júpiter, pero sin embargo dicen que el rayo no arrebató el arma de su mano. Y ya el cielo sublime abría sus puertas para ti, Pólux, cuando dijiste: «Escucha mis palabras, padre; el cielo que me das a mí solo, repártelo entre los dos: la mitad será más grande que el don entero». Dijo, y redimió a su hermano con la permanencia alternada en el cielo [456]. Ambas estrellas son útiles para los barcos en peligro».

Día 21: «Agonia»

El que investiga qué son los Agonia [457] debe regresar al mes de enero, aunque también tienen asignada esta estación en los Fastos.

Día 22: Sirio

La noche que sigue al día, sale el Perro de Erígone [458]: en otro lugar he dado la causa de esta constelación.

---

[452] Ortigia es el nombre antiguo de Delos, isla consagrada a Apolo; Mercurio había robado las vacas de Apolo.

[453] Es decir, cuando falten doce días.

[454] Cástor y Pólux, como hijos de Tindáreo; el primero era el caballero y el segundo el boxeador. Se les llama Ebálidas, porque Ébalo era el padre de Tindáreo. Las muchachas que raptaron eran hijas de Leucipo: Febe, que casó con Pólux, e Hilera, que casó con Cástor.

[455] Ciudad del Ática.

[456] Un día estaba Pólux en el cielo y Cástor en el infierno, y al siguiente día, al revés.

[457] Véase I 324.

[458] Véase IV 939.

Día 23 El día siguiente corresponde a Vulcano, lo llaman *Tubilustria*: limpian y purifican las trompetas que él fabrica.

Día 24 Luego, hay un lugar con cuatro letras, en las que se lee por su orden o la costumbre de los ritos o la huida del rey [459].

Día 25 No me olvido de ti, Fortuna Pública del pueblo poderoso, a quien se ha levantado un templo al día siguiente. Cuando Anfitrite [460] recoja este día en el seno de sus aguas abundantes, verás el pico del pájaro rojizo [461], grato a Júpiter.

Días 26, 27 Así que la aurora inminente quite de la vista a Bootes, ese día que amanece, aparecerá la constelación de Hías [462].

---

[459] Las cuatro letras son: Q. R. C. F., que equivalen a *Quando Rex Comitiauit Fas,* es decir, «una vez que el rey (de los sacrificios) ha atendido a la asamblea pública, el día se hace legal».

[460] Diosa del mar. La expresión quiere decir «cuando pase este día».

[461] El águila, ave de Júpiter.

[462] Véase V 166.

LIBRO VI

JUNIO

SINOPSIS: Junio (1-19). Juno (20-64). *Iuniores* (65-88). *Iungere* («unir») (89-101). — Día 1: Carna (102-130). Carna y las brujas (131-168). Comidas especiales de este día (169-182). Juno Moneta, Marte y la Tempestad (183-196). — Día 2: Las Híadas (197-198). — Día 3: Belona (199-208). — Día 4: Hércules (209-212). — Día 5 (213-218). Prohibición de casarse del 1 al 15 (219-234). — Día 7: El Boyero (235-240). — Día 8: La diosa *Mente* (241-248). — Día 9: La Fiesta de Vesta (249-298). El nombre de Vesta (299-304). Vacuna (305-310). La Fiesta del pan (311-318). Priapo y Vesta (319-348). Júpiter Pístor (349-394). Origen del culto (395-416). La imagen de Minerva (417-460). Bruto y Craso (461-468). — Día 10: El Delfín (469-472). — Día 11: *Matralia* (473-476). El templo (477-480). *Mater Matuta.* Ino Leucótea (481-562). Dos batallas (563-568). Fortuna Virgo (569-636). Concordia y el Pórtico de Livia (637-648). — Días 12, 13: Júpiter Invicto. El Quincuatro menor (649-710). — Día 15: Las Híadas (711-712). Vesta (713-716). — Días 17, 18: Orión. El Delfín (717-724). — Día 19: Cáncer (725-728). — Día 20: Summano (729-732). Ofiuco (733-762). — Día 22: La derrota de Trasimeno (763-768). — Día 23: Dos victorias (769-770). — Día 24: Fors Fortuna (771-784). — Día 26: Orión (785-790). — Día 27: Júpiter Státor (791-794). — Día 29: Quirino (795-796). — Día 30: Hércules de las Musas (797-812).

Junio

También el nombre de este mes ofrece explicaciones dudosas [463]. Tú mismo elegirás la que te plazca, una vez presentadas todas. Voy a referir los hechos; pero habrá quienes digan que he inventado, considerando que ningún mortal ha visto a los dioses. Hay un dios en nosotros [464]; cuando él nos agita, entramos en calor: este impulso produce la simiente de una mente consagrada. Yo principalmente tengo derecho a ver la cara de los dioses, o porque soy poeta, o porque canto cosas sagradas. Hay un bosque de densos árboles, un lugar apartado de todo sonido excepto el murmullo que forman las aguas. Allí buscaba yo cuál sería el origen del mes comenzado y me encontraba preocupado con este nombre. He aquí que vi unas diosas, no las que había visto el maestro de la labranza cuando seguía a sus ovejas ascreas [465], ni las que reunió el hijo de Príamo [466] en los valles del Ida acuoso; mas con todo había una de ellas. Había una de ellas hermana de su propio marido [467]. Ésta era (la reconocí) la que tiene una estatua en el alcázar de Júpiter. Los pelos se me habían puesto de punta y dejaba traslucir mi estado de ánimo con mi silenciosa palidez.

[463] Ovidio ofrece tres explicaciones para el nombre del mes de junio: a) derivado de la diosa Juno; b) derivado de *iunior*, «joven»; c) derivado de *iunctio*, que indica la unión de romanos y sabinos.

[464] La idea de la inspiración divina en los poetas era un lugar común, que recurre, entre otros, en Cicerón y Platón.

[465] Se refiere a Hesíodo, natural de Ascra, en Beocia.

[466] Es el juicio de Paris, hijo de Príamo, acerca de las tres diosas; Juno, Minerva y Venus.

[467] Juno. En el templo de Júpiter capitolino había tres capillas, que ocupaban el propio Júpiter, Minerva y Juno.

Juno

En ese momento la diosa me quitó el miedo que ella misma me había provocado. Pues me dijo: «Oh poeta, fundador del año romano, que has osado contar cosas grandiosas en un metro humilde; te has ganado el derecho de ver a la divinidad celeste, cuando decidiste conmemorar las fiestas con tus números [468]. Pero para que no lo ignores ni te veas arrastrado por el error del vulgo, junio ha tomado el nombre de mi nombre. Algo es estar casada con Júpiter, ser la hermana de Júpiter; no sé si vanagloriarme más del hermano o del esposo. A reparar en el linaje, yo fui la primera en hacer padre a Saturno [469], yo fui el primer golpe de azar de Saturno. Por mi padre se llamó en su momento saturnia la ciudad de Roma; después del cielo, ésta fue la tierra que más cerca le caía. Si hay que estimar en lo que vale el lecho nupcial, me llaman la consorte de Júpiter y mi templo está pegado al de Júpiter Tarpeyo [470]. Si mi rival [471] pudo dar su nombre al mes de mayo, ¿se van a poner reparos en hacerme a mí este honor? Pues ¿por qué me llaman princesa y reina de las diosas? ¿Por qué pusieron en mi mano derecha un cetro de oro? ¿Es que van a hacer el mes los días y voy a llamarme yo Lucina [472] por ellos y no voy a tomar el nombre de ningún mes? En ese caso tendría que arrepentirme de haber depuesto mi cólera contra la

[468] En tus versos.

[469] Juno era la hija mayor de Crono Saturno.

[470] O Capitolino, pues primitivamente la colina se llamó de Tarpeya.

[471] Maya, madre de Mercurio, que lo tuvo de Júpiter.

[472] Derivado de *lux*, es epíteto de Juno, en cuanto patrona de los partos; por lo demás, «días» se puede decir en latín *luces*.

estirpe de Electra y la casa Dardania [473]. El motivo de mi cólera era doble: me dolía del rapto de Ganimedes [474], y a juicio del Ideo [475] mi belleza salió derrotada. Tendría que arrepentirme de no favorecer a la ciudadela de Cartago, cuando en ese lugar hay un carro y armas mías. Tendría que arrepentirme de haber puesto a los pies del Lacio a Esparta y a Argos y a mi querida Micenas y a la vieja Samos [476]; añade el viejo Tacio y a los faliscos [477], adoradores de Juno, que yo soporté que sucumbiesen ante los romanos. Pero no tengo por qué arrepentirme, y no existe pueblo más querido para mí: aquí deseo ser adorada, aquí regentar un templo junto a mi amado Júpiter. El propio Marte me dijo: «A ti encomiendo estas murallas. Tú serás poderosa en la ciudad de tu nieto». Los hechos siguieron a las palabras: se me venera en cien altares, y el honor del mes que me corresponde no es inferior a otro. Y, con todo, no solamente Roma me dispensa este honor; los habitantes de alrededor me ofrecen el mismo presente. Mira el calendario que tiene la boscosa Aricia, y el pueblo laurentino y mi propio Lanuvio [478]. En esas ciudades existe el mes de junio. Fíjate en Tívoli y en las murallas sagradas de la diosa prenestina: encontrarás, si lees, la estación de Juno. Y Rómulo no las había fundado; pero Roma era la ciudad de mi nieto».

[473] Se dice que Electra tuvo de Júpiter a Dárdano, fundador de Troya. De ahí se originó el odio de Juno contra los troyanos.

[474] Véase II 145 y n. 130.

[475] Paris.

[476] Al suroeste de Micenas había un viejo santuario de Juno, que ha sido excavado a fines del pasado siglo; en Samos asimismo había un viejo y afamado santuario de Hera (Juno).

[477] El rey sabino Tito Tacio introdujo el culto de Juno en Roma. En Falerii de Etruria era venerada Juno con el nombre de *Quiritis*.

[478] En esta ciudad había un famoso templo de Juno Salvadora *(Sospita)*.

«Iuniores»

Juno había terminado. Miré hacia atrás; estaba de pie la esposa de Hércules [479] y en su cara había señales de fortaleza. «Si mi madre me ordenase retirarme de todos los lugares del cielo —dijo— no me quedaría yo contra la voluntad de mi madre. Ahora tampoco lucho por el nombre de este mes: la halago y juego el papel de quien casi está pidiendo, y preferiría retener mi derecho por medio de ruegos. Y puede que tú mismo favorezcas mi causa. Mi madre posee el áureo Capitolio con un templo adosado y ostenta los más altos honores con Júpiter, como debe ser. Pero toda mi gloria proviene del nombre del mes: es para mí único el honor por el que me importunan. ¿Qué de malo [480] hay en ello si diste, Romano, el título de un mes, a la esposa de Hércules, y la posteridad lo recuerda? Esta tierra me debe también algo en nombre de mi gran esposo; aquí condujo él las vacas que había apresado; aquí tiñó de sangre la tierra aventina Caco, inútilmente protegido por las llamas y las dotes que le dio su padre [481]. Me veo llamada a asuntos más cercanos. Rómulo dividió el pueblo según sus años y lo repartió en dos grupos [482]. Un grupo es más adecuado para dar consejo y el otro para pelear; los de una edad aconsejan la guerra y los de la otra la hacen. Así lo estableció, y distinguió los meses sobre la misma base: junio es el mes de los jóvenes, el anterior, el mes de los viejos».

[479] Hebe, o *Iuventas*, hija de Hera (Juno) y Zeus (Júpiter).

[480] Segunda hipótesis: el nombre de junio derivaría de *iunior*, «joven», en honor de la esposa de Hércules, *Iuventas*, «la Juventud».

[481] Este combate lo ha narrado Ovidio en I 453 ss.

[482] *Maiores* y *iuniores*; véase V 543 ss.

«Iungere» (unir)

Esto habló. Y las diosas se hubieran enzarzado en una disputa por el afán de rivalidad, con lo que la ira habría desvirtuado su cariño. Llegó la Concordia, divinidad y esfuerzo del pacífico [483] conductor, con su larga cabellera rodeada del laurel de Apolo. Después de contar que Tacio y el valiente Quirino, y sus dos reinos y pueblos, se habían unido, y que suegros y yernos habían sido recibidos en hogar común [484], dijo: «Junio tiene el nombre por la unión entre éstos». Se expusieron tres causas; pero perdonadme, diosas: no es mi criterio el que ha de dirimir el asunto. Por lo que a mí hace, marchaos en igualdad de condiciones. Pérgamo sucumbió por mor del juez de la belleza: dos de vosotras hacen más daño que lo que puede una.

Día 1: Carna

El primer día se te concede a ti, Carna [485]. Ésta es la diosa del gozne; por su voluntad, abre lo que está cerrado y cierra lo que está abierto. El tiempo ha oscurecido el conocimiento sobre el origen del poder que posee, pero tú podrás informarte con mi poema. El antiguo bosque de Helerno [486] está situado junto al Tíber; todavía hacen allí sacrificios los pontífices. Allí nació una ninfa (los antiguos la llamaron Crane) requerida en vano muchas veces por numerosos pretendientes. Acostumbraba a recorrer los campos y perseguir con dardos a las fieras y echar las redes anudadas en un valle profundo.

[483] Augusto.

[484] Véase I 637-650.

[485] Deidad poco conocida. Su derivación de *caro carnis*, «carne», parece etimología popular. Ovidio parece que la confunde con *Cardea*, de *cardo*, «gozne de la puerta».

[486] Véase II 67.

No llevaba carcaj; sin embargo, creían que era hermana de Febo; y no tenías que avergonzarte de ella, Febo. Si algún joven le había dicho palabras de amor, al punto le contestaba ella con estas palabras: «Este sitio tiene demasiada luz y con la luz me da vergüenza; más bien, si me llevas a una cueva apartada, yo te sigo». Según echaba adelante crédulamente, ella se quedaba atrás entre los matorrales y se ocultaba, y no había manera de encontrarla. Jano la había visto, y preso de pasión al verla, había empleado blandas palabras frente a su dureza. La ninfa, como era su costumbre, le invitó a que buscasen una cueva más alejada, e iba acompañándole, pero se descolgó de su guía. ¡Tonta! Jano ve lo que ocurre a su espalda; nada adelantaste, y él vio desde atrás su escondite. ¡Eh!, te he dicho que nada adelantaste: pues te sorprendió con sus abrazos oculta en la quebrada y, colmadas sus esperanzas, dijo: «A cambio de nuestra unión tendrás derecho sobre los goznes; ésta es la recompensa que vas a recibir por haber perdido la virginidad». Diciendo esto, le dio una espina (la cual era blanca) con la que pudiese repeler de las puertas los amargos agravios.

Carna y las brujas

Hay unos pájaros voraces, no los que engañaban las fauces de Fineo [487] con los manjares, pero tienen la descendencia de ellos. Tienen una cabeza grande, ojos fijos, picos aptos para la rapiña, las plumas blancas y anzuelos por uñas. Vuelan de noche y atacan a los niños, desamparados de nodriza, y maltratan sus cuerpos, que desgarran en la cuna. Dicen que desgarran con el pico las vísceras de quien todavía es lactante y tienen las fauces llenas de la sangre que beben. Su nombre es «vampiro» *(striges)*; pero la razón de este nombre es que

[487] Las Harpías, que retiraban la comida de la mesa del rey.

acostumbra a graznar *(stridere)* de noche en forma escalofriante. Así pues, tanto si estos pájaros nacen, como si los engendra el encantamiento y son viejas brujas que un maleficio marso [488] transforma en pájaros, llegaron a meterse en la habitación de Proca [489]. Éste, que había nacido en dicha habitación, era con sus cinco años de edad un botín fresco para los pájaros, que chuparon el pecho del niño con sus lenguas voraces; el desgraciado muchacho daba vagidos y pedía socorro. Asustada por la voz de su pupilo acudió corriendo la nodriza y halló sus mejillas arañadas por las aceradas uñas. ¿Qué podía hacer? El color de su cara era el que suelen tener las hojas tardías a las que ha marchitado el recién llegado invierno. Fue en busca de Crane y le contó lo sucedido. Crane le dijo: «Abandona tu temor, tu pupilo se salvará». Se llegó a la cuna; el padre y la madre lloraban. Ella les dijo: «Contened vuestras lágrimas, yo lo voy a curar». Inmediatamente tocó tres veces consecutivas las jambas de la puerta con hojas de madroño; tres veces con hojas de madroño señaló el umbral. Salpicó con agua la entrada (el agua también era medicinal) y sostenía las entrañas crudas de una marrana de dos meses. Y dijo del siguente modo: «Pájaros nocturnos, respetad el cuerpo del niño; por un pequeño es sacrificada una víctima pequeña. Tomad, os lo ruego, corazón por corazón y entrañas por entrañas. Esta vida os entregamos por otra mejor». Cuando hubo sacrificado de esta manera, colocó al aire libre las entrañas partidas y prohibió a los que estaban presentes en la ceremonia volver la vista atrás [490].

[488] Los marsos habitaban la región de Italia Central, y eran famosos por sus brujerías.

[489] O Procas; fue rey de Alba Longa, padre de Númitor y Amulio.

[490] Era corriente en los ritos mágicos y religiosos la prohibición de mirar atrás. Es lo que se le ordenó a Orfeo cuando descendió a los infiernos en busca de Eurídice. En el festival de los *Lemuria* acontece otro tanto. Véase V 439 y s.

Colocó una vara de Jano, tomada de la espina blanca, donde una pequeña ventana daba luz a la habitación. Cuentan que, con posterioridad a aquel rito, los pájaros no ultrajaron la cuna, y el niño recobró el color que antes tenía.

Comidas especiales de este día

¿Me preguntas por qué se come tocino grasiento aquellas calendas, y por qué mezclan habas con espelta caliente? Ella es una diosa antigua y se alimenta con la comida que acostumbraba antes, y no es golosa como para desear manjares de importación. El pez nadaba con aquellas gentes todavía sin temor al anzuelo y las ostras estaban seguras dentro de sus conchas. El Lacio no conocía las aves que suministra la rica Jonia [491] ni el pájaro que se deleita con la sangre pigmea [492]. Y del pavo real no agradaban más que las plumas, y la tierra no había enviado antes los animales capturados. El cerdo estaba en estima: las fiestas las celebraban con matanza de cerdos; la tierra sólo daba habas y espelta dura. Quienquiera que come en las calendas del sexto mes estos dos productos al mismo tiempo, dicen que a éste no le pueden doler las tripas.

Juno Moneta, Marte y la Tempestad

Cuentan que en la cima del alcázar construyeron también un templo a Juno Moneta en virtud de un voto que habías hecho, Camilo [493]. Antes había sido la casa de Manlio, quien en una ocasión repelió el ataque de los galos contra Júpiter Capitolino [494].

[491] El francolín, ave parecida a la perdiz.

[492] La grulla.

[493] El dictador Lucio Furio Camilo dedicó un templo a Juno en el Capitolio, el año 345 a. C.

[494] El año 390 a. C. En 384 los patricios lo acusaron de aspirar a

¡Qué bien habría sucumbido en aquel combate, defendiendo tu trono, Júpiter supremo! Siguió vivo para perecer reo de aspirar a la monarquía. Este título le tenía reservado su larga vejez. Este mismo día es fiesta de Marte, cuyo templo [495], ve la puerta Capena adosado fuera de las murallas a la Vía Porticada. También tú, Tempestad, confesamos que mereciste un santuario [496] cuando la escuadra fue casi sepultada en las aguas corsas. Estos monumentos de los hombres están a la vista de todos. Si preguntáis por los astros, el ave de corvas garras [497] del gran Júpiter es la que sale entonces.

Día 2: Híadas

El siguiente día atrae a las Híadas, que son los cuernos de la testuz del Toro, y la tierra se encharca con la lluvia persistente.

Día 3: Belona

Cuando hayan pasado dos mañanas y Febo haya repetido su salida y las mieses se hayan humedecido dos veces con la escarcha caída, un día como ese dicen que fue consagrada Belona [498] durante la guerra etrusca, y siempre asiste favorablemente al Lacio. Su promotor fue Apio, quien, al negar la paz a Pirro [499], vio bien con el entendimiento, pero estaba privado de la luz del

---

la monarquía, por haberse pasado a los plebeyos. Fue ejecutado, y sobre su casa se construyó el templo de Juno.

[495] Dedicado en 387 a. C.

[496] L. Cornelio Escipión levantó un templo a la Tempestad por haber escapado del naufragio en 259 a. C., frente a la costa de Córcega.

[497] La constelación del Águila.

[498] Apio Claudio, «El Ciego», venció a las fuerzas combinadas de etruscos y samnitas en el año 296 a. C.; durante la campaña prometió un templo a la diosa de la guerra, Belona.

[499] En el año 280 a. C. los senadores estaban dispuestos a firmar la paz que les ofrecía Pirro, rey del Epiro; Apio Claudio, «El Ciego», lo impidió con un patriótico discurso.

día. Un breve llano ofrece desde el templo la vista de la parte alta del Circo. Allí hay una pequeña columna de no pequeño significado: desde ella es costumbre arrojar con la mano una lanza, que anuncia la guerra, cuando deciden empuñar las armas contra un rey y pueblos.

Día 4: Hércules

La otra parte del Circo está protegida por Hércules guardián; esta función tiene encomendada el dios por el oráculo eubeico [500]. El día que recibió su función fue el anterior a las Nonas; si buscas en la inscripción, Sila [501] fue quien aprobó el trabajo.

Día 5

Preguntaba yo si tenía que asignar las Nonas a Sanco, a Fidio, o a ti, padre Semón [502]. Entonces me dijo Sanco: «A cualquiera de ellos que se las asignes, yo seguiré teniendo el honor. Tengo los tres nombres; así lo quisieron los cures». En consecuencia, los viejos sabinos le hicieron donación de un templo, y lo levantaron en la colina del Quirinal.

Prohibición de casarse del 1 al 15

Tengo una hija [503], y rezo por que me sobrepase en años; mientras ella viva yo seré siempre feliz. Dado que quería darle un marido, buscaba el tiempo apropiado para el matrimonio y cuantos preparativos fuesen necesarios; entonces se me mostró que junio era

---

[500] Los libros sibilinos.

[501] El restaurador del templo. Sila fue dictador entre el 82 y 79 a. C.

[502] Sanco parece que era una divinidad sabina identificada con Hércules; Fidio equivale al Hércules griego, como hijo de Diovis. Semón era un tercer nombre aplicado a Hércules.

[503] Según nos cuenta el propio Ovidio en otras obras suyas, esta hija casó dos veces y tuvo dos hijos. Se hallaba en África cuando su padre fue desterrado en el año 8 de nuestra era.

a partir de las sagradas Idus beneficioso para las novias y beneficioso para los novios, y la primera parte del mes se vio que era inadecuada para las bodas. Pues la sagrada esposa del flamen dial me habló en esta forma: «Hasta que el Tíber apacible no haya acarreado hasta el mar en sus aguas rojizas la purificación del templo de la Vesta troyana, no me es lícito peinarme el pelo con un peine dentado, ni cortarme las uñas con un instrumento de metal, ni tocar a mi marido, aun cuando él es sacerdote de Júpiter, aun cuando me ha sido entregado en ley de por vida. Tú tampoco te apresures. Será mejor que tu hija se case cuando el fuego de Vesta brille en el suelo limpio».

Día 7:
El Boyero

Dicen que la tercera luna después de las Nonas aleja a Licaón, y la Osa no tiene por qué temer a su espalda [504]. Luego, recuerdo que contemplé los juegos en el césped del Campo de Marte, y que esos juegos eran tuyos, Tíber escurridizo [505]. Ese día es festivo para los que tiran del hilo mojado, y ocultan los anzuelos ganchudos en pequeños trozos de alimento.

Día 8:
La diosa «Mente»

La mente tiene también su templo. Vemos que fue ofrecido un santuario a la Mente [506] por miedo a tu guerra, pérfido cartaginés. Tú, cartaginés, habías reanudado la guerra, y, perplejos con la muerte del cónsul, todo el mundo temía a las bandas de los moros.

[504] Es decir, la constelación de Arturo se pone en la mañana del día siete de junio. Arturo es hijo de Calisto y nieto de Licaón. Otro nombre es Arctofílace, y también Bootes. Esta constelación marchaba detrás de la Osa Mayor.

[505] Se trata de una fiesta de los pescadores del Tíber; el pescado cobrado se reservaba para el dios-río y no podía venderse en el mercado. El culto a Tíber habría sido instituido por Rómulo.

[506] Después de la terrible derrota del lago Trasimeno, el año 217 a.

El miedo había reemplazado a la esperanza, cuando el senado hizo votos a la Mente y al instante llegó mejor dispuesta. A seis días de distancia mira a las Idus más próximas aquel en que se cumplió con el voto de la diosa.

Día 9:
La Fiesta de Vesta

¡Vesta, favoréceme! Ahora abro la boca que por ti se afana, si me es lícito acercarme a tus ceremonias. Estaba rezando con cuerpo y alma: sentí a los númenes celestiales, y la tierra purpúrea resplandeció con alegre luz. En realidad no te vi, diosa (¡váyanse a paseo las mentiras de los poetas!), ni era posible que un hombre te viera. Pero lo que desconocía y en cuyo error estaba lo conocí sin que nadie me lo enseñase. Dicen que Roma había celebrado cuarenta Festivales de las Parilias cuando la diosa guardiana de la llama fue acogida en un templo [507], obra de un rey pacífico; más temeroso que él del poder de los dioses no crió a nadie la tierra sabina [508]. Las construcciones que ves ahora techadas con bronce lo eran entonces con paja, y las paredes eran paños de mimbre flexible. Este pequeño lugar que sostiene el atrio de Vesta [509] era entonces el gran palacio real del barbudo Numa. Sin embargo, la estructura [510] del templo que todavía

C., por obra de Aníbal, se ofrecieron templos a Venus y a Mente, que se construyeron en la colina del Capitolio, uno al lado del otro, y fueron dedicados el año 215 a. C.

[507] El templo de Vesta es el más antiguo de Roma y estaba en un valle al norte de la colina del Palatino. Decíase fundado por Numa el 713 a. C.

[508] La tradición tenía al rey sabino Numa Pompilio como el rey más pacífico y piadoso de todos.

[509] *Atrium Vestae*, o casa de las vestales que vivían como monjas de clausura.

[510] Ovidio identifica a Vesta con la Tierra, y por ello la forma circular del templo recuerda al globo terráqueo.

existe se dice que era la de antes, y cabe probar la razón de esta estructura. Vesta es igual que la tierra: las dos tienen por debajo un fuego vigilante. La tierra y el fuego son indicios de asentamiento propio. La tierra, que es semejante a una pelota, no tiene ningún punto de apoyo: una masa tan pesada flota en el aire que está debajo. El giro sobre sí misma mantiene equilibrado su perímetro y no tiene ángulo alguno que presione sobre sus partes, y al estar colocada en la zona central del mundo y no tocar poco ni mucho cuerpo alguno, si no fuera convexa, sería más cercana a una parte y el Universo no tendría a la tierra como masa central. En virtud del principio siracusano [511], el ovillo permanece suspendido en el aire cerrado, figura diminuta de la bóveda celeste, y la tierra dista tanto de la parte superior como de la inferior. Su forma redonda posibilita este hecho. El aspecto del templo es igual: ningún ángulo sobresale de él; un tolo lo protege del agua de lluvia.

¿Preguntas por qué la diosa es atendida por sacerdotisas que son doncellas? También a este respecto encontraré las causas. Dicen que Juno y Ceres nacieron de Ops por la semilla de Saturno [512]; la tercera fue Vesta. Dos se casaron y ambas tuvieron partos, según se cuenta; una de las tres se resistió a soportar a un esposo. ¿Qué de extraño hay si una virgen se contenta con una asistenta virgen y reclama para sus ritos manos castas? Por Vesta no debes entender otra cosa que la llama viva [513], y ves que de la

[511] Arquímedes de Siracusa había construido una esfera de cristal en la que seguía los movimientos relativos del sol, la luna y los cinco planetas conocidos en la época.

[512] Esta historia es completamente griega y la identificación con las divinidades romanas es forzada circunstancialmente. Ops sería aquí el equivalente de la griega Rea.

[513] Su equivalente griego, Hestia, significa eso precisamente.

llama no nace ser alguno. Con razón es virgen quien no da de sí semilla alguna ni la acepta, y gusta tener compañeras vírgenes. Durante mucho tiempo creí, tonto de mí, que había estatuas de Vesta; más tarde aprendí que no había ninguna en su templo ovalado. En aquel tolo se guarda un fuego inextinguible; ni Vesta ni el fuego poseen imagen alguna.

El nombre de Vesta

La tierra se tiene con su propia fuerza; el nombre de Vesta proviene de tenerse por su propia fuerza *(ui stando)* [514] y la razón del nombre griego puede ser idéntica. Por su parte se dice «fuego» por las llamas y porque calienta *(fouet)* [515] todo; sin embargo, antes estaba en la primera habitación de la casa. Por eso creo también que se llama vestíbulo [516]. Desde él empezamos por dirigirnos a Vesta, que ocupa el primer lugar en nuestros rezos.

Vacuna

En otros tiempos existía la costumbre de sentarse en largos bancos delante del hogar, y creían que los dioses estaban presentes en la mesa [517]. Todavía ahora, cuando tienen lugar las ceremonias de la antigua Vacuna [518], delante de los hogares vacunales se que-

[514] Otra etimología absurda de Ovidio; Vesta y Hestia tienen el mismo origen etimológico.

[515] Conexión etimológica entre fuego, *focus,* y el verbo *fouere.*

[516] Ovidio deriva la palabra *uestibulum* de Vesta; Macrobio lo deriva de *ue-,* «mucho», y *stabulum.* La etimología no está clara. Se piensa en *uer(o)stabulum,* en que *uer-* significaría «puerta».

[517] Referencia al hogar casero; los dioses serían Vesta, los Penates y los Lares.

[518] Diosa sabina de forma y naturaleza desconocidas. Algunos la identificaban con Belona, Minerva o Diana.

dan de pie o se sientan. Hasta los años actuales ha llegado algo de la costumbre antigua. Una patena limpia contiene los alimentos ofrecidos a Vesta.

La Fiesta del pan

He aquí que cuelgan hogazas de pan en asnillos adornados con coronas, y floridas guirnaldas recubren las ásperas muelas de molino. Antes los granjeros cocían en los hornos sólo espelta (y existe también el rito de la diosa de los Hornos) [519]. El fuego del propio hogar proporcionaba el pan que habían puesto bajo la ceniza y en el suelo caliente colocaban una teja partida. Desde entonces el panadero honra el hogar y a la dueña del hogar y a la borriquilla que hace girar las muelas de pómez.

Priapo y Vesta

¿Dejo pasar en silencio o cuento tu desgracia, rubicundo Priapo? [520]. Se trata de un cuento breve con mucha gracia. Cíbele, la que lleva ceñida la frente con una corona de torres, invitó a su fiesta a los dioses eternos. Invitó también a los sátiros y a las ninfas, deidades del campo. Aunque nadie le había invitado, estuvo presente Sileno. Ni tenemos permiso para ello, y sería largo describir el banquete de los dioses. Pasaron la noche en vela con vino abundante: los unos deambulaban despreocupadamente por los valles del sombrío Ida; otros estaban echados, descansando el cuerpo en la hierba blanda. Éstos jugaban, aquéllos echaban un sueño; otros ponían lazos en los brazos y golpeaban tres veces el suelo verde con rápido pie. Vesta se tumbó y tranquilamente cogió un sueño plácido, tal como estaba, con la cabeza apoyada en la hierba. Mas el rojizo guardián de los jardines [521] requebraba a diosas y a ninfas, y de un lado a otro llevaba sus pies vagabundos. Vio también a Vesta; es dudoso si se creyó que era una ninfa o sabía que era Vesta, pero él desde luego afirmó que no lo sabía. Concibió una sucia esperanza y probó a acercársele furtivamente, e iba con cautelosos pasos y el corazón brincándole. Por casualidad el viejo Sileno había dejado el borriquillo en que había hecho el viaje a orillas de un río de suave murmullo. Iba a lanzarse el dios del largo Helesponto, cuando el asno rebuznó con intempestivo ruido. La diosa se levantó, asustada por la ronca voz; todo el grupo acudió volando; él escapó de las manos hostiles. Lámpsaco acostumbraba a sacrificar este animal a Priapo, diciendo: «Entrego a las llamas las entrañas del asno delator». Dicho animal lo adornas tú, diosa, con hogazas de pan a manera de collares en el cuello, en recuerdo del suceso. El trabajo termina; las muelas están vacías y sin ruido.

Júpiter Pístor

Voy a decir qué significado tiene el altar de Júpiter Pístor, que se halla en el alcázar del Tonante y que es más famoso por su nombre que por su valor. El Capitolio se hallaba en un aprieto, rodeado por los feroces galos; el largo asedio había provocado ya el hambre. Júpiter convocó a los dioses de arriba y, sentado en el trono real, le dijo a Marte: «¡Comienza!». Él respondió al instante: «Por lo que sé, ignoráis la suerte de los míos, y este dolor mío no ha encontrado las palabras propias de un espíritu quejoso. Pero, si me pides que cuente brevemente el mal, que está mezclado con la vergüenza:

[519] Véase II 525.

[520] La misma historia ha narrado ya su autor en el libro I 391-440, cambiando allí el nombre de Vesta por Lótida.

[521] Priapo.

Roma está postrada a los pies del enemigo alpino. ¿Es ésta la Roma a la que se le había prometido el imperio del mundo, Júpiter? ¿Ésta es la que ibas a poner al frente de las tierras? Ya había aplastado a las ciudades de alrededor y a las armas etruscas, la esperanza seguía su curso. Ahora ha sido expulsada de su propio hogar. Hemos visto a ancianos triunfales, ornados con ropas bordadas, sucumbir en medio de los vestíbulos con las estatuas de bronce [522]. Hemos visto trasladar de sus asentamientos las prendas de la Vesta troyana; evidentemente consideran los romanos que existen algunos dioses. Pero si se volviesen a mirar el alcázar en que habitáis y viesen tantas casas vuestras acosadas por el asedio, sabrían que ninguna ayuda hay en la veneración de los dioses y que el incienso ofrecido con manos solícitas era perdido. ¡Y ojalá haya un lugar llano para el combate! ¡Que empuñen las armas y, si no pueden vencer, que sucumban! De momento, carentes de alimentos y temiendo una muerte cobarde, encerrados en su propia colina los acosa una horda salvaje». Entonces, hablaron por extenso a favor de su querido Lacio Venus y Quirino, embellecido con su trompeta y su trábea, y Vesta. «El cuidado de esas murallas es general —respondió Júpiter— y la Galia pagará vencida su castigo. Solamente, cuídate Vesta, de que parezca que sobra el trigo que falta, y no abandones tu patria propia. Que las muelas horadadas trituren todo el trigo que hay sin moler, que lo amasen las manos y lo endurezca el hogar con su fuego». Éstas fueron sus órdenes, y la virgen, hija de Saturno, obedeció a su hermano. Era al filo de la medianoche, la fatiga había ya

[522] Cuando el ataque de los galos a Roma en el 390 a. C., la masa huyó a las ciudades vecinas, pero la nobleza se quedó en sus casas en las que prefirieron morir vestidos con sus ropas oficiales.

provocado el sueño en los generales; Júpiter los espabiló y les mostró sus deseos con su boca sagrada: «Levantaos y arrojad en medio de los enemigos desde lo alto de las almenas el recurso que de ningún modo querríais conceder». Se fue el sueño y ellos, llevados por la extraña revelación, indagaban cuál sería el recurso que no querían conceder y se les mandaba que lo concediesen. Les pareció que debía ser el trigo; arrojaron el regalo de Ceres, que al caer repiqueteó sobre los yelmos y los largos escudos. Perdieron la esperanza de poder vencer por el hambre: el enemigo fue rechazado y un altar blanco fue levantado a Júpiter Pístor.

Origen del culto

Casualmente regresaba del Festival de Vesta por el camino que ahora une el Camino Nuevo con el foro romano. Hacia ahí vi bajar una señora con los pies desnudos; me llené de callado estupor y detuve el paso. Una anciana de la vecindad lo advirtió y me mandó sentar, hablándome con voz temblorosa, mientras movía la cabeza: «Esto, donde están ahora los foros, lo cubrían charcas húmedas; había un foso empapado con el agua que rebosaba del río. El lago Curcio [523], que sostiene altares secos, es ahora tierra firme, pero antes era un lago. Por donde ahora suelen ir las procesiones a través del Velabro [524] hasta el Circo, no eran más que saucedales y cañas huecas; con frecuencia el comensal, cuando vuelve al borde las aguas en torno de la ciudad, va cantando y arrojando palabras de borracho a los marineros. Ese dios [525], apropiado para diversas figuras, todavía no había

[523] Se hallaba en el centro del Foro.

[524] Es el valle entre las colinas Capitolina y Palatina.

[525] Se trata de Vertumno o Vortumno, cuya raíz está en *vertere*, «cambiar».

tomado el nombre de cambiar el río *(auerso amne)*. Aquí había también un lago de juncos y cañas densas, y una charca en la que no se podía entrar con los pies calzados. Los pantanos desaparecieron y las aguas están dentro de sus riberas, y la tierra es ahora seca; sin embargo, se conserva aquella costumbre». Me había dado la explicación. Yo le dije: «Que sigas bien, excelente vieja; que los años que te quedan de vida, te sean livianos».

La imagen de Minerva

El resto lo aprendí ya hace tiempo, en mis años infantiles, pero no por ello debo dejarlo de lado. Hacía poco tiempo que Ilo, descendiente de Dárdano, había construido las nuevas murallas (Ilo era todavía rico y poseía la riqueza de Asia). Se cree que una imagen celestial de Minerva [526], la portadora de armas, saltó sobre las colinas de la ciudad ilíaca. Tuve buen cuidado de verla; vi el templo y el lugar; esto es lo que queda allí; la estatua de Palas está en Roma. Pregunté a Esmínteo [527], y, sombreado por un oscuro bosque, me respondió estas palabras con su boca que no sabe mentir: «Salvaguardad a la diosa celestial; salvaguardaréis vuestra ciudad. Ella cambiará consigo el lugar del imperio». Ilo la guardó y la mantuvo encerrada en lo alto de la ciudadela, y el cuidado pasó a su heredero Laomedonte [528]. Bajo el reinado de Príamo fue poco guardada: así lo deseaba ella misma, desde el juicio en que quedó derrotada su belleza. Si quien la transportó fue el descendiente de Adrasto [529], o el astuto

[526] El Paladio, que los griegos identificaban con Atena y los romanos con Minerva.

[527] Apolo Esmínteo tenía un templo en la Tróade. El epíteto procede del troyano *sminthos*, que significa «ratón».

[528] Laomedonte es el padre de Príamo, y era hijo de Ilo y Eurídice.

[529] Su nieto, Diomedes.

Ulises, o el piadoso Eneas, el hecho no está claro; el resultado pertenece a Roma; Vesta la protege, porque lo ve todo con su luz que nunca falta.

¡Ay, cuánto miedo pasaron los padres la vez que salió ardiendo Vesta [530] y casi quedó aplastada con su propio tejado! Los fuegos sagrados ardían junto con los fuegos criminales, y la llama profana se había mezclado con la llama piadosa. Las oficiantes lloraban estupefactas con el pelo suelto; el propio miedo les había quitado las fuerzas del cuerpo. Metelo [531] se presentó volando en el medio y dijo a grandes voces: «Venid a ayudar; no es auxilio llorar. Levantad en vuestras manos virginales las prendas del destino; no es con deseos sino con vuestras manos como hay que sacarlas. ¡Pobre de mí! ¿Dudáis?» —dijo. Veía que dudaban y que atemorizadas se habían postrado hincando las rodillas. Tomó agua y, levantando las manos, dijo: «¡Perdonadme, santos lugares! Hombre como soy, voy a entrar donde no puede entrar un hombre. Si es un crimen, caiga sobre mí el castigo del delito: que quede libre Roma a riesgo de mi propia vida». Dijo, y se lanzó dentro. La diosa, una vez sacada, aprobó la acción y fue puesta a salvo por la devoción de su pontífice.

Ahora, llamas sagradas, brilláis bien bajo el mando de César; ahora habrá siempre fuego en los hogares troyanos, y de ninguna sacerdotisa se dirá que ha mancillado las cintas [532] durante su caudillaje ni ha sido enterrada vi-

[530] Durante el consulado de Q. Lutacio Cátulo y A. Manlio, año 241 a. C., se produjo un violento incendio en Roma, especialmente en la parte del Foro.

[531] El Pontífice Máximo, L. Cecilio Metelo, quien salvó la imagen.

[532] Una banda en torno a la cabeza *(infula)* de la que colgaban dos puntas *(uitta)*.

va [533] en la tierra. Así perece la que es impura, pues se la mete en la tierra que ha violado, y es que la Tierra y Vesta son la misma divinidad.

Bruto y Craso

Luego Bruto se ganó el sobrenombre de Gallego [534] por dicho enemigo, y tiñó de sangre la tierra hispana. Sin duda, de cuando en cuando se mezclan las cosas amargas con las felices y los festivales no son de cabo a rabo gustosos para el pueblo. Craso perdió en el Éufrates las águilas, y a su hijo y a los suyos, y fue el último en rendirse a la muerte. «Parto, ¿por qué saltas de alegría?» —dijo la diosa. «Devolverás la banderas y habrá un vengador que castigue la muerte de Craso» [535].

Día 10: El Delfín

Pero tan pronto como se descargan las violetas de los asnos orejudos y las ásperas piedras de molino trituran los frutos de Ceres, el marinero, sentado en la popa, dice: «Veremos el Delfín cuando muera el día y llegue la noche húmeda».

Día 11: «Matralia»

Ahora, frigio Titono [536], te quejas de ser abandonado por tu esposa, y la vigilante estrella de la mañana aparece desde las aguas orientales. Id, buenas madres (*Matralia* [537] se llama vuestra fiesta), y ofreced las rubias tortas a la diosa tebana.

---

[533] Las Vestales que perdían la virginidad eran enterradas vivas.

[534] Décimo Junio Bruto conquistó en 137 a. C. Galicia, de donde le vino el apodo. También fundó la ciudad de Valencia.

[535] Véase V 580 ss.

[536] Esposo de la Aurora. Quiere decir: «a la mañana siguiente».

[537] Festival en honor de la Madre Matuta, vieja divinidad itálica que Ovidio erróneamente confunde con la griega Ino o Leucótea. De aquí que hable de «diosa tebana», pues Ino fue esposa de Atamante, rey de Tebas, en Beocia.

El templo

Pegado a los puentes y al Gran Circo hay un llano muy conocido, que tiene el nombre por la estatua de un buey [538]; dicen que ese día las manos de Servio, que llevan un cetro, levantaron allí un templo sagrado a la madre Matuta.

«Mater Matuta». Ino Leucótea

¿Qué clase de diosa es? ¿Por qué aleja a las fámulas del umbral del templo (pues las aleja) y reclama pasteles cocidos? Si aquella es tu casa, Baco, que ciñes con hiedra tus cabellos portarracimos, dirige la obra del poeta. Sémele [539] se había inflamado con el regalo de Júpiter; Ino te recogió, muchacho, y te alimentó diligentemente con el mayor de los cuidados. Juno se enfureció de que Ino criase al niño que había quitado a su rival; pero aquel niño era de la sangre de su hermano. De ahí que Atamante se dejase llevar de las furias y por una falsa aparición, y tú, pequeño Learco, sucumbiste a manos de tu padre. Su entristecida madre había enterrado los restos de Learco y había cumplido con todo lo relativo a su desgraciada pira. Ella también, según estaba con el pelo azotado fúnebremente, saltó y te llevó de la cuna, Melicertes. Hay una tierra reducida a breve espacio que rechaza dos mares y, una como es, es batida por dos aguas diferentes. Hasta aquí llegó, abrazando a su hijo con brazos frenéticos, y juntos se lanzaron desde la alta cresta al fondo del mar. Pánope [540] y sus cien hermanas los recogieron sanos y salvos, y los llevaron por sus reinos en apacible viaje. Todavía no era ella Leucótea, todavía no

---

[538] El Foro Boario, o de los bueyes.

[539] Véase III 503 y ss. y nota 246.

[540] Una Nereida, o ninfa del mar, hija de Nereo y Doris.

era el muchacho Palemón [541], cuando arribaron a la desembocadura del Tíber de intensos remolinos. Había un bosque; es dudoso si llamarlo de Sémele o de Stímula [542]; dicen que lo habitaron las Ménades ausonias. Ino les preguntó qué pueblo era; se le dijo que eran arcadios y que Evandro ostentaba el poder allí [543]. Disimulando ser una diosa, la hija de Saturno estimula insidiosamente a las Bacantes latinas con palabras embusteras: «¡Oh demasiado sencillas, oh ciegas en vuestros pechos enteros! No ha llegado amicalmente esta extranjera a nuestras reuniones. Viene con fraude y está dispuesta a conocer el rito de nuestros misterios. Tiene prenda con la que pagar el castigo». Apenas hubo terminado, las Tíadas [544] hicieron retumbar el espacio con gritos, con el pelo suelto por el cuello, extendieron adelante las manos y pugnaron por arrancarle el niño. Ella invocó a los dioses que todavía ignoraba: «Dioses y héroes del lugar, socorred a una madre desgraciada». Los gritos hallaron eco en las cercanas piedras del Aventino. El héroe eteo [545] había arrimado las vacas iberas a la ribera; oyó los gritos y, espoleado por ellos, apresuró la marcha. Ante la llegada de Hércules, las que se preparaban momentos antes a proceder con violencia, dieron vergonzosamente la espalda en una huida mujeril. «¿Qué buscas aquí (pues la había conocido), hermana de la madre de Baco? ¿Es que a ti también te persigue la divinidad que lo hace conmigo?» —dijo. Aquélla le informó en parte,

[541] Cuando Ino y su hijo Melicertes cayeron al mar, se transformaron en deidades marinas con los nombres de Leucótea y Palemón.

[542] Aquí tenían lugar las famosas Bacanales reprimidas por decreto de 186 a. C. Este bosque debía estar cerca del Aventino.

[543] Véase I 469 ss.

[544] Bacantes.

[545] Hércules. Así llamado porque se quemó en el monte Eta.

en parte la contuvo la presencia de su hijo, pues le daba vergüenza haberse dejado impulsar al crimen por las furias. El rumor, rápido como es, voló batiendo alas, y tu nombre Ino, estaba con frecuencia en boca de la gente. Se cuenta que entraste de huéspeda en el fiel hogar de Carmentis [546] y allí saciaste tu larga hambre; se cuenta que la sacerdotisa tegeea hizo aprisa con sus propias manos tortas, que puso a cocer en un fuego preparado al efecto. Todavía hoy le gustan las tortas en el Festival de *Matralia*: la rústica solicitud era más agradable que los refinamientos del arte. «Ahora —dijo— revélame, oh profetisa, mi futuro destino, en la medida de lo posible. Añade esto, te lo ruego, a la hospitalidad que he recibido». Transcurrió poco tiempo; la profetisa tomó los poderes celestiales y todo su pecho quedó lleno con la divinidad. Al instante, difícil sería poder conocerla: tanto más sobrenatural y tanto más grande parecía que momentos antes. «Cosas felices voy a cantar. Alégrate, Ino, porque han terminado tus fatigas» —dijo—. «Ven siempre propicia a este pueblo. Serás una divinidad del piélago; el mar se ocupará también de tu hijo. Tomad otro nombre en vuestras aguas: los griegos te llamarán Leucótea, nosotros Matuta; tu hijo tendrá toda clase de derechos sobre los puertos; a quien nosotras llamamos Portuno [547], se llamará en su lengua Palemón. Id, os lo ruego, sed propicios ambos a nuestro país!». Ino asintió e hizo una promesa. Las fatigas cesaron, cambiaron los nombres; él es un dios, y ella una diosa.

¿Preguntáis por qué prohibe ella que se le acerquen esclavas? Las odia, y voy a revelar el origen del odio, si ella me lo permite. Una de tus sirvientas, hija de Cadmo [548],

[546] Véase I 461 ss.

[547] Viejo dios autóctono romano.

[548] Ino, que era hija de Cadmo y Harmonía.

solía muchas veces venir a los brazos de tu esposo. El perverso Atamante se enamoró de ella furtivamente, y por ella descubrió que su esposa dio simientes tostadas a los labradores. Ella, desde luego, negó el hecho, pero la fama lo aceptó. Ésta es la razón por la que el grupo de esclavas le provoca odio. Sin embargo, que rece a ésta una madre piadosa para tener descendencia: ella misma parece que fue una madre poco afortunada. Mejor será que le encomendéis la descendencia de otro; ella fue más útil a Baco que a sus propios hijos.

Dos batallas

Dicen que ella te dijo a ti, Rutilio: «¿Adónde vas tan aprisa? Cuando seas cónsul en mi día, sucumbirás a manos de un enemigo marso»[549]. Los hechos confirmaron las palabras, y el río de Toleno[550] fluyó enrojecido con sus aguas mezcladas con sangre. Era el año siguiete: Didio[551], muerto el mismo día, dobló las fuerzas del enemigo.

Fortuna Virgo

El mismo día, Fortuna[552], es tuyo, y el mismo fundador, y el mismo lugar. ¿Pero quién es ese que se esconde con togas amontonadas sobre sí? Es Servio; esto desde luego está claro, pero la razón por la que está escondido no es segura, y la duda se apodera también de mi mente. Mientras la diosa confesaba tímidamente sus amores furtivos, y sentía vergüenza de haberse acostado, diosa como era, con un hombre (pues se inflamó cautiva de gran pasión por el rey y sólo en este hombre dejó ella de estar ciega), solía entrar de noche en su casa por una pequeña ventana *(fenestra)*; de ahí que la puerta tenga el nombre de *Fenestella* («Ventanita»). Ahora le da vergüenza, y tapa con un velo el rostro amado, y la cara del rey queda cubierta con muchas togas. ¿O tiene más visos de verdad el hecho de que, después de la muerte de Tulio, quedó la plebe confundida con la desaparición de su pacífico adalid, y no había límite alguno para su pena, y con su estatua aumentaba el dolor, hasta que tuvieron que ocultarla echándole togas encima.

Una tercera causa debo referir, más larga, aunque yo tiraré de las riendas de mis caballos. Habiendo conseguido su matrimonio al precio de un crimen, Tulia[553] acostumbraba a incitar a su marido con estas palabras: «¿De qué sirve que estemos emparejados, tú por la muerte de mi hermana, y yo por la de tu hermano, si nos contenta una vida piadosa? Tanto mi marido como tu esposa deberían seguir vivos si nosotros no tuviéramos coraje para una obra más grande. Yo ofrezco por dote la cabeza y el reino de mi padre; si eres hombre, ve y cobra el montante de la dote prometida. El crimen es asunto de reyes. Mata a tu suegro y apodérate de su reino y mancha nuestras manos con la sangre de mi padre». Instigado por tales palabras, hombre privado como era, se sentó en el alto trono; la masa, estupefacta, corrió a las armas. De ahí se originó sangre y matanzas, y la vejez, débil, fue vencida; su yerno

[549] El año 90 a. C. el cónsul P. Rutilio Lupo fue derrotado durante la guerra social o marsa.

[550] Lugar donde cayó el cónsul Rutilio.

[551] Posible error de Ovidio: debió decir Catón (Lucio Porcio), que cayó contra los marsos el año 89 a. C.

[552] Es decir, que Servio Tulio, que había consagrado un templo a la madre Matuta, dedicó otro templo el mismo día y en el mismo lugar a la diosa Fortuna.

[553] Servio Tulio casó a sus dos hijas, llamadas ambas Tulia, con dos hermanos Tarquinios, nietos de Tarquinio el Antiguo. La Tulia menor mató a su marido, y el Tarquinio mayor a su mujer, y se casaron los dos con vistas a conseguir el trono.

flautista toda la ciudad de cabo a rabo? ¿Qué significado tienen las máscaras? ¿Qué significado tienen las largas estolas?». Esto es lo que yo decía. Así me contestó la Tritonia [559], dejando la lanza (¡ojalá pueda yo dar cuenta de las palabras de la docta diosa!): «En tiempos de nuestros abuelos los flautistas eran muy necesarios y se les tenía en gran estima. La flauta sonaba en los santuarios, sonaba en los festivales, sonaba la flauta en los tristes funerales; era un trabajo dulce y recompensado. Sobrevino un tiempo en que de repente se debilitó el papel del agradable arte... Además, el edil había ordenado que fuesen sólo diez [560] los músicos que estuvieran en la comitiva del enterramiento. Cambiaron la ciudad por el destierro y se fueron a Tíbur. ¡Tíbur era un tiempo el destierro! Se buscó la cóncava flauta para el teatro, se buscó para los altares. Ninguna canción fúnebre acompañó al féretro. En Tíbur había sido esclavo un individuo merecedor de cualquier alcurnia, pero hacía largo tiempo que era libre. Dio un banquete este individuo en el campo de su propiedad e invitó al grupo musical; éste acudió al festivo banquete. Era de noche, y ojos y espíritus flotaban en el vino, cuando llegó un recadero con la lección bien aprendida, y habló de este modo: «¿A qué esperas para interrumpir el banquete?, pues he ahí que llega el autor de tu vindicta [561]». Sin pérdida de tiempo los invitados levantan su cuerpo vacilante por el fuerte vino. Las piernas unas veces se tenían y otras veces se doblaban. Pero el dueño dijo: «Idos», y subió en su carreta a los que se retrasaban; en la carreta había una canasta de juncos ancha. La hora, el traqueteo y el vino producían sueño,

[559] Sinónimo de Atenea.
[560] Así se lee en Las Leyes de las Doce Tablas.
[561] Ceremonia de la manumisión.

y el grupo embriagado, creía que volvía a Tíbur. Y ya habían entrado por las Esquilias en la ciudad de Roma; y por la mañana las carretas estaban en el medio del foro. Para poder engañar al senado en lo que al aspecto y número hacía, ordenó Plautio [562] que se cubrieran la cara con máscaras y que se ataviasen con largos vestidos al objeto de que mujeres flautistas pudiesen engrosar el grupo. Entendía que así podía ocultar de buena manera a los repatriados: no fuera a ser que se notase que habían vuelto contraviniendo las órdenes de su colega. El ardid fue bien acogido, y ahora se permite usar el nuevo atavío en las Idus y cantar palabras jocosas a ritmo antiguo.

Cuando me hizo saber estas cosas, le dije yo: «Me falta aprender por qué se llamó aquel día Quincuatro» [563]. En marzo —dijo— cae un festival mío con ese nombre y el gremio de los flautistas corresponde también a mis inventos. Fui la primera en lograr que una larga flauta diese notas perforando una caña de boj con unos cuantos agujeros. La melodía me gustó; pero en las aguas cristalinas que reflejaban mi cara vi que mis mejillas de doncella se hincharon. «La música me importa un comino; vete a paseo, flauta mía», dije; el césped de la ribera la recogió en cuanto la hube tirado. Un sátiro [564] la encontró y primero la miró sorprendido, sin saber su empleo; pero en cuanto la sopló se dio cuenta de que emitía notas, y ora soltaba, ora encerraba el aire con los dedos, y ya se mostraba orgulloso de su arte entre las ninfas. Hasta a Febo provocó. Al vencer Febo, fue colgado; de su piel se desprendieron sus miembros cortados. Sin embargo, yo soy la inventora y promotora

[562] Censor en el 312 a. C.
[563] Véase III 809 y ss.
[564] Marsias.

de esta música. Ésta es la razón por la que esta profesión festeja mis días.

Día 15: *Híadas*

Llegará el tercer día en que tú, oh Tione de Dodona [565], quedarás visible en la frente del toro de Agénor.

Vesta

Éste es el día en que tú, Tíber, envías al mar a través de las aguas etruscas la purificación de Vesta.

Si algo confiáis en los vientos, desplegad las velas al Céfiro, marineros. Mañana vendrá favorable para vuestras aguas.

Días 17, 18: *Orión. El Delfín*

Pero cuando el padre de las Helíades [566] haya teñido sus rayos en las olas y las estrellas serenas hayan ceñido los polos gemelos, la descendencia de Hirieo [567] levantará sus fuertes hombros sobre la tierra; a la noche siguiente se podrá ver el Delfín. Éste, ciertamente, había visto en otro tiempo la huida de los volscos y de los ecuos a través de tus llanuras, tierra álgida [568]. En razón de ello, tú, Póstumo Tuberto [569], celebrado por el triunfo sobre las poblaciones vecinas, has paseado vencedor en caballos blancos como la nieve.

[565] Una de las Híadas. Se dice «toro de Agénor» por haber transportado a Europa, hija de Agénor.

[566] Las hijas del sol.

[567] Orión. Véase V 493-536.

[568] En el año 431 a. C. los romanos pusieron en huida a volscos y ecuos, acampados en el monte Álgido, entre el Lacio (Preneste) y los montes Albanos.

[569] El vencedor de la batalla.

Día 19: *Cáncer*

Ya le quedan doce días al mes, pero añade un día a ese número; el sol se aleja de los Gemelos y la constelación del Cangrejo resplancede en rojo; en la colina aventina empieza a festejarse a Palas.

Día 20: *Summano*

Ya sale tu nuera, Laomedonte [570], y al salir aleja a la noche, y la escarcha húmeda desparece de los prados; un templo, dicen, que levantaron a Summano [571], quienquiera que éste sea, en la época en que tú, Pirro, eras el terror de los romanos.

Ofiuco

Cuando Galatea [572] haya recibido también a este día en el seno de las aguas de su padre y la tierra esté plena de tranquilo sueño, surgirá de la tierra un joven, sobre el que cayó el soplo de los dardos de su abuelo, y extenderá las manos rodeadas por dos serpientes [573]. Conocido es el amor de Fedra; conocida la conducta desaprensiva de Teseo: maldijo a su hijo [574] destinándolo a la muerte. No sin pena, se encaminaba el afectuoso joven hacia Trecén [575]; un toro separó con su pecho las aguas que le obstaculizaban. Los caballos, asustados, se espantaron y sin que fuera parte a sujetarlos su dueño, arrastraron a éste entre escollos y duras rocas. Hipólito había caído del carro y, como las riendas trabaron sus extremidades, su cuerpo fue arrastrado y desgarrado, y había

[570] La Aurora, casada con Titono, hijo de Laomedonte.

[571] Especie de Júpiter nocturno.

[572] Ninfa del mar.

[573] La constelación de Ofiuco; se pensaba que era Esculapio.

[574] Hipólito.

[575] Ciudad del Peloponeso.

entregado el alma, con gran rabia de Diana. «No hay razón para dolerse» —dijo el Coronida [576]. «Pues devolveré sin herida la vida al afectuoso joven y el cruel destino cederá ante mi arte». Al instante, sacó unas hierbas de una arqueta de marfil (hierbas que habían servido antes a los manes de Glauco [577], cuando el áugur se refugió en las hierbas que había observado y una serpiente se auxilió con otra serpiente): tocó el pecho tres veces, tres veces pronunció palabras saludables; Hipólito levantó la cabeza que tenía echada en tierra. Un bosque y Dictina [578] lo ocultan en lo intrincado de su selva; él es Virbio, del lago Aricino [579]. Pero Clímeno [580] y Cloto [581] se enfadaron: ésta porque se hubiesen enhebrado de nuevo los hilos, aquél porque las leyes de su reino habían sido tenidas a menos. Temiendo el ejemplo, Júpiter dirigió un rayo contra aquel [582] que conocía los efectos de un arte excesivo. Febo, tú te quejabas. Un dios es, reconcíliate con tu padre: por ti hizo él lo que prohíbe a otros hacer.

Día 22: La derrota de Trasimeno

No querría yo, César, aunque tengas prisas por vencer, que levantes las enseñas si los auspicios lo prohíben. Séante testigos Flaminio y las riberas trasimenas [583] de que los dioses compasivos dieron muchas señales por medio de los pájaros. Si preguntas

[576] Esculapio.

[577] Hijo de Minos.

[578] Una diosa cretense (Britomartis) identificada con Diana.

[579] Véase III 263 ss.

[580] Plutón.

[581] Una de las tres Parcas. Recuérdese la n. 279.

[582] Esculapio, hijo de Febo Apolo.

[583] Derrota, el año 217 a. C., del cónsul Flaminio frente a Aníbal junto al lago Trasimeno.

la fecha de aquel antiguo y temerario desastre, fue diez días antes del fin del mes.

Día 23: Dos victorias

El día siguiente es mejor: Masinisa derrotó a Sifax [584], y Asdrúbal sucumbió por su propia espada.

Día 24: Fors Fortuna

El tiempo se desliza y envejecemos silenciosamente con los años; los días huyen sin que haya freno que los detenga. ¡Qué pronto han llegado los honores de Fors Fortuna!; dentro de siete días junio habrá pasado. Venid, Quirites, celebrad contentos a la diosa Fors; en la ribera del Tíber tiene sus regalos de rey. Bajad corriendo, los unos a pie, los otros también en rápida barca, y no os avergüence volver de ahí borrachos a casa. Llevad, barcas adornadas con guirnaldas, a jóvenes y sus francachelas, y que en medio de las aguas beban abundante vino. La plebe venera a esta diosa porque quien fundó su templo era de la plebe [585], según se dice, y de humilde origen llegó a detentar el cetro. También a los esclavos les va bien, porque Tulio, que levantó el templo vecino de la ambigua diosa, nació de una esclava.

Día 26: Orión

He aquí, que alguno que vuelve poco sobrio del templo cercano a la ciudad lanza a las estrellas estas palabras: «Ahora no se ve tu cinturón, Orión, y mañana tampoco se verá, quizá: después quedará dentro de mi vista». Pero si no hubiese estado borracho,

[584] Durante la segunda guerra púnica, Masinisa, aliado de los romanos, derrotó a Sifax, aliado cartaginés, el año 203 a. C. Asdrúbal había sido derrotado en el año 207 a. C. en la batalla de Metauro, y se suicidó.

[585] Servio Tulio, hijo de Ocrisia, una prisionera de guerra.

habría dicho que la época del solsticio caía en el mismo día [586].

Día 27: Júpiter Státor

Al día siguiente los lares recibieron una ermita en el sitio donde hacen muchas coronas con sabias manos [587]. Por la misma época tuvo Júpiter Státor un templo que en otro tiempo fundó Rómulo cara a la colina del Palatino.

Día 29: Quirino

Tantos días quedaban al mes cuantos nombres tienen las Parcas, cuando en honor de tu trábea, Quirino, erigieron un templo.

Día 30: Hércules de las Musas

Mañana es el cumpleaños de las calendas julias: Piérides, poned remate a mi empresa. Decidme, Piérides [588], quién os juntó con ese a quien su madrastra entregó rendidas y contra su voluntad sus manos. Así preguntaba yo. Clío dijo de este modo: «Estás viendo el monumento del famoso Filipo [589], de quien procede el linaje de la casta Marcia, cuyo nombre, Marcia, proviene del piadoso Anco [590], y cuya belleza corre pareja con su nobleza. Su hermosura se corresponde con su espíritu; en ella se hallan a un tiempo linaje, belleza y talento. No consideres vergonzosa nuestra alabanza de su hermosura: en este sentido también alabamos a las grandes diosas.

[586] Erróneo: no es en este día (26), sino en el 24, cuando caía el solsticio de verano en los tiempos de Ovidio.

[587] En la parte alta de la *Via Sacra,* donde ahora está el arco de Tito. Ovidio insinúa que en sus cercanías había un mercado de flores.

[588] Las Musas. El personaje a que aquí alude el autor es Hércules, y su madrastra, Juno.

[589] Marcio Filipo, quien restauró, en época de Augusto, el templo de «Hércules de las Musas».

[590] Su familia presumía de provenir del rey Anco Marcio.

Una vez se casó la hermana de la madre de César [591] con ese Filipo. ¡Oh gloria! ¡Oh mujer digna de esa sagrada casa!». Así entonó Clío. Sus doctas hermanas estuvieron de acuerdo con ella, el Alcida [592] asintió y rasgueó la lira.

[591] Augusto. Desde el punto de vista histórico presenta dificultades esta afirmación.

[592] Hércules.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

(Las citas hacen referencia al libro y verso correspondientes)

ÍNDICE GENERAL